

PUNTO DE VISTA

Revista de Cultura

Año VII, N° 24, agosto-octubre 1985

★ 2

EL JUICIO A LAS JUNTAS MILITARES

Teorías de la recepción literaria

Los juegos del discurso

Democracia y realismo político

La cuestión universitaria

**Escriben: Carlos Altamirano, Hugo Vezzetti,
Beatriz Sarlo, Terry Eagleton, Eliseo Verón,
Pierre Encrevé, Angel Flisfisch,
Juan Carlos Tedesco.**

Ilustraciones de Luis Felipe Noé

CATALOGOS SRL

DE NUESTRO FONDO EDITORIAL

- Millot, EXSEXO. ENSAYO SOBRE TRANSEXUALISMO. Ed. Catálogos-Paradiso.
- Block de Behar, UNA RETORICA DEL SILENCIO. Ed. Siglo XXI.
- García G., LA ENTRADA DEL PSICOANALISIS EN LA ARGENTINA. Ed. Altazor.
- Sitnisky, DE LA NEGOCIACION. LOS MODOS NO VIOLENTOS DE TRASFORMACION Y CAMBIO DE LA REALIDAD. Ed. Argonauta.
- Flavell, EL DESARROLLO COGNITIVO. Ed. Visor.
- Bukowski, MUJERES. Ed. Anagrama.
- Sarlo, EL IMPERIO DE LOS SENTIMIENTOS. Catálogos Editora.
- Arnaud, ESTADO Y CAPITALISMO EN AMERICA LATINA MEXICO Y ARGENTINA. Ed. Siglo XXI.
- Pitol, EL DESFILE DEL AMOR. Ed. Anagrama.
- Pommier, UNA LOGICA DE LA PSICOSIS. Ed. Catálogos-Paradiso.
- Dorfman, VIUDAS. Ed. Siglo XXI.
- Copi, LA VIDA ES UN TANGO. Ed. Anagrama.
- Dolto, SEMINARIO PSICOANALISIS DE NIÑOS. Ed. Siglo XXI.
- Ferrara, TEORIA SOCIAL Y SALUD. Catálogos Edit.
- Freire, CARTAS A GUINEA BISSAU. Ed. Catálogos.
- Quir, PSICOSOMATICA Y CANCER. Ed. Catálogos.
- Sanjinés, TEORIA Y PRACTICA DE UN CINE JUNTO AL PUEBLO. Ed. Siglo XXI.
- REVISTA NUEVA SOCIEDAD
- REVISTA COMUNICACION Y CULTURA
- REVISTA CRITICA Y UTOPIA
- REVISTA DE POESIA ULTIMO REINO
- REVISTA CONJETURAL
- Cardenal E., VUELO A LA VICTORIA. Ed. Visor.
- Collins, LA DAMA DE BLANCO. Ed. Montesinos.
- Anónimo, EL LIBRO DE LOS CAMBIOS (I CHING). Ed. Nacional de España.
- Pessoa, ANTOLOGIA DE ALVARO DE CAMPOS. Ed. Nacional de España.
- Amícola, ASTROLOGIA Y FASCISMO EN LA OBRA DE ROBERTO ARLT. Weimar Ediciones.
- Rilke, CARTAS A UN JOVEN POETA, SONETOS A ORFEO, ELEGIAS DE DUINO. Weimar Ediciones.
- Klein, EL ACTOR EN EL RIO DE LA PLATA. Ed. Asociación Argentina de Actores.

Catálogos S.R.L., Avda. Independencia 1860
Tel. 38-5708 - (1225) Buenos Aires

PUNTO DE VISTA

Año VII, N° 24, agosto-octubre 1985

Consejo de dirección:

Carlos Altamirano
José Aricó
María Teresa Gramuglio
Juan Carlos Portantiero
Hilda Sabato
Beatriz Sarlo
Hugo Vezzetti

Directora:

Beatriz Sarlo

Diagramación:

Carlos Tirabassi

Suscripciones:

Suscripción en la Argentina: un año: \$ 8.-
Suscripción en el exterior: seis números por correo aéreo: u\$s 25.

Los dibujos que ilustran este número pertenecen a LUIS FELIPE NOE.

Punto de Vista recibe toda su correspondencia, cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Sucursal 49 (B), Buenos Aires, Argentina. Teléfono: 47-5082.

Punto de Vista fue compuesta en Estudio Century, 48-0166. Corrección: Mónica Urrestarazu. Impresa en los Talleres Gráficos Litodar, Viel 1444, Buenos Aires. Hecho el depósito que marca la ley. Registro de propiedad intelectual en trámite.

SOBRE EL JUICIO A LAS JUNTAS MILITARES

“La exigencia de que Auschwitz no se repita es la primera de todas en la educación”. Veintiún años después de 1945, Theodor Adorno comenzaba de este modo una conferencia acerca de los objetivos que debía propenerse la educación en Alemania. Hasta hace muy poco la Argentina tuvo también sus ejemplos del infierno y no sabemos por cuánto tiempo nos acompañará el temor de que ellos se repitan. No hemos tenido un Nuremberg, sino este juicio a las juntas militares que rigieron la última dictadura. Ninguno de los otros procesos abiertos contra oficiales notoriamente identificados con los métodos del terrorismo estatal —Camps, Menéndez, Astiz, etc.— tiene un papel tan revelador y ejemplar como el que se sigue a los que hasta ayer nomás eran la encarnación de los poderosos. Impedir que los centros de tortura, abyección y exterminio reaparezcan en nuestro país depende de una voluntad colectiva nacional. Y a la formación de esa voluntad acaso contribuya más la reflexión y el debate sobre este juicio público, que el número de criminales que la justicia logre condenar.

Muchos de los sucesos llevados por la acusación ante el tribunal y evocados a través de los testimonios habían sido ya recogidos y denunciados por los movimientos de derechos humanos. La Conadep, por su parte, había elaborado el informe más orgánico acerca de las formas y las vícti-

mas de la represión clandestina. Sin embargo, ante la sociedad ninguna otra instancia podía tener la eficacia simbólica del juicio para aclarar el sistema pervertido que había sido puesto en funcionamiento por los señores de la guerra apenas se apropiaron del gobierno. Por las figuras que se encuentran allí representadas —la de los jueces, la del fiscal, la de los testigos que muy a menudo son también las víctimas, la de los abogados de los jefes militares—, incluso por el ritual formalista de los procedimientos, el juicio ha funcionado como el espacio para la manifestación pública de la ley ante los actos de una concepción discrecional del poder. Es imposible saber cuántos eran en la Argentina, durante aquellos tiempos despiadados que siguieron al golpe de estado de 1976, los que tenían noticia de hechos como los que fueron apareciendo día tras día en la exposición de los testigos, y cuántos los que ignoraban todo porque evitaban enterarse. Pero aun para los que nos considerábamos informados porque los que desaparecían eran o habían sido nuestros compañeros, porque sabíamos de las denuncias, porque habíamos leído el informe de la Comisión Interamericana que circuló casi clandestinamente algunos años atrás, aun para nosotros, los que estábamos enterados, el juicio resulta esclarecedor.

El proyecto “nacional y popular” que el almirante Massera se proponía animar y para cuya elaboración reclutó a

varios de los que previamente habían sido sometidos con la tortura y el miedo, volvió a reaparecer en los testimonios sobre la ESMA, donde el movimiento en gestación tenía algunas de sus dependencias. Aparte de las consideraciones que puedan hacerse sobre la naturaleza del vínculo que habían contraído el líder del proyecto y sus víctimas-colaboradores, la evocación de aquel experimento político integrado a uno de los centros de terror, ayudó a recordar que el sistema represivo no tenía afinidades únicamente con el plan de Martínez de Hoz. Ya en los primeros tiempos del régimen el almirante no hacía ningún secreto de sus divergencias con la gestión del ministro. Pero los cuestionamientos no provenían exclusivamente de Massera. En realidad, más allá de la coincidencia en la preservación del ordenamiento capitalista de las relaciones económicas, la política que sobre esa base debía emprenderse fue materia contenciosa entre los jefes y sus respectivas facciones, y desde el comienzo estuvo sometida a las vicisitudes de las relaciones de fuerza.

El juicio que a través de los testimonios nos ha puesto nuevamente frente a las experiencias del terrorismo estatal y sus derivaciones más abyectas, nos ha puesto también frente al principio cuya aplicación consecuente engendraría el Estado discrecional que rigió la Argentina después de 1976: el principio de la seguridad nacional convertido en doctrina y en criterio supremo para decidir acerca de lo lícito y lo ilícito. En torno a ese fundamento el régimen congregó a los hombres fuertes, los de armas y los de negocios, a las diferentes familias ideológicas de la derecha y a compañeros de ruta más o menos ocasionales, todos los cuales se aliarían, pero también se dividirían a propósito del plan económico, del diseño de la nueva república, la formación de un partido propio, etc.

No es sino la certidumbre de que ese principio es superior a toda garantía y está sustraído a toda ley (incluso a las leyes de excepción de la dictadura), lo que se esfuerzan por actualizar a través de la teoría de la guerra sucia, tanto los abogados de la defensa como las declaraciones y solicitudes que han impugnado la puesta en marcha del juicio. Pero no fueron los acontecimientos o la situación de diez años atrás los que produjeron la aparición de esta doctrina: estaba ya instalada en la cultura militar, aunque no sólo en ella, desde mucho tiempo atrás. Los partidos armados insurreccionales, lanzados a la aventura del terrorismo político, contribuyeron sí a sacarla a la superficie, reactivada con todos los odios, convertida en un plan de operaciones y en fundamento último de un régimen. Si aparte de los miembros de las tres primeras juntas y el sistema represivo clandestino del que fueron responsables, aparece bajo el foco del juicio otra cosa, es sin dudas ese principio y la visión de la sociedad que lo tiene como núcleo.

¿Por qué fueron tan pocos los que se opusieron y protestaron públicamente ante hechos tan reiterados y extendidos que, resulta impensable que sólo una minoría los advirtiera? Esta o preguntas parecidas, que no son nuevas, vuelven a replantearse ante las revelaciones de los testimonios y es probable que durante mucho tiempo resurjan toda vez que se reflexione sobre ese período de nuestra historia reciente. No hay seguramente una respuesta simple para preguntas semejantes. Dejemos de lado a todos aquellos que hicieron causa común con el régimen, ya porque eran sus intereses los que éste protegía, ya porque se identificaban con la Argentina de jerarquía y orden que se anunciaba, ya porque consideraran que la dictadura podía dar paso al propio proyecto económico o político, o, más simplemente, porque creaba la posibilidad de hacer carrera política, sindical o periodística. Esta constelación de interesados no fue escasa durante los primeros años, es decir los más duros, y no todos provenían del *establishment* o de los círculos de la derecha política. De cualquier modo, el resto de la sociedad, lo que quedaba fuera de ese conglomerado, constituía la gran mayoría.

Aparte de la legislación que proscribió la actividad política y en general suprimió toda instancia para el ejercicio público de la oposición, esa mayoría fue objeto de una estrategia deliberadamente intimidatoria. Los secuestros, los operativos espectaculares, los llamados a colaborar delatando a los sospechosos, la amplia libertad para las cesantías en virtud de los antecedentes políticos, reales o presuntos, del empleado, en suma, todos los dispositivos oficialmente destinados a dar caza a un enemigo que estaba en todas partes, buscaban también sembrar el miedo y desalentar cualquier impulso de resistencia o de solidaridad colectivas. El escaso o ningún eco que las denuncias sobre secuestros, torturas o asesinatos obtenían en la prensa, una prensa convertida también en bastión de la seguridad nacional, no haría sino reforzar la certidumbre de que el poder gozaba de entera impunidad.

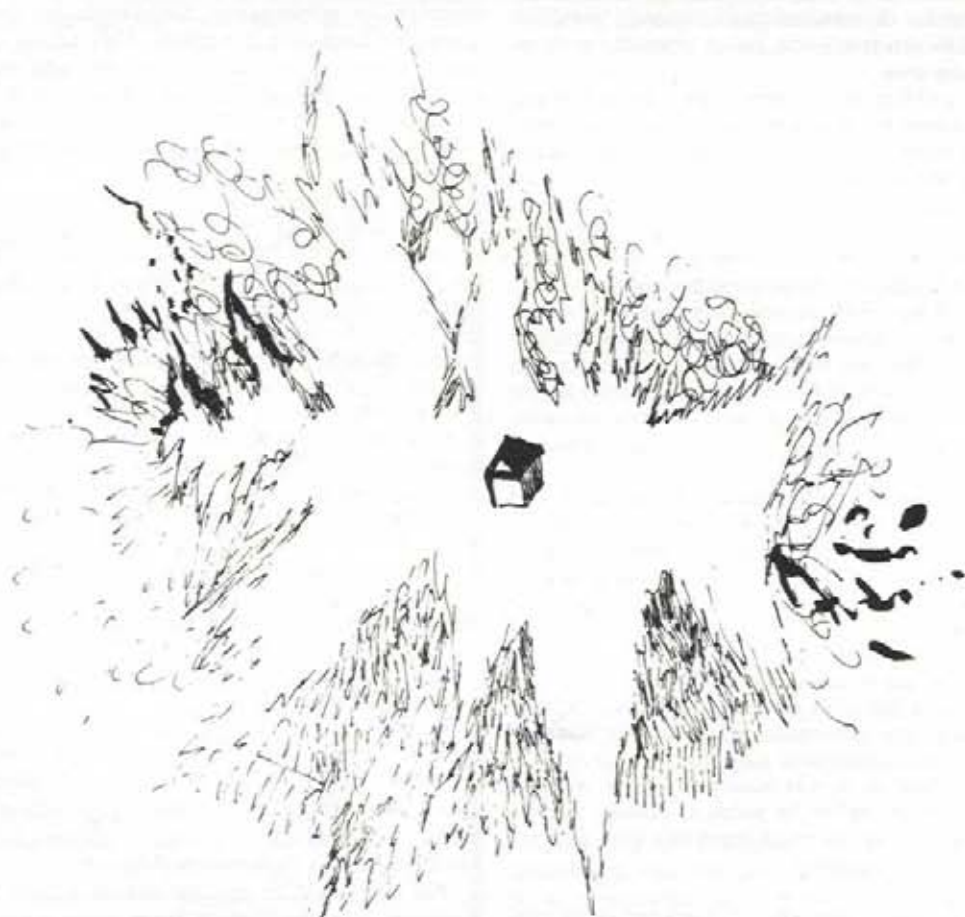
Pero ¿basta remitirse a la propagación deliberada del miedo bajo el régimen militar para explicar que hayan sido muy pocos los que levantarán la voz ante los actos que se perpetraban a diario y en todas partes? Ese mismo miedo, por otro lado, ¿hizo su aparición después de 1976 o circulaba ya desde antes, en una sociedad que asistía desde tiempo atrás a la violencia del ajuste de cuentas cotidiano, a la acción y a las amenazas de partidos armados rivales, los de la insurrección y los paragubernamentales, es decir, a la barbarización de la vida política? ¿No fueron los temores y el desasosiego que generaba una situación llena de confrontaciones, junto a la imagen de un gobierno sin autoridad y que por momentos se transformaba en una de las facciones en pugna, lo que los militares, para nada ajenos a ese mismo proceso, explotaron después del golpe para acentuar el repliegue de la sociedad respecto de episodios que parecían la prolongación de los ajustes de cuenta?

En fin, hay seguramente otras cuestiones que podrían plantearse en torno a las actitudes a que dio lugar en la sociedad la práctica manifiesta del terrorismo de estado. El juicio a los ex comandantes y el relato de los testigos nos obliga a pensar sobre ese punto que nos concierne a todos. Si se quiere pensar libremente, el afán de extraer conclusiones unívocas de inocencia o de complicidad colectivas servirá de poco.

Este juicio tan necesario moral y políticamente no era inevitable. Basta pensar en el curso que hubieran podido tomar las cosas si la guerra de las Malvinas hubiera tenido un desenlace diferente, para reparar en las contingencias de diverso carácter a las que debe su existencia el proceso a las juntas. Y es sólo dar muestras de esa sabiduría retrospectiva que producen los hechos consumados, sostener hoy que aquella guerra terminó de la única manera en que podía terminar. Ninguna necesidad histórica conducía a ese desenlace ni siquiera a la aventura que le dio origen. Ninguna necesidad de ese tipo conducía tampoco a este juicio, que debe mucho a contingencias difíciles de prever, pero también a la abnegación y al coraje de los que tomaron en sus manos la defensa de los derechos humanos, así como a la voluntad política del gobierno. (¿Vale la pena tratar de demostrar esto último a quienes no muchos meses atrás aseguraban que no iba a haber juicio o que todo ya había sido previamente pactado con los militares?)

Probablemente resulte trivial afirmar que no hemos tenido un tribunal equivalente al de Nuremberg —aunque las atrocidades cometidas recuerden a las del Tercer Reich—, del mismo modo que no hemos tenido ejércitos de ocupación que impusieran su ley a unos jefes derrotados. Acaso resulte más importante conferírle todo su significado al hecho de que los ex comandantes han sido llevados a proceso por el sistema empleado para obtener la única victoria que se atribuyen: la de la guerra sucia. En este hecho, que repiten a diario quienes siguen razonando de acuerdo con la doctrina de la seguridad nacional, radica el mayor valor moral y cívico del juicio.

EL JUICIO: UN RITUAL DE LA MEMORIA COLECTIVA



El proceso a las juntas militares hace posible —casi impone— una revisión ordenada del pasado reciente que, como tal, conlleva una operación sobre la *memoria colectiva*. Algo del orden de un *trauma* debe ser reconstruido, rememorado y reflexionado.

En rigor, no hay *una* memoria de la colectividad, sino más bien una dimensión de *presencia* de hechos y tradiciones del pasado, que es plural, inestable e inacabada, y que sufre las transformaciones propias de una conformación conflictiva. Toda empresa de construcción política y cultural es a la vez promesa de futuro y remodelación del pasado.

El régimen militar fue bien lejos en la empresa de celebrar en un pasado convenientemente canonizado las referencias legitimadoras de su proyecto de poder. Así fue como el centenario del genocidio conocido como "la Campaña del Desierto" fue exhibido ostentadamente como la

expresión misma de una gigantesca utopía fundacional basada en el aniquilamiento del diferente.

La ceremonia del juicio, puede decirse, opera como la exacta antítesis de aquella exaltación: no hay ninguna victoria que celebrar y aun la identificación y condena de los responsables forma parte de un ritual doloroso antes que triunfal.

De cualquier modo, como queda dicho, no hay memoria espontánea, el recuerdo no es el registro acumulativo de los acontecimientos vividos. La memoria es resultado de un trabajo activo sobre lo sucedido y el recuerdo es, ante todo, formado desde los sentidos —y los ideales— que se abren en el presente.

Si las distintas propuestas y consignas que se refieren a ese pasado reciente están, entonces, bien arraigadas en los interrogantes o las metas del presente, el juicio y sus repercusiones, se prestan a diversos "usos". Para algunos es una

batalla política más, que manteniendo la lógica de la guerra sólo se propone dar vuelta la correlación de víctimas y victimarios. Un enfoque distinto convoca a situarlo como la expresión —y dramatización, casi— de un conflicto ético que convoca e interpela a la comunidad toda. Como sea, la reconstrucción del pasado se modela sobre los ideales del presente y varía fundamentalmente si la consigna es continuar la guerra o construir la paz y la libertad.

El juicio puede ser encarado como un rito que marca el pasaje posible a un nuevo ciclo, con sus oficiantes y sus efectos; y la reconstrucción que hace posible puede ser caracterizada, ante todo, como la afirmación de una dimensión ética de *saber*, de conocer en particular y develar la suerte de cada desaparecido; de sacarlo, simbólicamente, de la oscuridad del "chupadero" para volverlo a la vida del conocimiento y el reconocimiento de sus congéneres. Pero en el mismo movimiento de rescate de ese ser humano, anónimo y condenado al olvido, en el acto que lo reintegra a la identidad común de conciudadano, aparece preanunciada la voluntad de construir una lógica diferente en la relación entre los hombres.

La exhibición pública de las atrocidades de la tortura, el asesinato y la humillación degradante, el desnudamiento de un cuadro de valores en el que, a partir de la fijación de la imagen odiada del enemigo, todo estaba permitido para alcanzar su *aniquilamiento*, puede obedecer a diversos propósitos y producir diferentes resultados. Pero, en todo caso, para muchos, dibuja por contraste los valores de una sociedad libre, igualitaria, respetuosa del disenso.

Por una parte, el horror busca ponerse en palabras y evocar experiencias que —ahora— pueden ser asumidas como la historia de todos; vivencias atroces en infiernos que responden a distintas denominaciones, sucesivamente expuestas e institucionalmente enmarcadas, cobran un carácter nuevo, propiamente *litúrgico*, y van configurando una narración común.

Al mismo tiempo, que la imposición del silencio y el "tabicamiento", que la mudez —la representación misma de la muerte— y el grito contenido cedan su lugar al testimonio público y a la búsqueda colectiva de la verdad, simplemente, fundan la condición misma de registrar e inscribir lo sucedido, para nosotros y para las generaciones venideras.

Enfocada así la experiencia del juicio constituye un hito insuperable en la trabajosa elaboración de una conciencia moral colectiva, que acompañe el proceso de transformación cultural y social necesaria para que, efectivamente, se abra un nuevo ciclo en la vida nacional. En ese sentido, a la vez que impone una reflexión sobre el pasado, pone a prueba la capacidad de la sociedad argentina para proyectar y sostener un futuro diferente.

Pero, además, el juicio interpela a la sociedad en su conjunto. ¿Cómo fue posible que esto sucediera? Los lugares de detención "estaban a la vista de todos" reflexiona Magdalena Ruiz Guiñazú con referencia a la ESMA.¹ Después que *La Prensa* publicó una primera lista de desaparecidos, en 1978, M. Gainza Paz informa que entre 10.000 y 20.000 lectores abandonaron el periódico, porque "no quisieron saber".²

Hoy es posible —para una porción considerable de la ciudadanía, al menos— admitir que la dictadura militar no cayó sobre esta sociedad como un rayo en un día radiante; que encontró bien arraigadas condiciones de violencia, totalitarismo y facciosidad y las exaltó hasta límites que sólo pueden compararse con las páginas más negras de la historia de la humanidad.

Es posible, también, reflexionar acerca de lo que han significado esos años como una situación límite que puso a prueba a las instituciones y las organizaciones de la sociedad argentina. Hoy es posible rescatar de esa experiencia

un diagnóstico acerca de las cualidades de nuestras organizaciones políticas, eclesíásticas, sindicales y profesionales, jurídicas, de la prensa y la cultura, en cuanto a su capacidad y firmeza en la defensa de valores de libertad y justicia.

La revisión en curso, entre otras cosas, desnuda una red de complicidades y claudicaciones, de oportunismos y silencios, a través de la cual prácticamente todas las instituciones de la sociedad mantenían sus vasos comunicantes con el régimen militar.

Pero es importante destacar que en la ceremonia pública del juicio hay otros testimonios no menos significativos. Algunas intervenciones de los defensores se orientan a investigar sobre los antecedentes políticos de las víctimas, insisten en insinuar que "en algo andaban", presionan a los testigos echando alguna sombra sobre sus antecedentes o, incluso, manejan información que sólo puede provenir de los responsables directos de los centros clandestinos de detención y tortura. Una suerte de "dramatización" pone en escena nuevamente una versión repetida de la represión ilegal; algo que una testigo refleja en su efecto propiamente traumático: "Queda paralizada"... (eran)... "las mismas preguntas que me hacían mientras me torturaban"...³

Entre la afirmación de Galtieri: "Yo soy el que tiene en sus manos el poder de su vida"⁴ y los "lapsus" del Dr. Orgeira, que admite que puede haber prisioneros "bien secuestrados",⁵ queda establecido el principio común de una lógica totalitaria de la discriminación. Y no viene mal que en ese espacio público resalte la confluencia de un ejercicio omnívoto y megalómano del poder con el despotismo cotidiano y tranquilizador que admite la segregación y el posible aniquilamiento del que piensa de otro modo.

Cuando el defensor del general Viola "se equivoca" reiteradamente y llama "detenido" al testigo,⁶ se produce el efecto, propiamente, de una "confesión": para algunos la verdad arrancada coactivamente es siempre la más segura.

No viene mal, en el marco de esa verdadera escenificación moral, un testimonio de ese carácter, mucho más ilustrativo cuanto más impensado; y no deja de tener efectos de sentido justamente allí donde una regla fundamental postula que *todo puede ser dicho*, sin palabras arrancadas ni aplastadas.

Sólo falta que alguien, en nombre de las juntas militares se muestre capaz de responder a esa consigna y exprese públicamente los principios, metas y directivas que sustentaron su acción, que alguien diga en voz alta lo que hasta ahora —en el recinto del juicio al menos— sólo se dijo a través del lapsus o el sobreentendido.

Por otra parte, el proceso llevado a cabo a la luz del día y sostenido en un ideal de transparencia aparece como una ocasión inédita de reconstrucción de un *discurso público* sobre temas que durante años estuvieron vedados al conocimiento y la opinión. La apertura que significa sacar a la luz la historia de la represión terrorista —que tuvo sus antecedentes fundamentales en la acción de la Conadep, en la edición de *Nunca Más* y el programa televisivo— afirma la perspectiva de construcción de una esfera pública de análisis que admita cada vez menos la existencia de temas "escondidos", sustraídos a la discusión y la intervención de la sociedad.

En ese sentido, fue bien palpable cómo el casi aniquilamiento de la opinión pública independiente durante los años de la dictadura fue un factor fundamental de la creencia en la perpetuidad y omnipotencia del régimen, tanto para sus integrantes como para sectores importantes de una comunidad fraccionada y carente de iniciativa.

Enfrentando esa empresa que soñaba con la mudez y el "tabicamiento" a escala general, resultó fundamental el

papel de cierta opinión pública internacional que demostró (para muchos de nosotros como un reconocimiento enteramente novedoso) la posibilidad de una red de solidaridades que pasaba por encima de distancias geográficas, ideológicas o políticas. A tal punto que para la mayor parte de la sociedad argentina la acción de los organismos de derechos humanos y de nuestro Premio Nobel de la Paz se hizo conocida a través de la prensa internacional de Occidente.

Como sea, el tema de la repercusión "pública" del juicio se enmarca en la cuestión fundamental de la construcción de una cultura ética, pluralista y capaz de defender sin claudicaciones valores de libertad, justicia, solidaridad y participación.

Una sociedad mayoritariamente sostenida en esos valores hubiera hecho imposible la empresa de muerte que hoy está siendo juzgada.

Un rasgo acentuado, quizá, del anhelo con que la ciudadanía sigue el juicio está dado por la necesidad de garantizar para el futuro que ningún sector podrá apostar a la impunidad en la Argentina. Una condición propiamente fundante de la democracia como sistema de vida es la convicción compartida de que no habrá monopolios ni prerrogativas,

que se sitúe por encima de la ley común.

Si la dictadura, como se dijo, puso a prueba a las instituciones —con el resultado conocido— la democracia, como horizonte ético-político que encuentra en el juicio una instancia casi fundacional, no deja de someterlas a un *test*, cuyo resultado es, cuanto menos, incierto. Porque pone a prueba su capacidad para responder a un reclamo de la comunidad que busca recomponer y reconstruir un pasado que pueda ser comprendido y asumido; que procura abrir una trama de sentidos que le permitan reconocerlo y apropiárselo; que demanda producir ideas y afirmar valores allí donde sólo reinaba la amnesia y la confusión; que impulsa la posibilidad de *pensar* lo sucedido testimonialmente superado tanto el silencio, como la repetición del pasado o el ruido estereotipado y vacío de las consignas.

Esa perspectiva de renovación en ciernes hace recaer una responsabilidad fundamental sobre los grupos e instituciones, como actores colectivos, en la canalización de las demandas de la sociedad para profundizar y resguardar un régimen de convivencia. Como sea, el resultado parece estar íntimamente relacionado con la capacidad para fomentar y hacer crecer factores de resistencia a la arbitrariedad y el totalitarismo, cualquiera sea su expresión.

No hay una "experiencia" directa de la sociedad en la renovación presente del pasado; son las organizaciones y los movimientos —políticos, sociales, culturales— los que la encarnan y la hacen posible construyendo una trama que es a la vez diferenciada y relativamente unificada en valores y principios básicos. Por otra parte, no es concebible una renovación de los valores que no comprometa también la de los liderazgos, es decir, que no interpele directamente los hábitos y las actitudes de las capas dirigentes, en todos los sectores y niveles.

Si el juicio marca un viraje en la afirmación del valor de la verdad como ejercicio colectivo de justicia y reparación, si los *testimonios* cobran el sentido de una apelación que toma por testigo a la comunidad —más allá o más acá de los jueces—, si cada víctima rescatada del olvido impulsa una demanda de reconocimiento por su mera condición humana, entonces, el juicio como acontecer colectivo, puede producir justicia, y a la vez, fundar sobre esa justicia la reconstrucción de una ética comunitaria renovada. Pero eso requiere que organismos e instituciones sean capaces de recibir el impulso de esa voluntad de saber y comprender ese pasado, que se sostiene en la convicción de que el mismo movimiento que lo asimila cierra todo posible retorno.

Entonces, si, el proceso seguido a los ex comandantes constituirá una experiencia potencialmente transformadora, el surgimiento de un acto colectivo capaz, propiamente, de *reescribir la historia*. Y no se tratará solamente de la historia de la dictadura militar, sino, más ampliamente, de la oportunidad de evocar y reflexionar todas las impunidades y todos los totalitarismos. En ese sentido, más que descubrir una verdad, hará posible *realizarla* fundando una nueva síntesis presente del pasado.



NUEVA SOCIEDAD

NOV/DIC 1984

Nº 75

Director: Alberto Koschuetzke
Jefe de Redacción: Daniel González V.

ANÁLISIS DE COYUNTURA: Gregorio Selsler: Panamá: Las Exequias del Torrijismo; Edén Melo: Uruguay: La Democracia Otra Vez.

TEMA CENTRAL: LA CALIDAD DE LA VIDA: Omar Ovalles: Tolerar el Futuro. Utopías y Proyectos Políticos; José Balbino León: ¿Que Significa Vivir? El Hombre y su Ambiente; Hernán Contreras M.: ICV = 1 - 3.125 (15 y 55). Un Modelo Cuantitativo de Calidad de la Vida; Pedro Cunill G.: Geografía para Tiempos Difíciles; Ted Córdova-Claure: La Cautización de las Ciudades; Octavio E. Alves de Brito: Ambiente, Política, el "Otro Desarrollo"; Miguel Mata: La Pobreza de la Riqueza. La Sociedad Petrolera; Rubén Gazzoli: El Barrio entre la Mitología y la Realidad; Fernando Villegas D.: La Calidad de la No-Vida en Chile; A. Orsatti - G. Riquelme: El Seguro Social: ¿Mito Jurídico?; Pedro Gallo: Sangre, Sudor y Lágrimas. Las Condiciones de Trabajo; Teresita De Barbieri: Las Mujeres Menos Madres. Control de la Natalidad: ¿Control de la Mujer?

SUSCRIPCIONES (Incluido flete aéreo)

	ANUAL (6 núms.)	BIENAL (12 núms.)
América Latina	US\$ 20	US\$ 35
Resto del Mundo	US\$ 30	US\$ 50
Venezuela	Bs. 150	Bs. 250

PAGOS: Cheque en dólares a nombre de NUEVA SOCIEDAD.
Dirección: Apartado 61.712-Chacao-Caracas 1060-A - Venezuela.
Rogamos no efectuar transferencias bancarias para cancelar suscripciones.

AHORA PUEDE OBTENERLA EN LA ARGENTINA

Distribuye: Catálogos S.R.L.

Av. Independencia 1860 - Buenos Aires / Telef. 38.5708

Notas

- 1 Clarín, 7/6/85.
- 2 Id., 4/6/85.
- 3 Id., 21/6/85.
- 4 Id., 28/6/85.
- 5 La Razón, 14/5/85.
- 6 Id., 14/6 y 2/7/85.



BRECHAS DEL MURO

*para Beatriz, con el amor viejo.
"es mero muro es mudo mira muere"
Alejandra Pizarnik*

es muro un mero muro un muro para morir un muro mudo
es miedo mudo de la muerte
muerdo el muro el muro miente MIERDA el muro
muro de muerte
siento el musgo del muro el mero musgo muelo mi mente
contra el muro el muro es un muelle que se hunde en
oscuros mares mero musgo mero musgo del muro para mi
muerte Mierda
es muro es mero muro es mudo mira muere
la vida por los amigos di la vida di mi muerte
mi mera muerte mi mera vida contra el muro contra el
muro siempre
mira es mero muro mira el muro muere

Beatriz Perosio, a quien está dedicado este poema, perteneció al reducido grupo que dió comienzo a *Punto de Vista*. Presidenta de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires y de la Federación de Psicólogos de la República Argentina, fue secuestrada en agosto de 1978. Hasta hoy, continúa desaparecida.

CRITICA DE LA LECTURA: ¿UN NUEVO CANON?



"Conozco un texto, cualquier texto, porque conozco una lectura. La lectura de otro, mi propia lectura de ese texto, una mezcla de ambas."

Harold Bloom, "The breaking of form".

El artículo de Terry Eagleton,* parodiando el discurso político, habla centralmente de las políticas de la crítica. Los cambios teóricos constituyen verdaderas revoluciones académicas que re colocan los textos y, alterando las perspectivas, pueden llegar a proponerse como momentos fundadores. Se trata, siempre, de qué leer en la literatura, y las corrientes críticas, junto con nuevos enfoques teóricos, suelen proponer respuestas implícitas o explícitas a lo que la literatura es.

La crítica de la lectura, en los últimos diez años, se propone las tareas de construcción de un nuevo canon. También el pacto institucional que hace posible a la literatura se convierte en un objeto de reflexión, aunque no sean todos los teóricos los que se ocupen principalmente de esta cuestión. Se trata, una vez más, de pensar las razones que hacen posible tanto a la escritura como a la lectura. Marcello Pagnini definiendo al libro como una "matriz física" de experiencias variables, se pregunta por las razones que hacen "funcionar el texto de un modo en el que el autor no había pensado que podía funcionar".¹

1. Esta comprobación, que una historia de las lecturas tendría como objetivo fundamental históricamente, tiene varios presupuestos de distinta naturaleza teórica. En primer lugar, la crisis de la idea de Verdad que, en la crítica

* Publicado en este mismo número.

literaria, estaba acompañada por el presupuesto de que el texto era depositario (o comunicador) de un sentido que la lectura debía descubrir. Variantes del formalismo, del culturalismo y del historicismo crítico suscribían esta idea aunque con enfoques teóricos diferentes. Para estas grandes corrientes, el texto literario funcionaba como una poderosa máquina unificadora de la heterogeneidad lingüística, estética o ideológica. La unidad del texto era un postulado de base, ya fuera que se remitiera esa unidad a la "forma", al "autor", a la "historia" o a la "cultura".

Precisamente lo que entra en crisis, junto con la idea de Verdad, es la de la unidad textual. Esta crisis representa un verdadero cambio de mentalidad crítica, que tiene sus precursores en la década del sesenta. Pierre Macherey² interviene en la ya centenaria discusión sobre el realismo de Balzac afirmando la heterogeneidad básica del texto novelístico, compuesto por enunciados ideológicos y enunciados literarios que no son necesariamente compatibles. Pero mucho antes, Tiniánov había afirmado el descentramiento como relación típica entre el principio constructivo y los materiales ideológicos de un texto. La lectura, o mejor dicho la primera lectura de Bachtin en Occidente, contribuye a esta crítica de la homogeneidad. Kristeva realiza en este sentido el movimiento más radical: los textos son siempre el producto del entrecruzamiento de superficies, mosaicos de citas que, incluso, podrían llegar a permitir una lectura anagramática. Barthes, finalmente, con ese genio tan apropiado para escribir el espíritu de una época y sus vaivenes, realiza en *S/Z* la demostración analítica de la pluralidad de voces que se entretienen en la literatura, afirmando, al mismo tiempo, que esa pluralidad no permite decidir un sentido, sino comprobar el entrecruzamiento de sentidos.

2. En segundo lugar, la restitución de la figura del lector se vincula con la restitución de la legitimidad del placer estético. No quiero decir que éste sea un aspecto novedoso de la teoría literaria, sino más bien el regreso a una dimensión desprestigiada en los años estructuralistas donde el texto literario era pensado como una máquina eficiente y, en ocasiones, autosuficiente. Desde dos perspectivas, por lo menos, vuelve a plantearse esta reflexión que, en otros periodos, fue central en la estética. Hans Robert Jauss³ señala como una de las tareas básicas de la historia literaria la consideración de las diferentes modalidades de la experiencia estética, modalidades que llevan inscrita su marca histórica: según las sociedades y las instituciones culturales se establecerían relaciones de diferente tipo entre el placer, el conocimiento y la acción. El placer de la literatura se vincularía, para Jauss, con la liquidación temporal de restricciones-espaciales y temporales, la apertura del espacio lúdico de lo posible, el goce con aquello que, en la vida real, resulta difícil de aceptar y soportar. No es difícil encontrar en el discurso de Jauss las huellas de una posición clásica sobre la literatura y el arte, a la cual no permanece ajena la idea (compleja) de catarsis.

Del otro lado, Barthes realiza la defensa e ilustración de un placer que no depende de la lógica del entendimiento.⁴ Pero, al mismo tiempo, establece una jerarquía de textos (y de lectores): textos de placer y textos de goce, en cuya diferenciación podría decirse que vuelve a jugarse una poética.

3. En tercer lugar, a través de Jauss y, en términos generales, la escuela de Constanza, las tesis de la hermenéutica sobre la naturaleza de la obra literaria encuentran una relectura contemporánea, en función de la reivindicación del lector. El significado de un texto sería, para Jauss, el producto de la "convergencia de la estructura de la obra y la estructura de la interpretación, cuyo instrumento es la reflexión hermenéutica". Restituida la interpretación

a un lugar en la teoría crítica, lugar que había perdido en el auge del estructuralismo y la semiótica literaria, esta actividad es también reivindicada como práctica de lectura: existe una construcción de sentido a partir del texto, construcción que, en el caso de la hermenéutica, tiene que ver con el descubrimiento de la pregunta a la cual todo texto respondería.

Pero, desde la problemática de la crítica literaria, lo importante es que esta construcción de sentido puede realizarse porque hay en el texto rasgos que la hacen posible. La naturaleza de esos rasgos es diferente según las tendencias críticas y los autores, pero puede trazarse un arco que une a Iser con Umberto Eco,⁵ caracterizado por la afirmación de que el texto literario no es un *lleno* sino un espacio globular, atacado por intersticios, blancos, fisuras, saltos, elipsis, silencios que ponen al lector en la obligación de realizar una serie de operaciones, no para restituir una unidad que nunca ha existido sino para construir un sentido que no yace absolutamente inerte en el texto. "El texto, escribe Eco, es una máquina perezosa que exige del lector un arduo trabajo cooperativo para colmar espacios de 'no dicho' o de 'ya dicho'." Los críticos difieren respecto de la libertad con la que el lector realiza estas operaciones de lectura, pero, de todos modos, el hecho de que estas operaciones se hayan convertido en objeto de descripción marca una inflexión teórica importante.

"El acto de lectura es definido esencialmente como una actividad productiva de sentido, que abarca las actividades complementarias de selección y organización, anticipación y retrospectiva, formulación y modificación de expectativas en el curso del proceso de lectura."⁶ La fórmula de Suleiman se aplica a Iser y a su noción de "indeterminación textual". Sin embargo, puede extenderse como descripción programática del estado actual de una fenomenología de la lectura, que, cada vez más, se convierte en una fenomenología de la literatura.

En efecto, al definir las condiciones en que la producción de lecturas es posible, tanto Iser como Eco proporcionan un modelo de lo que la literatura es: al texto compacto pensado como máquina sistemática se opone la idea de un texto horadado y, en consecuencia, permeable a la actividad del sujeto. Aunque hasta aquí ese sujeto no haya sido definido, lo cual supone un capítulo teórico que sería necesario escribir. Además, se vuelve a una diferenciación clásica, la de texto y obra literaria, como puede comprobarse en la siguiente proposición de Iser: "La obra es más que el texto, porque el texto sólo se vincula a la vida cuando es realizado, y, además, la realización no es de ningún modo independiente de las disposiciones individuales del lector... La convergencia de lector y texto trae a la existencia a la obra literaria."⁷ Considerando a esta convergencia como un aspecto fundamental de la producción de sentido, deberá convenirse en que la definición de Lector, más allá de una caracterización formal como aquel que realiza las operaciones textuales, es decisiva. Trataré de volver a este punto, vinculado con el del pacto de lectura, en el final de estas notas.

4. Hasta aquí, las condiciones que hicieron posible el renacimiento del lector en la teoría literaria de los últimos años,⁸ que somete a crítica toda concepción reificadora del texto y del significado: no permiten considerarlos como artefactos sistémicos con los cuales la única relación posible es la del desmontaje descriptivo. Sin embargo, no sería alarmista expresar aquí el temor de una fuga del texto hacia un estatuto de inmaterialidad completa, de pérdida de control (para decirlo con una expresión feliz de Starobinski) respecto de lo que se construya con él: el texto literario como deriva dentro de otra deriva, la del goce de su lector.

Me gustaría comentar algunas de las tesis de Stanley

Fish, que se presentan de manera extremadamente provocativa y al mismo tiempo responden a estos interrogantes, llevando a su límite el papel que en la construcción de un sentido desempeña el lector. Fish cuestiona radicalmente la idea de que existe algo en el texto que pueda ser separado de la actividad interpretativa. Este cuestionamiento tiene en su base (como he tratado de demostrar más arriba) también una idea de lo que la literatura es: "La categoría 'en el texto' es juzgada habitualmente en referencia a algo que está irreductiblemente allí, con independencia de toda actividad interpretativa y previa a ella [... pero] lo que se percibe 'en el texto' es una función de actividades interpretativas, aunque estas actividades se desarrollen en un nivel tan primario que las formas que proporcionan parezcan estar allí antes de que nosotros hayamos hecho nada".⁹

Fish convalida su hipótesis realizando lo que bien puede considerarse una experiencia crucial de su teoría. Presenta a sus alumnos un falso poema, construido por una secuencia de apellidos y lo propone a la interpretación en el marco de un curso sobre poesía religiosa. La comunidad interpretativa constituida por estudiantes altamente seleccionados, realiza una serie de operaciones que, en verdad, producen un poema a partir de la secuencia antes desarticulada de apellidos, leyendo en ellos una voz simbólica que naturalmente no los atravesaba cuando la lista era percibida sólo como un conjunto de autores anotados, como tarea a realizar por otro curso, en el pizarrón. El carácter crucial de esta experiencia lleva a Fish a afirmar que prácticamente toda secuencia construida con el mismo grado de arbitrariedad podría ser leída (o, mejor dicho, producida) como poema por una comunidad entrenada para hacerlo.

La conclusión tiene que ver con su tesis central: "Tan pronto como los estudiantes tomaron noticia de que se trataba de poesía, comenzaron a mirar el texto con ojos-que-ven-poesía, es decir con ojos que todo lo veían en relación con las propiedades que ellos atribuyen a los poemas... Así el significado de las palabras y la interpretación en la cual esas palabras estaban imbricadas, emergían al mismo tiempo, como consecuencia de las operaciones que los estudiantes comenzaron a realizar una vez que se les dijo que estaban ante un poema".¹⁰

5. La pregunta es, entonces, qué nos queda de este texto literario que hasta hace pocos años era considerado soberano, o súbdito únicamente de otros textos, códigos, convenciones. "Los intérpretes no decodifican poemas: los producen",¹¹ advierte Fish. La crítica ha llegado nuevamente a un límite, en el cual la hipóstasis de uno de los actores del circuito literario se ensancha hasta ocuparlo todo. La perspectiva de Fish le permite proponer una modalidad de lectura que más que una descripción empírica es un modelo general de funcionamiento del lector frente al texto.

Sin embargo, Fish reivindica el carácter relativista e histórico de su enfoque: "En su operación, mi método será, como es obvio, radicalmente histórico. El crítico tiene la responsabilidad de convertirse no en uno sino en una variedad de lectores informados, cada uno de los cuales podrá ser identificado por una matriz de determinantes políticos, culturales y literarios... La pluralidad de lectores informados supone una pluralidad de estéticas, o ninguna en absoluto".¹² La afirmación citada sobre la historicidad del método, tiene en su base la definición de *lector informado*, que es uno de los problemas con los que se encuentra la crítica del lector, no sólo en el caso de Fish. También Jauss lo enfrenta cuando se trata de reconstruir el horizonte de expectativas desde el cual es leído un texto literario, en la medida en que supone la reconstrucción de un lector histórico.

Ese es precisamente el paso metodológico en que se pro-

ducen deslizamientos, no siempre advertidos, entre *lector*, como categoría más formal y vinculada al texto, y *público*, como noción social y empírica. De ningún modo es posible inferir que el lector, definido como aquel que realiza operaciones de construcción de sentido, puede identificarse sin más trámite con el público, definido como heterogénea audiencia real de un texto.

Puede decirse como hipótesis que lo que Fish o Iser presuponen como lector es precisamente esto: un presupuesto, construido a partir del cumplimiento hipotético de un número de tareas, sea el llenado de blancos y la reducción de la indeterminación, como en el caso de Iser, sea la puesta en funcionamiento de una serie de destrezas interpretativas que, incluso, pueden llegar a producir el texto mismo, como en el caso de Fish. No parece arriesgado decir que el "lector informado" de Fish es invariablemente un lector ideal del texto que se le propone. Fish no tiene, por otra parte, inconveniente en reconocer que su lector es una construcción ideal, que debe responder a un conjunto de condiciones: "1. es un hablante competente de la lengua con la cual se construye el texto; 2. está en plena posesión del 'conocimiento semántico que un oyente maduro necesita para sus tareas de comprensión', incluido el conocimiento (es decir, la experiencia tanto como reproductor como oyente) de los conjuntos lexicales, las probabilidades distributivas, los rasgos idiomáticos, los dialectos profesionales y de cualquier otro tipo, etc.; y 3. tiene competencia literaria".¹³

Obviamente, estas condiciones, cuando se trata de textos que no sean absolutamente contemporáneos, hacen del lector informado un lector-filólogo o un lector-crítico. Por eso, la cuestión de las relaciones entre este lector y el público queda planteada como un problema: cuáles son los presupuestos que convierten al público en lector, definido desde esta perspectiva; en qué se diferencian y en qué se acercan las competencias del lector informado y las del público; hasta qué punto, la lectura del lector informado es la sistematización de las operaciones de una lectura crítica.

Es posible aceptar la afirmación de Fish acerca del carácter radicalmente histórico de su método, y al mismo tiempo pensar de qué modo un público histórico puede ser definido a partir de los presupuestos que plantea Fish. Menocchio, el molinero del siglo XVI, cuyas lecturas y producción de sentido analiza Carlo Ginsburg,¹⁴ construye efectivamente textos a partir de otros pocos textos, ensaya interpretaciones, establece vínculos, opera productivamente con sus lecturas y, sin embargo, no responde a ninguna de las condiciones de Fish. Creo que esto no puede ser imputable a Fish sino a la diferencia teórica y práctica entre una noción formal, la de lector (informado, implícito, ideal, etc.) y una noción mucho más cargada de empiria, como la de público. La diferencia entre ambas nociones ubica a la práctica crítica en lugares y relaciones también diferentes con los textos.

6. Otra de las hipótesis centrales de Fish es sobre la incidencia de la temporalidad en el acto de lectura. Esta idea, quizás una de las más originales de la propuesta, parte de que la experiencia de lectura no puede ser considerada fuera de las modificaciones que el transcurso del tiempo de lectura va introduciendo en cada uno de los pasos que se suceden: "El análisis debe centrarse sobre las respuestas en desarrollo, para distinguirse del atomismo que afecta a gran parte de la crítica estilística. La respuesta de un lector a la quinta palabra de un verso o de una frase es, en amplio grado, producto de sus respuestas a las palabras primera, segunda, tercera y cuarta... La categoría de respuesta incluye todas las actividades suscitadas por un flujo de palabras".¹⁵

Existe, entonces, una experiencia que Fish no vacila

en llamar cognitiva. Realizándola el lector (por lo menos el lector de Fish) comprueba que el "texto significa lo que el texto hace".¹⁶ Y lo que el texto hace es, precisamente, proponer al lector (dotado de la requerida competencia lingüística y estética) un flujo que se modifica en cada uno de sus puntos y que modifica, retrospectivamente, los puntos anteriores. Las microexperiencias de lectura propuestas por Fish son descripciones de este funcionamiento puntual y fluido al mismo tiempo. De nuevo, al afirmar que el significado está performativamente inscripto en lo que el texto hace con el lector y lo que el lector hace con el texto, la teoría se propone, también, como una teoría de lo que la literatura es. No sólo una lógica de la lectura, sino una lógica de la literatura.

Esta lógica de la lectura es, como señala bien Jonathan Culler, una lógica a la que se sujeta el lector de Fish, construcción hipotética realizada sobre Fish mismo. No contempla la posibilidad de lógicas diferentes, planteada, por ejemplo, por Leenhardt y Józsa.¹⁷ Según la hipótesis de Fish, el lector informado realiza siempre el mismo tipo de operaciones. Contrariamente, Leenhardt y Józsa parten, desde una investigación empírica sobre recepción de dos novelas en Hungría y Francia, hacia la determinación de distintos modos de lectura que suponen, por un lado, diferentes relaciones de los lectores con los textos, y, por el otro, diferentes pedidos e indicaciones de los textos a sus lectores.¹⁸ Es decir que discriminan entre diferentes lógicas, relacionadas, también, con el tipo de texto sometido a proceso de lectura, y en consecuencia con las instrucciones que proporciona al lector. Si, con Eco, se puede decir que el texto es una "máquina perezosa", un espacio lleno de reticencias, también sería posible definirlo como máquina retórica que se propone obtener de su lector prácticas (de lectura) inducidas por sus mecanismos. El texto aconseja lecturas y, obviamente, no siempre aconseja las mismas.

7. Si esto es cierto, la idea misma de una sola lógica de lectura, que es la demostrada por Fish en sus análisis, sería, por lo menos, controvertible y, pese a la voluntad de Fish de afirmar la historicidad de su concepción de la lectura, ésta aparece como transhistórica. En efecto, la

fuerte flexión histórica de teorías como la de Jauss sobre el horizonte de expectativas o la de Vodicka¹⁹ acerca de los cambios en las concretizaciones críticas, se basan, precisamente, en la hipótesis, comprobada en muchos trabajos críticos, de la diferencia de las lecturas de un mismo texto a lo largo de la historia de su recepción. En consecuencia, si las lecturas son diferentes desde una perspectiva histórica, es posible pensar que esta diferencia indica no sólo distintas situaciones de lectura sino también distintas lógicas y modos de lectura.

La idea de una sola lógica me parece adecuadamente criticada por Jonathan Culler, cuando se interroga acerca del carácter monista de la teoría de Fish: "Lo que puede verse en Fish son los momentos de la lucha más general entre el monismo de la teoría y el dualismo de la narración. Las teorías de la lectura demuestran la imposibilidad de establecer distinciones bien fundadas entre hecho e interpretación, entre lo que puede ser leído en el texto y lo que se le atribuye leyéndolo, distinciones también entre texto y lector. En consecuencia conducen a una concepción monista. Todo es constituido por la interpretación, hasta tal punto que Fish reconoce que no puede responder a una pregunta acerca de qué se interpreta en los actos de interpretación. Las historias de lecturas, sin embargo, podrán responder a la pregunta".²⁰ La asimetría entre texto y lector, afirmada entre otros por Juri Lotman cuestiona toda concepción monista de la lectura. Precisamente, podría decirse, que la posibilidad misma de leer se apoya en esta asimetría, en la medida en que una diferencia de códigos y de enciclopedias de referencia, es la que convierte a la lectura en un problema teórico e histórico digno de considerarse, extrayendo a la lectura de una situación, impensable, por otra parte, donde sólo repita miméticamente la organización semántica y formal del texto. La productividad de la lectura se origina, en consecuencia, en esta disimetría necesaria.

Pero al mismo tiempo, esta disimetría tiene planteados sus límites: no puede convertirse en una alteridad absoluta. Es una disimetría que debe permitir al mismo tiempo la posibilidad dialógica: "Entre el texto y su público se forma una relación caracterizada no como percepción pasiva sino como diálogo. Este dialogismo se caracteriza no

IDEAS EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación de la Universidad de Belgrano.
Director-Editor: Dr. Avelino Porto
Director Ejecutivo: Roberto Martínez Nogueira
Año II, Número 4

SUMARIO

Roberto Rusell y Beatriz Kalinsky
Ideas políticas y unidad latinoamericana: Hacia una superación de la dicotomía utopismo-pragmatismo

Vicente Palermo
Cultura política, conflicto y democracia

Rubén Zorrilla
Sindicalismo y democratización

Rubén Perina
Sistema electoral y estabilidad política

Roberto Yáñez Cortés
Epistemología fenomenológica

Comunicaciones

Recursos humanos, desarrollo de instrumentos para su orientación, Eva G. de Muchnik y Friedrich Kaufmann

El ombudsman argentino, ¿defensor del pueblo y de la democracia?, Jorge Maiorano

Relaciones entre las metodologías de planificación del desarrollo científico y tecnológico y los mecanismos institucionales, Roberto Martínez Nogueira

DOCUMENTOS, LIBROS, INFORMACIONES

Ideas en Ciencias Sociales se vende en librerías en todo el territorio de la República Argentina. Suscripciones en el exterior: países americanos u\$s 40.00 (correo común); u\$s 48.00 (correo aéreo). Otros países u\$s 45.00 (correo común); u\$s 53.00 (correo aéreo). Cheques a nombre de Fundación Universidad de Belgrano (no a la orden). Redacción y administración: Teodoro García 2090, 2º Piso, 1426 Buenos Aires, República Argentina. Teléfonos 771-7800 y 774-2133.

sólo por el código común de dos enunciados yuxtapuestos, sino también por la presencia de una memoria común compartida por el emisor y el destinatario".²¹ Este espacio, que Lotman denomina "memoria", es el escenario de los cruces discursivos que producen escrituras y lecturas en el marco de pactos retóricos e ideológicos, fundadores tanto de la comunidad literaria como de las formas textuales.

Por ello, es necesario subrayar, en la idea de pacto, la diferencia entre los actores que intervienen en él: lectores, escritores, instituciones, marcados por relaciones diferenciadas respecto de la tradición literaria o la innovación, y con destrezas que tienen marcas sociales, ideológicas, sexuales, nacionales. La idea de pacto es, también, la que puede ayudar a elaborar los nexos entre la noción (formal) de lector y la diversidad (empírica) del público.

Notas

¹ Marcello Pagnini, *Pragmatica della letteratura*, Palermo, Sellerio, 1980, pág. 71.

² Pierre Macherey, *Pour une théorie de la production littéraire*, París, Maspero, 1966.

³ Hans Robert Jauss, *Pour une esthétique de la réception*, París, Gallimard, 1978.

⁴ "El placer, sin embargo, no es un elemento del texto, su residuo ingenuo: no depende de una lógica del entendimiento y de la sensación: es una deriva, algo a la vez revolucionario y asocial, del cual ninguna colectividad, ninguna mentalidad, ningún idiolecto puede hacerse cargo", Roland Barthes, *Le plaisir du texte*, París, Seuil, 1973, pág. 39.

⁵ Wolfgang Iser, *The Act of Reading: a Theory of Aesthetic Response*, Londres, Routledge & Kegan Paul y The Johns Hopkins University Press, 1978; *The Implied Reader: Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyan to Beckett*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1974. Umberto Eco, *Lector in fabula*, Milán, Bompiani, 1979 (hay traducción castellana). También Barthes escribe: "Si se hunde un clavo en la madera, ésta resiste de manera diferente según el lugar elegido: se dice que la madera no es isotrópica. Tampoco el texto es isotrópico: los bordes, la falla son imprevisibles. Así como la física (actual) debe atenerse al carácter no isotrópico de ciertos medios o universos, el análisis estructural (la semiología) deberá reconocer las más pequeñas resistencias del texto, el dibujo irregular de sus venas" (*Le plaisir du texte*, op. cit., pág. 60).

⁶ Susan Suleiman, "Introduction: Varieties of Audience-Oriented Criticism", en S. Suleiman e I. Crosman (comps.), *The Reader in the Text*, Princeton University Press, 1980, pág. 22.

⁷ Iser, *The Implied Reader*, op. cit., pág. 274-5.

⁸ Tanto Suleiman (op. cit.), como Jonathan Culler ("Prolegomena to a Theory of Reading", en Suleiman y Crosman, *The Reader in the Text*, op. cit., pág. 49) y Diana Sorensen Goodrich ("La crítica de la lectura: puesta al día", *Escritura*, número 11) señalan también la influencia de la gramática generativa sobre las corrientes norteamericanas del *reader's response criticism*. El trabajo de Sorensen Goodrich, publicado en castellano, es además una excelente exposición de conjunto.

⁹ Stanley Fish, *Is there a Text in this Class?: The Authority of Interpretive Communities*, Harvard University Press, 1980, pág. 273.

¹⁰ Fish, op. cit., pág. 326.

¹¹ Fish, op. cit., pág. 327.

¹² Fish, op. cit., pág. 49-50.

¹³ Fish, op. cit., pág. 48.

¹⁴ Carlo Ginsburg, *El queso y los gusanos*, Barcelona, Muchnik, 1982.

¹⁵ Fish, op. cit., pág. 27.

¹⁶ Fish, op. cit., pág. 32.

¹⁷ Jacques Leenhardt y Pierre Józsa, *Lire la lecture*, París, Le Sycomore, 1982.

¹⁸ Leenhardt y Józsa exponen tres modos de lectura: a. la lectura factual o fenoménica, que "registra en el curso de la lectura las peticiones de la acción y se limita en sus respuestas al nivel de los simples hechos"; b. la lectura identificativo-emocional, que explica "los hechos y comportamientos por el carácter de los personajes o por la dinámica de sus relaciones recíprocas" y se caracteriza por una "tendencia constante a elegir y rechazar los personajes de la novela, elección y rechazo que se relacionan con la importancia que tiene para estos lectores el proceso de identificación"; y c. la lectura analítico-sintética "que intenta una interpretación englobadora de las situaciones, busca las causas y señala las consecuencias" (op. cit., pág. 38 y ss.).

¹⁹ Felix Vodicka, "Die Konkretisation des literarischen Werks - Zur Problematik der Rezeption von Nerudas Werk" y "Die Rezeptionsgeschichte literarischer Werke", en Rainer Warning (comp.), *Rezeptionsästhetik*, Munich, Fink, 1975.

²⁰ Jonathan Culler, *On Deconstruction: Theory and Criticism after Structuralism*, Cornell University Press, 1982, pág. 75.

²¹ Yury Lotman, "The Text and the Structure of its Audience", en *New Literary History*, vol. XIV, número 1, otoño 1982, pág. 82.

HYPERTEXTA

Saúl Sosnowski
5 PUEBLO COURT
GAITHERSBURGH,
MD. 20878 - U. S. A.

TARIFAS DE SUSCRIPCIONES

Bibliotecas e instituciones: U\$S 21.00
Suscripciones individuales: U\$S 15.00
Patrocinadores: U\$S 30.00
(Excepción: Año I, nos. 1-2-3 U\$S 25.00)

revista de crítica literaria latinoamericana

Avenida Benavides 3074
Urbanización La Castellana
Teléfono 456353
Lima - 18
PERU

Dirección
ANTONIO CORNEJO POLAR

LA REBELION DEL LECTOR*



ESTUPO R

El crecimiento del Movimiento de Liberación del Lector (MLL) en las últimas décadas significó un avance decisivo de los lectores oprimidos del mundo entero, brutalmente proletarizados por la clase autoral. Cada vez más, los lectores ya no son vistos como meros no-escritores, orden subhumano, especie de defectuoso derivado de los autores. Carecer de pluma no es hoy un signo vergonzante de pertenencia a un status secundario, sino la marca de un espacio positivo, del mismo modo que dentro de cada autor acecha, como antítesis reprimida pero contaminante, un lector. La lectura dejó de ser ese discurso furtivo y murmurante que sucedía sólo en unos pocos lugares especiales, esa reserva de ambivalencia y esterilidad, sino que ganó las calles y comenzó a afirmar su poder. Se ha liberado nada menos que la *contradicción central* de la economía textual dominante, por el hecho de que ahora se reconocen en el lector capacidades casi autónomas al mismo tiempo que sigue rigurosamente sometido como mera función del texto. La velocidad expansiva del MLL fue tan grande que una consigna verdaderamente revolucionaria, que supera el reformismo textual y la conciencia de grupo, se ha generalizado: "Los autores nos necesitan; nosotros no necesitamos a los autores".

Ciertas movidas en falso fueron inevitables. Como lo enseña la larga historia del conservatismo romántico, siempre es posible que un movimiento de protesta juzgue como progresivo lo que en realidad es una regresión a relaciones sociales precapitalistas, en las cuales una forma de opresión es nostálgicamente aceptada en vez de otra. La *Gesellschaft* abandonada por una *Gemeinschaft* igualmente inmovilizadora. Esa ha sido la tendencia de la Escuela Crítica Feudal, cuyo objetivo es desterrar las relaciones textuales capitalistas para implantar de manera completa un modo feudal de producción: el lector como sirvo sumiso, preso en el obligado juego de un discurso que, al mismo tiempo reconforta íntimamente pero está radicado siempre en otra parte; un campesino mistificado a quien se obliga a una escucha interminable. Esta Escuela reproduce relaciones feudales de este tipo y es evidente que, al descentrar el empresario textual individual en nombre de una colectividad orgánica de discursos a la cual la clase lectora sigue subordinada, recoge algunos de los últimos temas de la ideología alemana.

Superando estas soluciones reaccionarias, cuyo radicalismo espurio desaloja al autor-individuo clásico sólo para sojuzgar más completamente al lector, el MLL se hizo cargo de la urgencia de sus tareas al enfrentar al abierto colaboracionismo de clase propuesto por la Escuela de Ginebra. Si es terrible que los lectores estén presos de la autoridad textual, aún es peor que se los induzca a abrazar sus cade-

* Publicado en *New Literary History*, vol. XIII, n° 3 (1982). Traducción B. S.

nas, a sumergirse en empática armonía con sus opresores hasta alcanzar un punto en que dejan de saber cuándo son sujeto u objeto, trabajador, patrón o producto. Se nos propone así el opio más refinado. Tampoco es casual que tal posición levante consignas consumistas típicas del capitalismo tardío: el texto como áurea mercancía, espacio radiante o solvente ideológico en el que se disuelven no sólo los intereses sociales enfrentados sino también las diferentes identidades sociales.

Sería ingenuo, por otra parte, desconocer la existencia de algunas corrientes sectarias en el interior del MLL, que amenazan seriamente su eficacia política. En la extrema derecha del Movimiento, la obra de Roman Ingarden y sus acólitos puede ser leída como un raído argumento de los autores que produce la fantasía de participación, mientras mantiene el poder en manos de la clase autoral. El texto llega al lector equipado con precisas indeterminaciones, que el lector obediente debe llenar. Este claro paternalismo, que a su modo equivale a permitir que el artesano medieval opine sobre una vieja gárgola, subestima orgullosamente la seriedad de las reivindicaciones del MLL. El centrismo de la Escuela de Constanza o de Norman Holland es mejor que este torpe reformismo, al plantear una sociedad industrial y una democracia textual limitada según el modelo socialdemócrata alemán. La Escuela de Constanza no admite, por supuesto, ni la propiedad conjunta ni la independencia del lector (la hegemonía la tiene, en última instancia, el texto) pero asigna al trabajador lector un rol más activo en el proceso de producción, al tiempo que reconoce la inevitabilidad de su inversión participativa en la industria. El carácter liberal burgués de esta tendencia puede verse en Wolfgang Iser, para quien la función de la literatura residiría en permitirnos contemplar

nuestros propios prejuicios, liberarnos de trabas ideológicas, recuperarnos para luego volver a donde partimos, pero dotados de una mayor percepción y agudeza.

Otra tendencia centrista del MLL adopta una estrategia levemente diferente, cercana al programa de transición trotskista y su consigna de "abran los libros". Esta corriente, ejemplificada en Jonathan Culler, presta menos atención a los problemas de alienación y creatividad en el lugar de trabajo, para concentrarse en la demanda de que los trabajadores/lectores deberían obtener el acceso a la sala de los botones: códigos, paradigmas y *know-hows* que dirigen la producción de mercancías. Tal tendencia, que cuestiona el monopolio del conocimiento más que la naturaleza y el uso de los productos mismos, está infionada de idealismo, aunque puede constituirse en un servicio de información a los consumidores, a fin de que no confundan una loción para después de afeitado con whisky o empleen técnicas de baile para correr el ómnibus. De todos modos, esta guía de los consumidores parece hoy cuestionable. La última investigación sobre consumo realizada en Yale indica que *todos* los productos de la industria textual, sin excepción, tienen fallas, que ocultan astutamente sus grietas y sus piezas rotas. La función de la crítica, que había consistido en construir réplicas en escala reducida de las mercancías, como ayudas visuales para el consumidor, se reduce hoy a redactar blandos informes de consumo que indican que, curiosamente, todos los productos están, en esencia, fallados del mismo modo y que (como sucede con la obsolescencia incorporada a la fabricación de una mercancía) esa fue la intención. El radicalismo de esta denuncia parece, por lo menos, discutible.

De todas maneras, hace mucho que es evidente que las alas liberal y centrista del MLL iban a ser superadas por la izquierda libertaria. El paso de relaciones textuales de pura dominación a formas participativas de matriz socialdemócrata, deja mucho que desear. Por eso, parece imponerse, en el Movimiento, la estrategia revolucionaria de derrocar al Texto e instalar a una victoriosa clase de lectores en su lugar. La lógica revolucionaria desnuda al reformismo tan inexorablemente como Lenin denunció a Krensky. Su consigna última es "todo el poder a los lectores". Los revolucionarios, sin embargo, deben cuidarse de las conspiraciones. La confesión de Stanley Fish de que su teoría sobre el poder del lector no puede responder a la pregunta sobre la naturaleza del objeto sobre el que se ejerce el poder, recuerda la vieja melodía keynesiana, por la cual las clases dominantes en crisis permiten que los obreros entierren dinero y trabajen para volver a sacarlo a la luz. El riesgo es, también, el de una regresión parcial a la producción domiciliada y artesanal, en la cual los industriales del texto proporcionan partes o materia prima para que los lectores permanezcan inocentemente ocupados en transformarlas en figuras placenteras y exóticas. Dentro de tales enclaves creativos, que de algún modo equivalen a las cooperativas de obreros en el capitalismo, los lectores pueden alucinar que son escritores de verdad, que trabajan sobre limosnas gubernamentales para convertirlas en poemas simbolistas. Muchos de los productos de la gran industria han sido especialmente deconstruidos en función de tal reciclaje.

Sin embargo no es tan fácil persuadir a los lectores de que son escritores. La sanguinaria guerra de interpretaciones en la sociedad de mercado, el profundo resentimiento edípico de algunos pequeños empresarios contra los monopolios de la producción textual, la lucha para desalojar a los linajes autorales dominantes y arrancarles porciones de sus propiedades, revelan que esta fantasía alucinatoria sólo puede atacar a una parte del pueblo.

Una crítica socialista no debe preocuparse en primer lugar por la revolución de los consumidores. Su tarea es apropiarse de los medios de producción.

DEBATES

en la sociedad y la cultura



Director: Jorge Balán

Comité editorial: José Aricó, Marcelo Cavarozzi, Roberto Cossa, Tony Díaz, Heriberto Muraro, Santiago Dubcovsky, Ricardo Ferraro, Roberto Frenkel, Oscar Landi, Beatriz Sarlo, Oscar Oszlak, Enrique Tandeter.

Secretario de redacción: Jorge Tula.

Debates es una publicación del CEDES.
Pueyrredón 510, 6º piso. Buenos Aires

En venta en todos los quioscos y por suscripción

LA MEDIATIZACION Y LOS JUEGOS DEL DISCURSO

La intensa reflexión teórica y metodológica que se desarrolló en los años '60 alrededor del lenguaje, la comunicación social y la semiótica, tuvo en Eliseo Verón a uno de sus principales protagonistas. Profesor de la carrera de Sociología de la UBA e investigador del Instituto Di Tella, participó asimismo en el comité de redacción de la revista *Lenguajes* y en la organización de varios coloquios internacionales. Radicado en París desde hace más de diez años, es actualmente Director de Investigaciones de la SORGEM, profesor del Instituto de Estudios del Desarrollo Económico y Social de la Universidad de París I y colaborador de la revista *Communications*.

Tanto en cuestiones teóricas como en análisis concretos —discurso político, prensa gráfica, televisión, etc.—, sus trabajos han contribuido en gran medida a delinear el campo relativamente reciente del análisis de los discursos sociales. Estos dos aspectos, que considera inseparables, estuvieron presentes en el seminario "La mediatización. Hacia una teoría de los discursos sociales", que dictara en el mes de abril en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y que resumió de alguna manera su trayectoria de los últimos años. Así, en un marco teórico que integra los aportes de Wittgenstein, Peirce, Bateson y la teoría de la enunciación, la presentación de algunas investigaciones realizadas, sobre todo en el plano de la recepción, permitió visualizar las perspectivas —y a su vez las dificultades— de un tipo de estudio aún muy poco desarrollado en nuestro medio. Estas cuestiones, y algunas hipótesis que hacen a la reflexión contemporánea sobre la democracia y la posmodernidad marcaron el itinerario de esta conversación.

L.A.: ¿Qué es lo que diferencia tu modo de abordar el estudio de los discursos sociales, de otras perspectivas de análisis?

E.V.: Desde mi punto de vista, es el objeto discurso. En relación con la lingüística, hay dos aspectos fundamentales: por un lado, las dimensiones del objeto, por el otro, la heterogeneidad. Las dimensiones, porque el análisis del discurso, tal como yo lo entiendo, trabaja con relaciones a distancia y el lingüista no va más allá del corpus; la heterogeneidad, porque pueden considerarse superficies discursivas donde aparece no sólo el lenguaje sino también la imagen, la gestualidad, etc. Pero además, el lingüista trabaja con un objeto construido que es la frase, y esta construcción consiste en el hecho de que la frase es encuadrada por un metadiscurso (la lingüística), en un contexto autoneutralizante que elimina los efectos contextuales. Co-

mo resultado de esto el lingüista funciona fuera del circuito de la circulación discursiva y anula la diferencia entre producción y reconocimiento, está fuera de la comunicación. En cambio —y éste sería otro modo de señalar su especificidad— el análisis del discurso opera justamente en el universo de ese desfase entre producción y reconocimiento.

L.A.: Esta consideración de las relaciones contextuales también marca una distancia respecto de los enfoques semióticos de los años '60. ¿Cuáles son, a tu juicio, los aportes teóricos fundamentales para la constitución de este campo, relativamente nuevo, del análisis del discurso?

E.V.: Yo creo que la primera ruptura con la inmanencia fue la problemática de la producción, en la que Julia Kristeva jugó un papel muy importante. La instancia de la producción es lo que dominó en los años '70, sin duda

por influencia también de la teoría chomskyana, y aun cuando pueda decirse que la noción de generación no tiene nada que ver con la de producción, de alguna manera hubo una especie de contaminación por ese lado. Pienso que ahora empieza una tercera etapa, que es la cuestión de la recepción, lo cual permitiría por primera vez abarcar un objeto complejo en sus aspectos fundamentales. La teoría de la enunciación, que me parece lo más importante de los últimos quince años, fue encuadrada en una problemática de producción, en tanto la enunciación era vista como modo de construcción de la relación con el discurso por parte del productor. Pero a partir del momento en que comienza a subrayarse el carácter inseparable de la construcción del enunciadore respecto de la del destinatario, se produce un deslizamiento hacia una problemática que no es todavía la de la recepción, pero que permite plantear ciertas condiciones para su estudio.

L.A.: A pesar de que las figuras de enunciadore y destinatario remiten a una relación intersubjetiva, has señalado reiteradamente que tu teoría no es una teoría de la comunicación.

E.V.: El destinatario no es el receptor, es la imagen que el productor construye de él. La cuestión de la apropiación, del reconocimiento, queda abierta: el receptor puede aceptar la posición que se le propone, puede rechazarla, etc.

L.A.: Es decir que, si bien el discurso propone un circuito comunicativo, éste puede efectivizarse o no.

E.V.: Sí, el productor en general quiere obtener un efecto determinado, pero hay un principio de indeterminación que hace que el efecto nunca sea fatal o necesario, hay una especie de zona de variación que es la que plantea toda la dificultad de estudiar el reconocimiento. Este deslizamiento se advierte incluso en la llamada pragmática, porque la de Austin era una teoría de cómo producir, cómo hacer con las palabras, pero actualmente, la mayoría de los pragmáticos se centran en la interpretación: cómo alguien puede entender lo que el otro quiso que hiciera o no. Es más bien el pasaje de la producción al reconocimiento, sin que los mismos pragmáticos tengan conciencia de eso.

L.A.: ¿Esa zona de variación está acotada por una cierta irreductibilidad del discurso?

E.V.: Hay sin duda una relación entre el discurso y sus efectos, una relación compleja, no lineal, porque el efecto es una composición entre las propiedades del discurso y las condiciones de la recepción. Las propiedades son siempre las mismas, pero cuando se articulan a condiciones de recepción diferentes, los efectos varían.

L.A.: Algunos de tus últimos trabajos son análisis de recepción, ¿qué problemas plantea este tipo de estudio?

E.V.: El análisis de la recepción de los discursos no puede efectuarse sino en otros discursos. La gran dificultad son las reglas de transformación entre un discurso y sus efectos, cómo reconstruir las gramáticas de reconocimiento. Yo lo he intentado con una investigación sobre la vulgarización científica en la televisión; en un trabajo para el Centro Pompidou, tratando de describir estrategias de apropiación de la exposición —en ambos casos haciendo entrevistas a la gente— y también, en un libro sobre el peronismo que hice con Silvia Sigal, tomando el discurso de la Juventud Peronista como el lugar de una gramática de reconocimiento del discurso de Perón. Es un campo totalmente virgen, no hay teoría, no hay reglas, faltan años de trabajo para alcanzar la sofisticación teórica que existe respecto de la producción.

L.A.: El tema de la confianza aparece en algunos autores como un componente esencial en la recepción. Vos lo mencionás también en relación con la credibilidad de ciertos discursos, ¿cuál es esa relación?

E.V.: La cuestión de la confianza aparece respecto de un cierto nivel de funcionamiento que yo llamo del orden in-

dicial, del contacto. Ese nivel existe en todo discurso —hay un contacto también en la escritura—, pero no en todos tiene la misma importancia. Para mí es crucial en el caso de la televisión, no me parece la misma situación respecto de la prensa escrita. Estos problemas hay que verlos en relación con los tipos de discurso, ya que el funcionamiento discursivo está sobredeterminado por ellos. En el caso de la televisión, y particularmente en el de la información, la confianza es un ingrediente esencial de la credibilidad, ahí existe una asociación fuerte entre confianza y creencia. En el discurso de la ciencia, por ejemplo, la credibilidad está garantizada por reglas de orden institucional: yo no necesito tenerle confianza a un científico para creer en su discurso. Incluso a veces puedo creerle a alguien de quien desconfío terriblemente. Podría decirse entonces que en ciertos casos, la confianza interviene en la producción de la creencia, en otros no, o mucho menos.

L.A.: Decías en tu seminario que uno no cree en un discurso porque es verdadero, sino que es verdadero porque uno cree en él.

E.V.: Efectivamente, no es que uno crea que es verdad sino que uno decreta que es verdad porque cree. Yo lo subrayo en relación con los medios, y especialmente con la información. Esto parece resultar de un análisis de las condiciones en las cuales funciona el discurso de la información, y de la construcción de la realidad social que está asociada a ese discurso. Si yo creo o no en un discurso es por una decisión que concierne a mi relación con él: si no creo lo que me cuenta un diario es porque creo lo que me cuenta otro. La otra alternativa sería que creo porque tuve una experiencia de ese hecho, objeto, etc., de que se me habla. Como uno puede verificar que en el 99,9 % de los casos no se ha tenido ninguna experiencia de las cosas de las cuales habla la información, y sin embargo la gente cree, la única conclusión es que cree porque cree en un discurso. Pero esto es algo que se construye muy lentamente, está determinado por gran cantidad de cosas. Hay una credibilidad relativa de la televisión, por ejemplo, que a veces se relaciona con el capital cultural. En ciertos casos, cuanto mayor es el capital cultural menos se cree en este medio, que está visualizado como popular. Y ésta es una relación de credibilidad respecto del medio y no de los discursos que puedan aparecer.

L.A.: Según algunos estudios, el margen de indecisos en situaciones electorales tiende a crecer. ¿Esto podría vincularse con las hipótesis acerca de una crisis de veridicción, o de credibilidad?

E.V.: Sí, parecería que hay un problema de credibilidad cuyo indicador sería la proporción de ciudadanos que durante un proceso político no juega el juego de los otros. Este margen es comparativamente reducido, la gran mayoría vota por unos o por otros, y esto se ve bien en países donde el voto no es obligatorio. Pero, efectivamente, hay una proporción creciente que pareciera funcionar en la suspensión de la creencia. Creo que éste es un efecto posible de la puesta en equivalencia de las posiciones, que puede generar un rechazo. Si esto se amplificara, querría decir tal vez que es muy difícil encontrar una legitimidad de segundo grado.

L.A.: ¿Al hablar de puesta en equivalencia te referís a la democracia?

E.V.: Hay dos cuestiones, una más general, otra específica. Desde un punto de vista general, la puesta en equivalencia aparece como una metarregla de la democracia, que es la comparabilidad de las posiciones enfrentadas en el campo político. Es una metarregla porque lo que expresa la equivalencia no está en ninguna de esas posiciones sino en otra, relativamente superior, cuya figura mitológica —en el caso de las democracias occidentales— son los padres fundadores, y el lugar simbólico, la Constitución, los textos, etc. Esto me parece consecuencia de una concepción de la

democracia como institucionalización del conflicto y no como consenso. Como consenso, la democracia se define en el nivel del contenido, como conflicto, en un nivel meta y en términos puramente formales. El interés de una teoría del conflicto respecto de una teoría del consenso es que permite poner en evidencia el cambio de nivel entre el juego y las reglas.

L.A.: ¿Cuál sería entonces la hipótesis más específica?

E.V.: Dada esta concepción de la democracia, y dado que es en las democracias industrializadas donde la mediatización se produce de manera más intensa —especialmente en la televisión—, hay un fenómeno de visibilidad creciente del enfrentamiento a través de discursos mediatizados a niveles cada vez más complejos, que incluyen una serie de registros, en particular el del contacto. Este registro es de orden enunciativo, no tiene nada que ver con los contenidos sino con la enunciación, hay una especie de puesta en evidencia del funcionamiento de la enunciación, de sus estrategias, lo cual no quiere decir que lo otro desaparezca. En la medida en que la mediatización del discurso político en la televisión implica una puesta en escena casi permanente de enunciadores, cada uno de los cuales se dice sincero, describiendo la realidad tal como es, y por lo tanto legitima su palabra en una posición de verdad, la puesta en equivalencia es la visibilidad de estos múltiples enunciadores, que puede generar una toma de distancia. Esta hipótesis responde más bien a una tendencia, a una potencialidad de la televisión de llevar a eso. También hay corrientes que van en sentido contrario, que tienden a ocultar este funcionamiento.

L.A.: ¿Sería otra manera de plantear el problema de la legitimidad?

E.V.: Esta visibilidad de la metarregla de la equivalencia sin duda está en relación con la llamada crisis de legitimidad. Este fenómeno hace que las condiciones de legitimidad no sean las mismas. Lo que entra en contradicción con el régimen de la creencia es que en general, parecería que la gente no puede creer sabiendo al mismo tiempo que es un juego. La cuestión es ¿la creencia es posible en la distancia? ¿Hay una metacreencia?

L.A.: ¿No hay situaciones en que aparece la metacreencia?

E.V.: Yo pienso que algunos elementos de la situación actual en la Argentina y las demandas del gobierno de creer primero en la democracia, es en cierto modo una demanda de aceptación de la equivalencia. Hay una metarregla que es prioritaria: creer en las reglas del juego independientemente de cuál puede ser la creencia depositada en tal o cual posición. Es un pedido de cambio de nivel, que aparece en Alfonsín, por ejemplo, una especie de llamado a fijarse no en la creencia en el primer grado sino en la metacreencia.

L.A.: Con lo cual se estaría poniendo en escena la concepción de la democracia como conflicto...

E.V.: Sí, yo creo que hay algo de eso, porque en el fondo, el principio de la equivalencia implica que la única creencia compartida por todos es aquella que dice que el consenso es imposible. La hipótesis del consenso sostiene que existen ciertos contenidos, objetos, etc. que son compartidos por todos: el bien de la patria, el desarrollo, etc., pero en la medida en que todo el mundo sabe que estos términos son llenados con contenidos diferentes —si no contradictorios— por cada una de las posiciones, finalmente ese consenso no se refiere a ningún contenido.

L.A.: En tu perspectiva de análisis, la presencia de lo ideológico en los discursos parece ser una preocupación constante. ¿Cómo se manifiesta esa relación entre ideología y discurso?

E.V.: Uno puede partir de la distinción entre ideología e ideológico. La noción de ideología en su uso corriente parece indispensable en tanto es una noción empírica que identifica fenómenos históricos. La noción de ideológico pretende ser más analítica, destinada a definir un nivel

de funcionamiento, una dimensión en la cual uno encuentra la relación entre un discurso y sus condiciones sociales de producción, las marcas que la sociedad ha dejado en él. En cuanto a su recepción, cuando el discurso está investido de creencia, se produce lo que yo llamo el efecto ideológico. Lo importante entonces es diferenciar el efecto ideológico de todo tipo de discurso —científico, publicitario, político, etc.—, por eso me parece impropio hablar de "discurso ideológico". Cualquier discurso tiene ese efecto en la medida en que hay investimento de creencia.

L.A.: ¿La noción de "condiciones de producción" no implica un cierto determinismo, que parecería en contradicción con la noción de juego?

E.V.: Ciertamente es determinista. Si está en contradicción o no con la noción de juego depende cómo se define ésta. Desde el punto de vista de los juegos de discurso, no implica en modo alguno la conciencia del juego. En muchos casos la gente juega sin saber que está jugando. Es la misma ambigüedad que está presente en la noción de regla o convención. Si uno pone el acento en la aceptación de la regla pareciera haber una especie de mediación de la libertad del individuo. Si se pone el acento en la regla como definiendo condiciones de determinación de lo que los actores hacen, se acentúa el determinismo. En la medida en que son reglas históricamente producidas, yo tiendo a interpretarlas en términos más bien deterministas.

L.A.: Es también el problema de definir la posición del sujeto.

E.V.: Parece claro que todo juego tiene dos zonas: una de restricciones, que operan como tales, otra de indeterminación, si no, no hay juego. La cuestión se plantea respecto del status de una y otra. A las restricciones que funcionan como leyes, uno puede tratarlas como tales: el sujeto está sobredeterminado por ellas. El otro problema es la zona de indeterminación, y ahí creo que la unidad no es más el sujeto, el lugar de la circulación es un lugar intersubjetivo donde el sentido de lo que yo digo está dado por la respuesta del otro.

L.A.: ¿A qué remite el concepto de "mediatización"?

E.V.: La hipótesis sobre la mediatización se refiere a las condiciones de la producción del sentido, de lo que la gente llama realidad social, en una sociedad industrial avanzada. Aquí lo fundamental es el cambio de escala, que resulta de los soportes tecnológicos de la comunicación. Esta realidad social no es una sino múltiple y fragmentaria, a pesar del rol unificador que intenta jugar la televisión. Podría decirse que los medios producen imaginario de diversas maneras, cuando ese imaginario es investido de creencia es lo que la gente llama real. La otra alternativa es considerar que existe un discurso que accede a lo real, que es el discurso de la ciencia, y como tal no sólo puede describirlo sino también hablar acerca de los otros discursos. Es aceptable, pero complicada al mismo tiempo, porque implica volver al principio del metadiscurso, lo cual parece en contradicción con la teoría de los juegos o la hipótesis de posmodernidad, que afirma que no hay metadiscurso.

L.A.: ¿La semiótica no asumiría de algún modo el lugar de un metadiscurso?

E.V.: Tiene un poco esa pretensión. Todo depende de cómo se plantee. La posición de Greimas es en cierta medida de ese tipo, ya que se propone abarcar no solamente a los otros juegos de discurso, sino también al de la ciencia misma. Yo creo que es un problema insoluble, que, como dice Bateson, sólo conduce a paradojas.

L.A.: Teniendo en cuenta esto ¿cómo podría definirse una teoría de los discursos sociales?

E.V.: La única posibilidad es decir que se trata de un juego que consiste en hablar de discursos sociales y en abordar esos objetos de ciertas maneras, pero que no tiene ninguna pretensión de verdad.

LINGÜÍSTICA, SOCIOLINGÜÍSTICA Y LINGÜÍSTICA COGNITIVA

La sociolingüística es una lingüística: su territorio es el de la lingüística, la lengua, no un subterritorio restringido (dialectos sociales, covariación), y le competen las mismas tareas, el estudio científico de la lengua. Pero considera que para cubrir mejor ese territorio y cumplir mejor esas tareas en ciertos aspectos conviene trabajar *de otra manera*. La sociolingüística se ubica siguiendo la continuidad de la investigación lingüística del siglo XX: reconoce sus logros y trata de sacar partido de sus adquisiciones. No tiene la intención ni pretende eliminar la forma actualmente dominante de la lingüística, es decir, el chomskismo.

Tal la situación y el programa —algo pierremenardizado al recontextualizarlo nosotros así— que escribía Pierre Encrevé para la sociolingüística en 1977.¹ Aun con las modificaciones habidas en el campo, la confrontación con el chomskismo sigue pareciendo necesaria a este ex discípulo de Martinet que ubica su trabajo a partir de la brecha abierta por Labov, pero no lejos de fonólogos generativos como Jean-Roger Vergnaud y Jean Lowenstamm ni de sociólogos como Pierre Bourdieu.² Similar efecto de pierremenardización (“¿para qué, entonces, el prefijo *socio*-?”) suscitó, en todo caso, la primera sesión de su seminario de este año en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales. Tras una breve introducción, Alain Kihm —traductor al francés, por otra parte, de *Sociolinguistic Patterns* y de *Language in the Inner City* de Labov— expone el estado de su trabajo en sintaxis y fonología de un *créole* de Guinea-Bissau: una escritura chomskyana a secas, según la actualidad de la teoría (de cuyo objeto nunca menos que ahora podría decirse que incluye propiedades de lo social).³

PIERRE ENCREVE: Se trataba de no olvidar lo que fue el renacimiento de la lingüística a partir de Labov, dependiente en gran medida de su relación con el chomskismo. Recordemos la “paradoja acumulativa” de Labov: la sociolingüística sólo puede construirse allí donde la lingüística ya está construida. Antes de observar la variación, es necesario encontrar el mejor modelo de descripción y contar con las invariantes... En un momento como el actual, en que los trabajos de Labov, Dittmar, D. Sankoff son cada vez más cuantitativistas, alejados de una representación formal de la lengua y en alguna medida marginalizados en relación con la lingüística a secas, me parece conveniente revisar la necesidad de una lingüística como la que propugnamos. Algo esencial, específico de nuestro punto de vista es la necesidad de la encuesta para la construcción de los datos. De los 70 artículos de gramática generativa de los últimos años sobre la *liaison* francesa, por ejemplo, casi ninguno acude a la encuesta: se toman datos clásicos, de libros, recogidos por otro... Y la necesidad de la encuesta plantea a su vez, por cierto, la necesidad de una sociología de la encuesta para la construcción de los datos. Pero por otra parte, no queremos solamente construir datos *para* los lingüistas, sino también para hacer nosotros lingüística. Siempre son los datos nuevos, extraños, los que hacen progresar el modelo. Un ejemplo claro lo cons-

tituyen los datos de lenguas no indoeuropeas, africanas en particular, como incentivo para la renovación producida los últimos años en fonología generativa, en que por ejemplo se ha abandonado completamente el modelo de *Sound Patterns of English* de Chomsky y Halle.

Además de ser pertinente para la construcción de los datos, la sociología puede serlo para el momento de la interpretación. Conviene advertir aquí la diferencia de cientificidad que hay entre una escritura lingüística, a secas, que es de tipo galileano, como dice Chomsky, popperiana, falsable, y la sociología, que carece justamente de este tipo de escritura. Justamente las sociologías más interesantes que se ocupan del lenguaje, Bourdieu, Goffman, por ejemplo, o Cicourel, son las menos formales. En este sentido, si consideramos a la sociolingüística como una lingüística, la interpretación sociológica de los datos no se traduce de manera tan evidente en la formalización de la gramática.

M.S.: Quisiera que especificaras algo más la relación de la sociolingüística con el chomskismo.

P.E.: En los años '60 se sientan las bases de una sociolingüística de tipo científico, ligada a la reflexión teórica, una lingüística de encuesta que no se contenta con ir al terreno como la dialectología sino que toma a los locu-

tores en su determinación social y hace correlaciones entre estas determinantes sociales y las características de su habla. Labov pone en este momento su trabajo en relación con la lingüística estructural —y yo también, en Francia, en ese primer momento—.

A fines de la década sucede en Francia, en Alemania, en Europa el fenómeno del '68. Esta gran movilización política de la juventud da lugar entre los lingüistas a un interés por la sociolingüística: el deseo de transformación social de muchos militantes se transforma en deseo de, al menos, comprensión social, de dar cuenta de la realidad social. Y se dan varios tipos de sociolingüística: enfoques sociales variados y una relación con la teoría lingüística también variada. Yo diría que de esta época data, al menos en Francia y en Europa, un malentendido total respecto del chomskismo por la mayor parte de los sociolingüistas. Yo siempre pensé, así como Labov, que no había incompatibilidad entre chomskismo y sociolingüística —en esa época justamente estaba traduciendo a Chomsky—,⁵ pero la mayoría de los sociolingüistas consideraba el chomskismo como uno de los lugares en que indirectamente se afirmaba una ideología dominante sobre el "buen uso". Es cierto que si Chomsky se dirige a locutores estándar y si toma en cuenta sus juicios de gramaticalidad puede considerar agramaticales oraciones normales no sólo en el lenguaje popular sino espontáneo, en relación con el estilo universitario o del lenguaje escrito. Pero las oraciones agramaticales lo son en relación con los locutores interrogados: de hecho son admitidas por los chomskianos que trabajan en lenguas no estándar. Para Chomsky la gramaticalidad no es nunca absoluta, sino relativa a una comunidad de locutores determinada. Creo que en Francia ayudó también a esta no comprensión del chomskismo el hecho de que fue importado en gran medida por profesores de lengua —"agregés de grammaire"— mientras los lingüistas-lingüistas se mantienen estructuralistas y antichomskianos. No conocen, en realidad, el chomskismo, y recubren la posición de juicios de gramaticalidad con la posición de "corrección". Se ve lo que en Chomsky era una posición mentalista, cognitivista, como una posición sociológica, se hace una interpretación sociologista.

A priori no hay ninguna necesidad intelectual, ninguna necesidad epistemológica de que el modelo chomskiano deba aplicarse particularmente a formas estándar. Se pueden concebir perfectamente gramáticas de lo que a nivel estándar es agramatical, lo que por cierto hizo Labov. Y tampoco hay ninguna necesidad de que la sociolingüística, los métodos sociolingüísticos sirvan especialmente para el lenguaje no estándar. En *La liaison sans enchaînement*² hice mi análisis justamente a partir de datos de locutores estándar y cultos. La sociolingüística no tiene de ninguna manera como objeto las variantes populares.

Me gustaría también hacer notar que el primero que escribió sobre Chomsky en Francia es Bourdieu, no los lingüistas, en todo caso el mismo año en que salió el primer artículo lingüístico, de Ruwet, sobre Chomsky. Fue en el postfacio del libro de Panofsky *L'architecture gothique et la pensée scolastique*. Con explícita referencia a Chomsky, Bourdieu propugna una sociología generativa a manera de la gramática generativa. Se trataría de un sistema "generativo" de *habitus*, en el sentido de generador, que dé cuenta del conjunto de prácticas sociales. De modo que es algo absurdo considerar a Bourdieu como un antichomskiano...

M.S.: Quizás no tanto... En todo caso, creo que sería importante marcar un cambio, un movimiento, en primer lugar, en tus propias posiciones respecto de la gramática generativa. Me parece claro, por ejemplo, que la aceptación de un nivel cognitivo, que la lingüística es, o al menos es también, una ciencia cognitiva, es nuevo. Por otra parte, me parece que hay también algunas diferencias en-

tre tu posición y la de Bourdieu. Creo que el objeto de una sociología del lenguaje, por ejemplo a la Bourdieu, y el de la lingüística chomskiana son realmente distintos, así como el objeto del psicoanálisis es distinto, por más que pudiera parecer que hablan de "lo mismo", de lo que cotidianamente se llama lenguaje. Me parece que justamente la construcción del hablante oyente ideal por parte de Chomsky, y su correlativa comunidad lingüística homogénea, obviamente también ideal, abstracta, prueba su conciencia de esta delimitación de terrenos —como creo que sugerís, por otra parte, en tu presentación de la edición francesa de *Sociolinguistic Patterns*, por ejemplo—.²

P.E.: Convendría empezar por hacer algunas aclaraciones. Por una parte, entre la posición de los sociólogos, o sociólogos del lenguaje, y los sociolingüistas, Bourdieu, por ejemplo, en *Ce que parler veut dire* entabla, como sociólogo, una polémica no especialmente con la lingüística chomskiana, sino con los lingüistas, con la lingüística en general, como ciencia que voluntariamente renunció a saber cuál era la naturaleza social de su objeto. La lingüística trabaja sin hablar de su realidad social y reconduce así a conceptos preconstruidos de una manera que tiene efectos ideológicos, sociológicos y políticos. Este es un punto de vista sociológico, bien argumentado, pero que no se plantea el problema de saber cuál podría ser la tarea específica de la lingüística en la medida en que tiene que construir objetos abstractos muy particulares como las gramáticas. Los sociolingüistas aceptan esta polémica de Bourdieu, y de la mejor sociología, contra la lingüística a secas. La aceptan porque aquí radica la mayor debilidad de la lingüística probablemente, en no plantearse demasiadas preguntas sobre la manera en que construye su objeto concreto: el conjunto de datos a partir de los cuales "abstrae" la gramática. Muchos se quedan en eso, mantienen esa posición polémica sin querer de todos modos construir gramáticas. Pueden a partir de ahí hacer sociología del lenguaje, tratar de restituir cada vez al objeto lenguaje su dimensión social, su funcionamiento social. La sociolingüística tal como yo la concibo y como fue desde un primer momento la posición de Labov, toma una posición casi inversa. Tanto él como yo fuimos formados como lingüistas. Por estructuralistas, por el mayor estructuralista francés que fue Martinet (Labov, indirectamente, por el discípulo de Martinet que fue Weinrich). Y nuestra polémica de entrada no es contra la lingüística teórica sino contra lo que podría denominarse en un sentido amplio también "sociolingüística": la lingüística de campo, de los dialectólogos, de encuesta. Estamos contra una lingüística de campo que ha abandonado la teoría lingüística y falla en la tarea de construir la gramática de los dialectos que encuentra.

En 1928, la lingüística de campo había abandonado la lingüística teórica. Nuestra lucha es entonces contra esa lingüística y a favor de una lingüística teórica, formal, del lado del estructuralismo y bien pronto del lado del chomskismo. También la de Labov. Queríamos en este primer movimiento que la lingüística de campo tuviera armas teóricas. Esto se corresponde con la encuesta de Labov en Martha's Vineyard (1961-62) y la que yo hice en Vendée (1964-1966). Uno y otro nos instalamos en un campo —en una isla, en un pequeño pueblo— y tratamos de comprender el funcionamiento social de la población. No tenemos todavía ninguna deuda con los sociólogos. Yo no conozco personalmente a ningún sociólogo. Leí solamente a Marx y de los clásicos de la sociología, a Durkheim y a Max Weber, pero sin integrarlos. De modo que no hay en este momento ninguna polémica sociológica contra la lingüística.

El segundo movimiento, tanto de Labov como mío, siempre de manera independiente, ya que no conocía todavía los trabajos de Labov de la época, pero muy simi-

lar, es acercarnos a los sociólogos. Comprendemos que una lingüística de terreno no sólo tiene que estar armada teóricamente desde el punto de vista lingüístico sino también sociológico. Labov acudirá a los sociólogos de la Universidad de Columbia, en 1966; yo me acerco a Bourdieu en 1968 y me pongo a trabajar en su sociología. La sociología a la que acude Labov lo hará desembocar, después, en el cuantitativismo. Pero a la vez se va acercando al chomskismo y empieza a trabajar en fonología generativa. Yo ya estoy trabajando desde el '68 en la Facultad de Vincennes —que hoy es París VIII— cuyo Departamento de Lingüística es totalmente transformacional: Chomsky y Harris. Enseño fonología generativa desde un principio, junto a Vergnaud, Shane, Dell —y descubro que Labov había conseguido reunir sociolingüística y fonología generativa, cosa que en ese momento hacía muy bien... Tengo ganas de introducir a Labov en Francia y le escribo para armar un libro con varios de sus artículos, lo cual se concreta recién después de la edición de *Sociolinguistic Patterns* en inglés, y recién se traduce en la colección que dirige Bourdieu en 1975. Ya doy regularmente mis cursos y seminarios sobre sociolingüística. Desde fines de la década del '60, entonces, hago fonología generativa y sociología bourdieuiana. Me intereso también por la sociología interaccionista, la etnometodología, Goffman, Cicourel, aun cuando privilegio a Bourdieu, sobre todo en la medida en que su sociología no pierde de vista las relaciones de fuerza generales de la macroestructura.

Entonces nuestro primer movimiento no es una polémica contra la lingüística sino todo lo contrario: como lingüistas polemizamos contra la insuficiencia teórica de la lingüística de campo. Y en un segundo movimiento, decimos a la lingüística "pura": ustedes no hacen ningún tipo de encuesta. No les reprochamos su teoría sino las condiciones en que se procuran los datos. En este momento estamos muy cerca de la polémica de Bourdieu contra la lingüística. Pero aquí nosotros, a diferencia de quienes sólo hacen sociología del lenguaje no reprochamos a la lingüística sus formalismos sino que le pedimos que haga encuestas y para encuestar es necesario reconocer la dimensión social, armarse de sociología para construir correctamente los datos. Pero el objetivo tanto de Labov como mío ha sido siempre escribir gramáticas. La sociología es para nosotros un arma, no un fin en sí misma. Nuestra finalidad sigue siendo la lingüística, construir gramáticas. Este es el estadio de todos los textos míos de los años '70.

M.S.: Pero desde entonces se produce también un cambio...

P.E.: Es cierto, entonces hablaba de la lingüística como ciencia social pero no como ciencia cognitiva. El programa era construir gramáticas pero no me planteo si se trata de gramáticas de la comunidad o del sujeto. En la medida en que la forma más perfeccionada de las gramáticas, en todo caso para la fonología, es la generativa, digo que hay que escribir gramáticas generativas, fonología generativa, pero a partir de datos sociológicamente construidos. En este siglo de acuerdo, a la lingüística le sigue faltando la parte de la encuesta y la necesidad de la sociolingüística está en su producción de datos realistas en vez de meras remisiones a datos libresco. También sigo pensando como antes que para la sociolingüística hay dos polos: el polo lingüístico y el polo sociológico. La sociología sirve para construir la lingüística y la lingüística puede servir también para construir la sociología del lenguaje, porque así como los lingüistas pueden tener una visión ingenua respecto de su objeto, a menudo los sociólogos del lenguaje tienen también una visión ingenua del suyo. Cuando hacen análisis de contenido, son sumamente pobres. Sigo creyendo que la sociolingüística debe hacer progre-

sar la lingüística apoyándose en la sociología y a la sociología apoyándose en la lingüística.

Pero ahora creo que la lingüística es a la vez una ciencia social y una ciencia cognitiva. Junto con otros sociolingüistas con quienes teníamos una relación más bien instrumental con el chomskismo —era la herramienta más eficaz para construir gramáticas dentro de una lingüística entendida como ciencia social— comprendimos que al escribir gramáticas construimos objetos mentales, interiorizados, no sólo objetos sociales. Que la práctica científica de la lingüística es heterogénea: el estatuto científico de la sociología, su tipo de representación es distinto, decíamos, del de la lingüística a secas, con una escritura "galileana", falsable. Ahora bien, que las gramáticas sean objetos mentales no quiere decir que sean sólo producto de datos genéticos; también lo son de una experiencia que es de entrada social, socializada. Yo creo que esa concepción cognitivista es muy compatible con la idea de sociología cognitiva de Cicourel, por una parte, y con conceptos como el de *habitus* de Bourdieu: mecanismo incorporado no sólo en la *hexis* corporal sino interiorizado en un sentido también mental. Los procesos lingüísticos son procesos mentales. El saber lingüístico interioriza condiciones sociales, quizás universales en el sentido en que el hombre habla en sociedad, pero también condiciones específicas como la posición de cada individuo en la estructura social.

M.S.: Pero decir que el saber lingüístico, en el sentido de *competence*, interioriza condiciones sociales, ¿no es distinto de decir que es un saber *interno*, que tiene que ver con la especie? En tu artículo sobre el mercado lingüístico² me parece que queda un poco velada también, o todavía, la dimensión cognitiva como vinculada con la especie...

P.E.: Pero insisto en ese artículo en que hay siempre *competence* y *habitus*, que las dos cosas existen. No pongo el *habitus* en el lugar de la *competence*.

M.S.: Sin embargo decís "el conjunto *competence-habitus* lingüístico... ligado de manera directa al origen familiar, al *cursus* escolar y a la historia social del sujeto...", por ejemplo. No aparece, me da la impresión, la posibilidad de un origen ahistórico del lenguaje.

P.E.: Es cierto, no hablo de lo que ahora hablaría, de un origen, si no ahistórico, transhistórico.

M.S.: Ahora agregarías...

P.E.: Agregaría que es evidente una unidad de la especie humana desde la época en que se conoce al hombre, desde Cro-Magnon, y que hay algo común en esa especie humana que es lo que Saussure llamó *faculté de langage*. Pero en una gramática no se puede hacer la división entre lo que vendría de la especie y lo que vendría de la socialización del individuo. La vida en sociedad precede necesariamente la constitución biológica de la *faculté de langage*. Yo diría que la lengua en tanto socializada es una realidad mental. No creo como Chomsky que sea un *organo* mental.

M.S.: O que haya que remitirla a una materialidad cerebral.

P.E.: No necesariamente. Es una realidad simbólica.

M.S.: Un poco para concluir. En la reunión de tu seminario posterior a la intervención de Kihm hiciste una delimitación de lingüísticas a partir de deseos. No parecía con tanto sentido ya una polémica entre lingüística "dura" y sociolingüística, entre una lingüística de campo, por ejemplo, y una sintaxis que pueda prescindir en mayor medida de los datos "sociológicamente construidos". Como

si se tratara ya no de distintos tratamientos del mismo objeto sino, por así decir, de distintas elecciones de objeto. De distintos deseos y distintos objetos.

P.E.: De acuerdo. Creo que durante mucho tiempo se presentó la relación entre lingüística y sociolingüística —aun desde el punto de vista de sociolingüistas-lingüistas: Labov, por ejemplo, y aun alguna vez yo— como una relación polémica. Ahora yo estaría más sereno, más calmo al respecto. Ya no se trata para mí de convertir o combatir a los lingüistas que no hacen sociolingüística. Creo que se trata, en efecto, de dos tipos de deseo: el mío me lleva a la lingüística como sociolingüística...

M.S.: Y a dos campos, la fonología y un cierto tipo de pragmática, que tienen con lo "concreto social" una conexión mayor, por ejemplo, que la sintaxis del último modelo chomskyano —esté esa fonología, la autosegmental, como un componente de tal modelo, y la pragmática algo más fuera de él (aunque quizás de manera compatible).⁶

P.E.: Creo que sí. A lo mejor justamente por eso el número 46 de las *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* que escribimos con Bourdieu y mi equipo recibió el nombre de un *gouache* de Magritte de 1928: *L'usage de la parole*. Es un paisaje nocturno, con pocos árboles en primer plano, un horizonte de techos y un cielo muy grande, que ocupa casi tres cuartas partes del cuadro. Sobre ese cielo, oscuro pero que parece irse aclarando, se ven brillar algunas estrellas, y si uno retrocede puede ver que las estrellas dibujan, escriben, justamente, la palabra deseo.

Marcelo Sztrum
(Paris, marzo-abril de 1985)

Notas

¹ *Langue Française* 34, pág. 4.

² Pierre Encrevé es profesor (fonología y sociolingüística) en la Universidad de París VIII y en la Ecole des Hautes Etudes de Sciences Sociales de París, dirige el equipo de investigación sociolingüística del Centre National de la Recherche Scientifique —equipo que integra a su vez el Centro de Sociología Europea que dirige Pierre Bourdieu— y junto a Gilles Fauconnier el grupo de investigación en pragmática y sociolingüística en París VIII. Destacamos, entre sus numerosos textos, "Présentation: Linguistique et sociolinguistique", en *Langue Française* 34, la "Presentation", también, de *Sociolinguistique* de William Labov (trad. de *Sociolinguistic Patterns*), Minuit, 1976, "Le marché linguistique", *Actes du Colloque de Franfort*, 1979, y, en particular, "La liaison sans enchaînement" y, en colaboración con Michel de Fornel, "Le sens en pratique" en el número 46 (marzo 1983) de las *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, muestras del trabajo actual de P.E. en fonología y pragmática sociolingüística. Ese número de ARSS, cuyos redactores han sido el director Bourdieu y los integrantes del equipo de sociolingüística del CNRS, que incluye, por ejemplo, una entrevista de P.B. y P.E. a William Labov, es una de las referencias insoslayables para la problemática que abordamos.

³ Cf. como textos básicos de la teoría actual los dos de Chomsky, *Lectures on Government and Binding*, Foris Publications, 2a. ed. revisada, 1982 y *Some Concepts and Consequences of the Theory of Government and Binding*, MIT Press, 1982, así como a manera de eventual introducción la nota bibliográfica sobre los dos de Edwin Williams en *Language* 60, 2, 1984, págs. 400-408.

⁴ Cf. en ese sentido, por ejemplo, el excelente *Forme sonore du langage*, de F. Dell, D. Hirst y J.-R. Vergnaud, Hermann, París, 1984.

⁵ N. Chomsky y M. Halle, *Principes de phonologie générative* (trad. de *Sound Patterns of English*), Seuil, 1973.

⁶ Porque se puede suponer, por ejemplo, que tanto las representaciones en forma fonética (PF) como las de forma lógica (LF) se ubican "en la interfaz (*interface*) de la *competence* gramatical, un sistema representado mentalmente y otros sistemas: sistema conceptual, sistemas de creencia, de competencia pragmática, de producción y análisis del habla, etc." (Chomsky, *LGB*, pág. 18.)

Espacios

DE CRÍTICA Y PRODUCCIÓN
Número 2.

César Fernández Moreno
Poesía existencial en América Latina

Luis A. Romero y Leandro H. Gutiérrez
La cultura de los sectores populares porteños
(1920-1930)

Néstor García Canclini
Cultura y Poder

Jorge Panesi
Cultura, crítica y pedagogía en la Argentina:
Sur/C contorno

Pierre Bourdieu
Espacio social y génesis de las "clases"

Reportaje a *Augusto Roa Bastos*, por Carlos D. Martínez.

Comentarios y reseñas de libros y revistas.

ESPACIOS de crítica y producción es una publicación de la Secretaría de Bienestar Estudiantil y Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; directores responsables: Juan C. Gorlier y Mauricio Boivin, Marcelo T. de Alvear 2230, 1er. piso, of. 102. - (1122) Buenos Aires, Argentina. Suscripciones interior del país: \$ 5.— (tres números); exterior del país: u\$s 25 (seis números). Desde mediados de agosto en los quioscos del centro de Buenos Aires, subterráneos y de EUDEBA, y en la Oficina de Publicaciones de la Facultad.

REVISTA IBEROAMERICANA Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

DIRECTOR-EDITOR: Alfredo A. Roggiano
SECRETARIO-TESORERO: Bruce Stichm.
DIRECCION: 1312 C. I. Universidad de
Pittsburgh, Pittsburgh, PA 15260 USA.
SUSCRIPCION ANUAL:
Países latinoamericanos: 20 dls.
Otros países: 25 dls.
Socios regulares: 30 dls

SUSCRIPCIONES Y VENTAS:
Gloria Jiménez Yamal
CANJE:
Lilian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura de Latinoamérica, la *Revista Iberoamericana* publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de autores de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.



DE PRONTO, UNA REVELACION

De pronto, una revelación. Ellos, que están tan lejos, a más de 15.000 kilómetros, están cerca. La percepción es clara, potente. Pueden estar ahí, detrás del biombo o en la pieza de al lado.

Las seis de la mañana, temprano, pero ya bien lejos del alba. Es verano. El sol que ha aparecido hace rato vuelve a reanimar el calor que apenas disminuyó en la noche. Cielo de color intenso, luz arrebatadora, dentro de poco la pava se calentará en la cocina y ellos vendrán desde las piezas a asomarse a la puerta a ver si el agua ya está lista.

Puedo ver sus caras recién lavadas, el cabello todavía mojado sobre la frente, la boca que aún respira somnolencia abrirse perezosa para decir: "Buenos días". Los párpados no tan lejos del territorio del sueño, alargados, apenas adaptados a la luz.

"¡Buen día!", fiiuut, fiiuut, fiittsss hace la pava. Roco de alpargatas o de chinelas desde las piezas, los pasos apurados se acercan, el cintillo sin atar cuelga del vestido, va como uná cola flácida por el suelo, apaga la hornalla, se da vuelta, me mira con una sonrisa: "casi, casi, eh...?"; si es él, el amigo, todavía lleva la toalla sobre el hombro, en la comisura de la boca un resto de espuma de dentífrico: "Bueno, bueno...", dice llegando, dirigiéndose a la pava que silba. La levanta y bien desde arriba deja caer un chorro finito en la boca del mate, gulu, gulu, glubbb, glubbb, la yerba se conmociona, se dilata sedienta, golosa, burbujea al contacto del agua: "Nunca sé bien, dice el amigo, cuándo va a estar...", menea la cabeza: "Todavía no

llegué a calcularle bien el tiempo a esta pava, sabés... en cualquier momento se me puede pasar", la pava vuelve a sentarse como una señorona impávida, indiferente a los apurones que acaba de provocar.

Los puedo ver a los queridos, ahí están. Ahí los veo asomarse a la ventana, mirar el día por el lado del patio con una expectativa aún intacta, la panza tibia del mate en el hueco de la mano amortigua cualquier conato de desaliento, la tranquilidad que repande baja por el cuerpo en el líquido caliente y amargo. Mi madre hace tintinear el reverso del anillo contra el mate haciendo chocar el dedo en un acompasado: tic-tiri-tic-tic, de la boca le escapa algo indefinible como un: "chi-chiri-, cachachiii", y la mirada va ausente por el patio, ausente de las cosas visibles, fija en las formas las atraviesa y llega a los recuerdos.

El mate se llena de nuevo, succulento de espuma, me lo alcanza... vacilo entre mi madre y el amigo, no me decido a elegir, no quiero rechazar uno de los dos: "Tomá Mary", me dice ella: "¿un matecito...?", la voz de él, el olor penetrante inunda mis narices, no tengo por qué rechazar uno u otro, que sean los dos, lleno mi mate y lo sostengo como si acabara de recibirlo, el traspaso de mano a mano a 15.000 kilómetros se hace sin un inconveniente.

El sol sube ahí afuera, todó lo que toca queda encandilado: "Va a ser un día de calor otra vez, vas a ver...", en la cocina, con ellos, amparados en su sombra...

Hemos tenido una buena idea en encontrarnos al despertar, esta mañana.

HACIA UN REALISMO POLITICO DISTINTO



I. Introducción

El problema del realismo político parece plantearse con particular intensidad tanto en las situaciones autoritarias, donde uno de los puntos primordiales de la agenda política de la mayoría de las fuerzas es impulsar procesos de democratización, como

Trabajo preparado para la Comisión Política y Estado de CLACSO, coordinada por Norbert Lechner. Fue publicado como documento de trabajo, Programa FLACSO, Santiago de Chile, número 219, octubre 1984.

en las democracias recientemente restauradas, en las cuales es prioritario el esfuerzo por estabilizar y dar continuidad a la democracia. En ambos casos, se insiste con frecuencia que una de las condiciones para alcanzar una efectiva democratización, o asegurar la estabilidad democrática, reside en que se haga política realista.

No obstante, y pese a esa reiteración de la necesidad de ser políticamente realista, so pena de hacer fracasar el impulso hacia la democratización o de generar amenazas serias pa-

ra la estabilidad democrática, no existe por lo general ninguna claridad acerca de lo que ese imperativo significa. Si se atiende al tipo de contextos específicos en los cuales esa exigencia se formula, se tiene la impresión de que se la hace equivalente con ser prudente. Esta asimilación del realismo a la prudencia no resuelve particularmente nada. Ser prudente puede significar cosas muy diversas, y aun contradictorias, dependiendo de los rasgos concretos de la situación. Por otra parte, asumiendo que la noción de realismo

político guarda una relación estrecha con el éxito político —se es realista para tener éxito, y se tiene éxito si se es realista—, entender la prudencia como una forma generalmente válida, de manera tal que para ser realista bastaría con aplicarla en la situación de que se trate, puede conducir a resultados indeseables, que son justamente la negación de aquello que se perseguía. Es decir, se buscaba ser realista para tener éxito, y para ser realista se fue prudente, pero al ser prudente se obtuvieron unos resultados que constituyen un fracaso. Por ejemplo, un significado posible de la prudencia es aplicar siempre, en cualquier situación, una estrategia conservadora, esto es, una estrategia que haga mínimas las pérdidas posibles. Sin embargo, se sabe que en las situaciones caracterizadas por una estructura de dilema del prisionero el empleo de estrategias conservadoras produce resultados colectivos indeseables.¹ En este tipo de situaciones, cuya frecuencia en la política parece ser alta, para ser realista habría que no ser prudente, aceptando que se es realista para tener éxito y que ni la producción de resultados colectivos indeseables, ni tampoco la perpetuación de ellos a través del bloqueo de la situación producido por la obstinación en el empleo de estrategias conservadoras, constituyen precisamente éxitos.

Estas reflexiones preliminares sugieren que puede no ser fácil dar un significado satisfactorio para la noción de realismo. Pero, a la vez, es difícil pensar que su uso recurrente en la clase de situaciones indicadas al comienzo no esté capturando, en razón de las connotaciones que de manera difusa y poco precisa ella evoca, un rasgo central de ellas.

¿Qué camino seguir entonces para identificar ese rasgo? Una vía consiste en explorar lo que podría llamarse la idea clásica de realismo político, asociada a esa consagrada caracterización de la política como arte de lo posible. La tesis que desarrollan estas notas es que esa idea de realismo permite iluminar ese rasgo central presente en las situaciones de transición y consolidación democráticas, pero a través de la paradoja consistente en poner de manifiesto cómo esa idea de realismo es incompatible con las exigencias que imponen esas situaciones. Al mismo tiempo, el argumento que muestra esa incompatibilidad permite destacar con claridad qué idea de realismo es la adecuada en los casos que interesan.

II. El realismo político clásico

La idea clásica de realismo político parte de una concepción bien determinada acerca de qué es política: política es empleo de poder para producir en la sociedad efectos de conservación, restauración o cambio, efectos que a su vez se supone que realizan un deber ser social, conceptualizado de maneras diversas: logro del bien común, realización de la libertad, la grandeza del Estado nacional, construcción de la sociedad socialista, consolidación de una democracia estable, realización del interés público, etc.

Así entendida, la política aparece como problemática porque se parte de la premisa, generalmente aceptada, de que a partir de un estado dado de las cosas no cualquier deber ser social es posible. La capacidad de imaginar mundos mejores o de proyectar situaciones distintas a la existente —esto es, el ámbito de lo que podría llamarse de *imaginario político*— parecen no reconocer límites en su despliegue. Ser políticamente realista implica saber discriminar, en el abigarrado conjunto de proposiciones que comprende ese imaginario político, aquellas que son posibles de las que no lo son.

Una típica ilustración de esta manera de pensar la proporciona Gramsci.² Para Gramsci, que la política en sentido estricto sea realista no significa que ella tenga que prescindir de una orientación por un deber ser social —es decir, por ideales, causas nobles, etc.—, ateniéndose exclusivamente a lo que es. Puede no ser realista, si es que se orienta por un deber ser vacío, esto es, ilusorio o fantasmagórico. Es realista si su orientación por la puesta en obra de un mundo diferente al existente afina en un juicio racional de posibilidad. El realismo exige tanto una capacidad de control de las propias convicciones, deseos y proyectos, que evite que éstos se sustituyan al enjuiciamiento racional de lo que es posible, como el desarrollo de conocimientos y habilidades analíticas que permitan alcanzar semejante racionalidad.

Ahora bien, según se destacó, esta idea de realismo que descansa en el concepto de posibilidad se apoya en una concepción específica —también se pueden usar los términos de modelo o paradigma— acerca de qué es la política o acción política.

Siguiendo de cerca un trabajo de Elster,³ sobre el que se volverá posteriormente, ese paradigma de la acción política es susceptible de caracterizarse a partir de los siguientes elementos

principales: 1) es un paradigma que asume el punto de vista de la categoría de actor. En otras palabras, y si bien el actor cuyo punto de vista se asume puede ser cualquiera, la política es siempre vista desde un determinado agente, cuyo interés es el de producir efectos sobre un mundo socio-político exterior a él, para realizar un deber ser social de cuya idea es portador. Sin duda, las más de las veces no es el único actor, pero para los fines del paradigma los otros son parte de ese mundo socio-político externo sobre el que se esfuerza por actuar. Empleando una terminología debida a Norbert Elias,⁴ el paradigma parte de una imagen *ego-céntrica* de la sociedad. 2) En el paradigma, la modalidad de interacción política que se privilegia, al extremo de excluir la consideración de otras, es el poder, entendido como la imposición inteligente e intencional de efectos sobre el mundo socio-político. Por consiguiente, no sólo hay un énfasis en las categorías de conflicto, victoria y enemistad —por oposición a las de cooperación, derrota y amistad— sino también la apelación a una norma particular en la evaluación del éxito o fracaso de la acción: política ideal es aquella que produce precisamente los efectos que el agente le ha preasignado. Una iniciativa abierta en cuanto a sus consecuencias, a partir de la cual el agente explora alternativas radicalmente inciertas o coopera con otros en la búsqueda de soluciones no previstas, es algo que está en las antipodas de ese ideal de acción política. 3) El paradigma atribuye al actor la habilidad de formular juicios de posibilidad *ex ante*, racionalmente fundados. En ausencia de esta premisa, la noción de que el realismo político consiste en saber discriminar en el imaginario político aquello que es posible de aquello que no lo es simplemente carecería de sentido.

Este modelo de qué es hacer política, que podría denominarse de *paradigma del príncipe*, encierra algunos supuestos ontológicos. Esto es, implica algunas ideas acerca de cómo es el mundo sociopolítico. De entre ellas, hay dos que son particularmente relevantes para el tipo de situaciones políticas que aquí interesan. La primera es que el mundo socio-político tiene que ser tal, en términos de cómo se estructura y configura, como para permitir que una acción cuyos resultados han sido previstos de antemano obtenga justamente esos resultados y no otros. La segunda, que en ese mun-

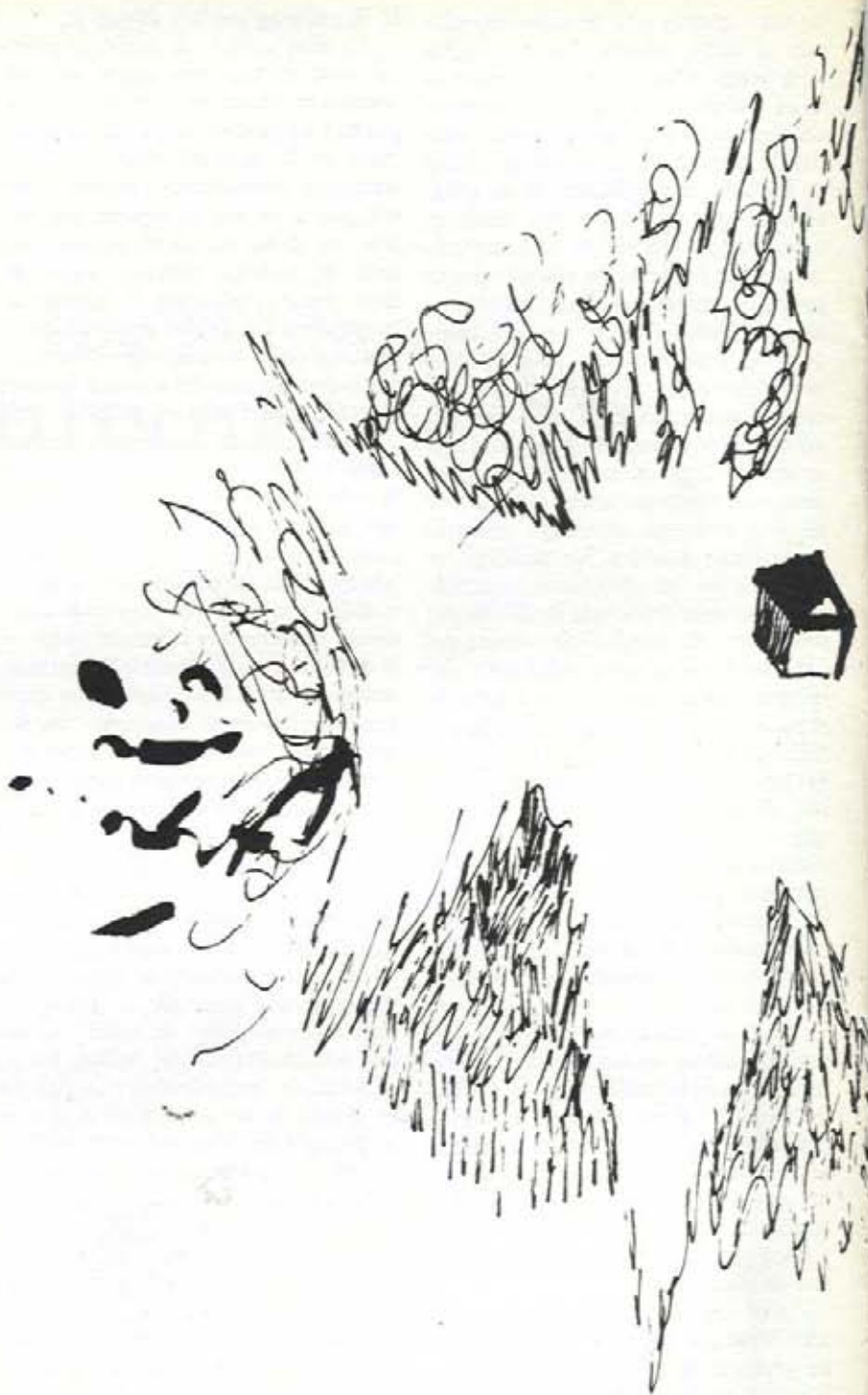
do existen condiciones para que se formulen juicios de posibilidad válidos sobre sus estados futuros. Obviamente, si estas premisas no se cumplen, tanto el paradigma como la idea de realismo político que se apoya en él tendrían un interés puramente teórico y ninguna trascendencia práctica.

Estos supuestos ontológicos, que son aceptados ordinariamente sin mayor discusión respecto del mundo natural, aparecen como problemáticos en el caso de realidades sociopolíticas. No es que no hayan situaciones donde se cumplan. El problema reside en que pueden existir situaciones donde no se cumplan. De ser así, la idea de realismo político en discusión no poseería una validez general, y el imperativo de ser políticamente realista debería redefinirse, de modo de adecuarlo a cada clase de situaciones.

En el trabajo antes citado, Elster analiza las condiciones que tendrían que caracterizar el mundo sociopolítico de que se trate para que el *paradigma del príncipe* poseyera una trascendencia práctica, concluyendo que hay situaciones donde esas condiciones están ausentes.

Respecto de las condiciones que permiten la formulación de juicios de posibilidad *ex ante*, Elster distingue dos dominios en la vida política:⁵ la política politizada (*politicized politics*) por oposición a la política que politiza (*politicizing politics*). La primera comprende un aspecto de límites aceptados y comprendidos por todos. Al interior de esos límites, se definen los resultados posibles por los cuales vale la pena trabarse en un enfrentamiento político; fuera de ellos, residen las imposibilidades políticas, que nadie razonablemente quisiera convertir en cuestiones conflictivas. Aquí, la lucha política tiene lugar, por común acuerdo, dentro de las fronteras de lo posible. La segunda, inversamente, tiene que ver justamente con la creación de rutinas, con la cuestión de cómo deberían trazarse las fronteras de lo posible.

La distinción de Elster se apoya en una análoga que se hace en lingüística, que diferencia entre la creatividad gobernada por reglas y la creatividad que cambia reglas. Ambas tienen que ver con posibilidades gramaticales, sólo que en el primer caso las posibilidades pueden ser investigadas científicamente —es decir, el dominio de esta creatividad permite juicios de posibilidad *ex ante*—, y en cambio en





203

RETORNO

el segundo se trata de posibilidades no juzgables *ex ante*. Análogamente, la política politizada se sujeta a una gramática política, y ello pone las condiciones para que los actores puedan formular válidamente juicios de posibilidad *ex ante*. La política que politiza se orienta a construir una gramática política que no existe, y la ausencia de reglas veda esos juicios. Según Elster, entre lo que es no ambiguamente posible y lo que es no ambiguamente imposible en este dominio, existe un limbo donde únicamente la acción puede decidir; por su parte, el científico social puede trazar la línea divisoria con precisión, a condición de permanecer aparte de la realidad estudiada. Ello quiere decir que esa realidad sólo admite juicios válidos de posibilidad *ex post*, lo que equivale a afirmar que la noción de realismo político bajo examen sólo posee una relevancia teórica.

Es fácil caracterizar formalmente el tipo de situaciones en las que están ausentes las condiciones para el ejercicio típico de poder que presupone el *paradigma del príncipe*.⁶ Supóngase que hay n actores: $a(1)$, $a(2)$, etc., y que cada actor procura realizar un estado posible del mundo sociopolítico: $e(1)$, $e(2)$, etc. Si para cualquier actor $a(i)$ es del caso que $e(i)$ sólo se puede realizar bajo la condición de que por lo menos otro actor $a(k)$ —siendo k distinto de i — no procure realizar $e(k)$, entonces ninguno de esos estados posibles podrá realizarse. Elster cita el caso de China, al final de la dinastía Han, como un ejemplo de esta clase de estructura política caótica, donde la ausencia de un marco político de referencia común, la intensidad del conflicto y la multiplicidad de los intereses hacen imposible el éxito político de cualquier actor, siempre que la categoría de éxito político se entienda a la luz del paradigma sobre el que descansa la noción clásica de realismo político. Obviamente, ese paradigma no tiene validez en estas situaciones, lo cual no implica que se trate de situaciones estáticas. Pueden cambiar o no, pero si experimentan mudanzas éstas no se ajustarán a los designios de ninguno de los actores, lo que es equivalente con una condición de ingobernabilidad.

III. Condiciones en los contextos de transición

Considerando ahora aquellas situaciones autoritarias donde los actores

pugnan por democratizarlas, o aquellas en que se esfuerzan por consolidar una democracia estable con posterioridad a la superación de la situación autoritaria, que son los tipos de contextos característicos de los países latinoamericanos del sur; resulta plausible la afirmación de que en ellas no se cumplen los supuestos ontológicos recién examinados.

Claramente, la política en los así llamados procesos de transición a la democracia es una política que politiza, y no una política politizada. En estos casos, la política adquiere su sentido en términos de esfuerzos y conflictos por definir límites y rutinas políticas de una naturaleza particular —es decir, la clase de límites y rutinas que configuran una situación como

democrática—, que sean aceptados y comprendidos por el conjunto de los actores. Ciertamente, hay aquí siempre una gramática política oficial, que la dictadura procura imponer, definiendo a partir de ella lo que es políticamente posible de lo que es políticamente imposible. Pero esa gramática es objeto de permanente contestación, de manera tal que se podría decir que el núcleo central de la política consiste precisamente en cómo hacer para que sus reglas no operen. La política que hacen los actores democráticamente orientados es creativa cuando logra cambiar las reglas, y esa creatividad no está gobernada por esas reglas; contrariamente, para ser creativa tiene que tender a hacer caso omiso de ellas. Hay un ejemplo, que

se sitúa en la línea divisoria entre la política que politiza y la política politizada, que aclara bien este rasgo de estas situaciones. Se trata de las denominadas transiciones continuas, donde la política democráticamente orientada utiliza la institucionalidad autoritaria para desarrollar la institucionalidad democrática subsiguiente.

El caso español se cita como ilustración de transiciones de esta índole.⁷

No obstante, aun aquí la creación de la institucionalidad democrática no se gobierna por las reglas de la gramática política autoritaria. En término de esas reglas, el desarrollo de la institucionalidad cabalmente no autoritaria es una imposibilidad, y no una posibilidad. La creatividad política opera desde fuera



de ellas, sin ajustarse a las rutinas políticas previamente definidas, utilizándolas para solucionar problemas de legitimidad y salvar los costos de una discontinuidad expresa y patente.

Se puede argumentar que las cosas son distintas en las situaciones posautoritarias. En ellas, la existencia formal de un régimen democrático parecería garantizar una clara delimitación entre posibilidad e imposibilidad, y desde el momento en que la política se sujeta a las normas jurídicas que definen ese régimen, se trataría de política politizada. Probablemente, siguiendo con la terminología de Elster, en estos casos el limbo entre lo que es no ambiguamente posible y lo que es imposible sin ambigüedad se ha estrechado importantemente. Sin embargo, las normas jurídicas no agotan las rutinas requeridas por una democracia estable. El universo de las rutinas políticas es mucho más rico y variado. El problema del sistema de partidos pone de relieve este aspecto. Un orden democrático estable requiere de un sistema de partidos, pero salvo ciertos sesgos que el orden jurídico pueda introducir —por ejemplo, a través de la legislación electoral, punto éste altamente debatido—,⁸ es algo que queda indeterminado a partir de ese orden jurídico. Frente a la naturaleza abstracta y formalmente universal de las normas jurídicas —no es por azar que las constituciones se copien o imiten—, el sistema de partidos es una individualidad histórica específica, compuesta de actores históricamente específicos, de identidades colectivas históricamente específicas y de reglas particulares que gobiernan la interacción entre actores y asocian actores con identidades. El complejo conjunto de rutinas a que se reduce el sistema de partidos no está dado en las situaciones posautoritarias, según lo muestra palmariamente el caso argentino. Requiere ser creado políticamente, y ésta es creatividad de reglas, no creatividad sujeta a reglas. El problema de las Fuerzas Armadas muestra igualmente cómo la frontera entre posibilidad política e imposibilidad política sigue siendo incierta en las situaciones posautoritarias. Hoy en día, es casi una noción de sentido común la de que es una ingenuidad suponer que unas determinadas normas, constitucionales o legales, acotan sin ambigüedad y establemente dónde acaba lo que es políticamente posible para los cuerpos armados profesionales. La efectividad de un acotamiento semejante descansa mucho más en ru-

tinias no formales y probablemente complejas, que tampoco están dadas en la situación posautoritaria. Nuevamente, es un dominio de la política que politiza, de una creación política de reglas que carece de reglas para gobernarse.

Si se acepta el razonamiento anteriormente expuesto, hay que concluir que tanto en las situaciones autoritarias donde se lucha por su democratización, como en las situaciones democráticas posautoritarias, no existen las condiciones para que se formulen válidamente juicios de posibilidad *ex ante*. Ello significa que uno de los elementos constitutivos del *paradigma del príncipe* es contradictorio con las características de esta clase de situaciones, lo que hace cuestionable su valor político práctico en ellas.

Esa conclusión se refuerza si se considera la índole de estas situaciones a la luz del otro supuesto ontológico sobre el que descansa el paradigma, esto es, que la naturaleza del mundo sociopolítico es tal como para permitir ese ejercicio de poder típico del paradigma.

En efecto, es una hipótesis plausible la de que en los contextos sociopolíticos prevalecientes en los países latinoamericanos del sur ningún actor posee la capacidad de imponer un proyecto socio-político a los restantes. Esta proposición puede frasearse de diversas maneras. En términos de la versión más formalizada utilizada anteriormente, se puede decir que el éxito del proyecto de cualquier actor tiene como condición necesaria la pasividad de por lo menos algún otro actor, pero que a la larga ningún actor puede mantener en la inmovilidad a los restantes. O bien, que siempre hay por lo menos algún otro actor que, dado el tiempo suficiente, puede vetar el proyecto de un actor determinado.

Independientemente de la formulación que se escoja, este rasgo parece predominar en los países referidos. La mejor evidencia al respecto la proporciona el fracaso regular y sistemático de lo que podría denominarse de solución dictatorial al problema del orden político. Una de las modalidades de construcción de orden político, de transitar desde la política que politiza a la política politizada, es imponiéndolo dictatorialmente. Esa imposición tiene éxito si crea rutinas políticas eficientes y estables, estableciendo definitivamente la frontera entre la

posibilidad política y la imposibilidad política. Tanto la acción revolucionaria como la conservadora dictatorial se orientan hacia ese fin, y fracasan en caso de no lograrlo. Frente a la endémica desestructuración política de países como los latinoamericanos, surgieron en el pasado tesis como las de Huntington,⁹ que vieron en los ejércitos profesionales modernos agentes privilegiados para la imposición dictatorial de orden político. Los hechos de la última década han probado que si bien esos ejércitos poseen una capacidad de veto respecto de la acción revolucionaria, o en general respecto de cualquier actor, sólo son capaces de generar dictaduras más o menos prolongadas según los casos, pero no de crear rutinas políticas duraderas. Con tiempo suficiente, uno o más actores comienzan a cuestionar con efectividad la gramática política autoritaria.

Si el rasgo en cuestión fuera exclusivo de las situaciones autoritarias, podría verse en él algo benéfico. Su presencia explica que haya transiciones exitosas hacia situaciones democráticas, y permite abrigar esperanzas sobre el futuro de las situaciones autoritarias actuales. No obstante, se produce en las situaciones democráticas posautoritarias, y aquí es un elemento negativo en cuanto hace más difícil aún la creación de las rutinas políticas exigidas por la estabilidad. El caso clásico es Bolivia, donde la consolidación de un sistema de vetos recíprocos impide que el propio régimen democrático formal opere como conjunto efectivo de rutinas políticas, al extremo de que el alcalde de un centro urbano importante convoque a elecciones municipales por propia decisión y fuera de todo plazo constitucional o legal. Aquí todo es posible, y por consiguiente nada es posible. La suma de fracasos que se comienzan a advertir en Argentina, durante el primer año de la gestión alfonsinista, pueden ser expresivos de un contexto similar, que probablemente se puede generalizar a la mayoría de los países latinoamericanos del sur.

Cuando el mundo político y social de que se trata no admite ni la identificación sin ambigüedades relevantes de posibilidades *ex ante*, ni ese ejercicio típico de poder que presupone el *paradigma del príncipe*, no se es realista en política si se la hace a partir de una concepción que la ve como empleo de poder para realizar un deber social juzgado con antelación como posible. En esas condiciones, otorgar

al paradigma en cuestión un valor político práctico constituye una equivocación.

IV. El realismo político clásico como error colectivo

Obviamente, que en la clase de situaciones descrita no sea realista hacer política orientándose por la concepción de política en cuestión no impide que de hecho se la haga en términos de ella. Aun más, es perfectamente posible que esa concepción se halle generalizada, de modo tal que sea prevaeciente en los diversos tipos de razonamiento político que tienen efectividad social y política. Se puede sostener plausiblemente que tanto en las situaciones autoritarias en vías de probable democratización, como en las de reciente democratización, propias ambas de los países latinoamericanos del sur, se da precisamente esa suerte de equivocación colectiva: el conjunto de los actores políticamente relevantes tienden a razonar sobre la política y a hacerla aceptando sin más la referida concepción de política. No obstante, que se incurra colectivamente en semejante equivocación no es algo inocuo. Ese error, o ausencia de un realismo político adecuado a las condiciones existentes, trae consigo efectos negativos.

Por una parte, implica que los cálculos políticos de los distintos actores se apoyan en juicios de posibilidad que, pese a la aparente racionalidad con que los reviste el razonamiento de cada cual, son en definitiva altamente ilusorios. Ello explica ciertos rasgos relativamente patentes en esta clase de situaciones. Primero, tanto el razonamiento como el cálculo políticos muestran una gran volatilidad. No se trata sólo de que la constitución de intersubjetividades importantes y políticamente relevantes sea extremadamente difícil.

Cuando las cosas se ven desde el punto de vista de un actor determinado, se observa que aquéllo que unos pocos meses, semanas o aún días antes se estimaba como imposible, se juzga hoy en día como posible, pero ese juicio se modifica rápidamente en cuanto sobreviene alguna mudanza de la situación. La política tiende a configurarse como una sucesión de climas subjetivos, irregular y veloz, donde se alternan el optimismo y el pesimismo, la euforia y la melancolía, el sentimiento de un orden cotidiano

implacable e inamovible con el de la inminencia apocalíptica. Segundo, y como consecuencia de lo anterior, el comportamiento de los actores es altamente errático. A la sucesión de climas subjetivos se asocia una de posturas, iniciativas y acciones, que a la larga acaba por conformar un cuadro general de incoherencia y confusión que obstaculiza la estabilización de expectativas recíprocas confiables y sólidas. Finalmente, la política termina por ser objetivamente una concatenación de "palos de ciegos", aplicados sin ton ni son; cuyos resultados son *efectos perversos* —en el sentido sociológico del término—, eminentemente aleatorios, que escapan tanto a la intencionalidad de cualquiera de los actores, como a una supuesta intencionalidad colectiva o social que no podría sino imponerse a ellos. Esto da cuenta de esa peculiar opacidad que las situaciones autoritarias y de estabilización democrática oponen al análisis, y que lleva a algunos a declarar que la razón tiene que capitular frente a ellas, y a otros a revalorizar

categorías políticas clásicas como la de fortuna. Por ejemplo, la fortuna que acompañó a la opción democrática en Argentina, envuelta en el ropaje de la guerra en las Malvinas. Si hacer política es esforzarse por imprimir alguna gobernabilidad al curso de los acontecimientos, hacerla de la manera señalada en las condiciones descritas es simplemente la negación de la política.

Por otra parte, en un contexto caracterizado por ese sistema de vetos recíprocos en el que, con tiempo suficiente, cualquier actor ve anulado su proyecto por la acción de otros, es altamente probable que el empleo generalizado de una concepción de política que la define primordialmente como empleo de poder refuerce el modo cómo se han configurado las relaciones de poder. Adoptando el punto de vista de un actor cualquiera, es claro que la única racionalidad política admisible consiste en preservar celosamente la propia cuota de poder y procurar adquirir más poder que los restantes. Es racional proceder así



porque la concepción de política que se maneja señala que el empate se rompe acumulando más poder que los otros, y también porque se sabe que los restantes actores, orientados por la misma concepción de política, están volcados hacia el mismo empeño. La previsión de que circunstancias fortuitas podrían llevar a una ruptura, otorgando a algunos actores la ventaja requerida, es un aliciente a persistir en esta estrategia de preservación y acumulación de poder, y ello en un doble sentido: en razón de la esperanza de que esa ruptura opere favorablemente a los propios intereses y en razón del temor que favorezca a los restantes. Hay entonces estímulos suficientes para que el conjunto de los actores desarrolle tanto una gran sensibilidad a las variaciones aun marginales y menos importantes en las relaciones de poder, como asimismo un sofisticado y fino conocimiento situacional acerca de cómo reestablecer equilibrios, circunstancias ambas que no pueden sino reforzar el sistema de vetos recíprocos.

Ciertamente, no es imposible que un balance de poder semejante llegue en definitiva a romperse, y en consecuencia podría sostenerse que es políticamente realista una estrategia de preservación y acumulación de poder, fundada en la esperanza de esa ruptura. Sin embargo, hay que recordar que no hay garantía alguna de que ella acontezca en una dirección predeterminada. La posibilidad *ex ante* de un determinado tipo de ruptura es tan infundada como la de otros tipos imaginables. Por ejemplo, hasta ahora en los países latinoamericanos del sur la imposición dictatorial de orden político a través de una acción revolucionaria ha fracasado. En el futuro, en cualquiera de estos países, determinadas circunstancias podrían significar una ruptura que favoreciera definitivamente esa alternativa, pero no hay nada que impida que, de producirse una ruptura, ella opere en favor de un auténtico y permanente fascismo militar u otros cursos similares concebibles. Por consiguiente, persistir en condiciones semejantes en una estrategia

que privilegia el empleo de poder en la esperanza de que, de sobrevenir una ruptura, ella favorezca la propia posición y no la de otros, equivale a jugar en una lotería, donde si bien hay conciencia de que el monto de las apuestas es muy alto, existe a la vez una ignorancia irremovible sobre las *chances* asociadas a cada apuesta. Una idea de realismo político que en definitiva implique la exigencia de jugar en esa lotería podría poseer algún valor estético, en virtud del *pathos* romántico o trágico involucrado, pero indudablemente se encuentra muy distante de la noción de la política como arte de lo posible.

V. Una concepción de política alternativa

A partir de lo expuesto hasta ahora resulta claro que constituiría un error responder a las exhortaciones al realismo político, frecuentemente reiteradas en los contextos de estabilización democrática o en vías de probable democratización, reafirmando la necesidad y validez de una concepción de política que la define como empleo de poder para la realización de un deber ser social juzgado como posible.

En el fondo, esas exhortaciones están reaccionando frente a modalidades de hacer política que son percibidas como ineficaces o aun como negativas en términos del objetivo de democratización. De allí, el calificativo de poco realistas o de no realistas. Sin embargo, lo que se le escapa al razonamiento de sentido común sobre la política en situaciones de esta índole, es que esa ausencia de realismo político probablemente se explica porque se le confiere, de manera acrítica pero generalizada, valor político práctico a un modelo de acción política que es inadecuado en razón de las condiciones que prevalecen en esta clase de situaciones.

En consecuencia, para hacer justicia a esas exhortaciones y a esa demanda por mayor realismo habría que poder ofrecer un paradigma distinto de acción política, capaz de sustentar una idea de realismo político que respetara las peculiaridades del tipo de situaciones consideradas. En lo que sigue, se bosquejan los rasgos de lo que podría ser un paradigma con esas capacidades.

Es difícil que un paradigma de acción política que aspira a tener un valor político práctico no asuma el pun-



to de vista de la categoría de actor. Sin embargo, según se señaló, en el *paradigma del príncipe* ese punto de vista se combina con una imagen egocéntrica de la sociedad. Un paradigma distinto, adecuado a las realidades de las situaciones que aquí preocupan, tendría que combinar ese punto de vista con una imagen de la sociedad que, siguiendo nuevamente a Elías,¹⁰ la conceptualizara como una configuración de entidades interdependientes. Esto es, la imagen de un agente político, que es portador de un deber social que define su interés propio, y que enfrenta un mundo socio-político externo a él y a su interés, mundo que incluye a los restantes actores, debería sustituirse por la de un mundo socio-político donde todo es interno y nada es externo, que comprende como entidades necesariamente interdependientes entre sí tanto al agente cuyo punto de vista se asume como a los restantes actores.

Esta sustitución es capital si se quiere obtener un modelo que responda satisfactoriamente a los problemas que plantea la política que politiza por oposición a la política politizada. En efecto, la práctica de la política politizada consiste en la exploración de un conjunto de rutinas políticas ya dadas y efectivamente operantes, con miras a un cálculo de posibilidades que podría denominarse de *egoísta*. Es decir, la finalidad es identificar *posibilidades privativas* del agente, sin que pese sobre éste la exigencia de preocuparse por las posibilidades de los otros, ni por cómo la realización de su posibilidad afecta a los restantes. En cambio la política que politiza se orienta a la invención de rutinas políticas, y éstas no constituyen posibilidades privativas de un agente, sino *posibilidades para la totalidad*, posibilidades para el orden o sistema en su globalidad. Que un orden democrático pueda ser impuesto a través de acciones revolucionarias o autoritarias estrictamente unilaterales es algo problemático. No obstante, aún si la creación de rutina fuera obra unilateral de un actor, capaz de imponerlas dictatorialmente a los restantes, la posibilidad así realizada —que, según se vio, no es calculable *ex ante*— sería de todas maneras una posibilidad para todos y no meramente una posibilidad para el actor. Ello implica, como condición del establecimiento *exitoso* de rutinas, asumir de alguna manera los diversos puntos de vista correspondientes a los distintos actores. En los contextos dictatoriales,

donde el *paradigma del príncipe* es hegemónico en la orientación de la política, es probable que las rutinas que acaban por consolidarse constituyan el resultado de un *altruismo* puramente aleatorio —es decir, de procesos no premeditados ni gobernados, que lograron sintetizar puntos de vista del conjunto de actores que no fueron destruidos—, o de un *altruismo* que operó implícitamente, contra el *egoísmo* implicado por el paradigma hegemónico. Es también probable que en los ámbitos donde ese paradigma opera plenamente nunca se termine por consolidar rutinas políticas estables.

El problema de la construcción del sistema de partidos puede ser un ejemplo que aclare el razonamiento anterior. En el interior de un sistema de partidos, cada partido despliega una política politizada: efectúa un cálculo de posibilidades privativas, a partir de las rutinas que fijan su posición en el sistema, sus relaciones con los restantes partidos y las modalidades de asociación entre partidos, identidades colectivas y electores. En esta política, puede prevalecer la oposición amigos vs. enemigos, y el éxito político es equivalente con la propia victoria y la derrota de los otros. Contrariamente, si bien la construcción del sistema será el resultado de acciones unilaterales que poseen un fuerte sentido conflictivo, la creación de las rutinas pertinentes exige, implícitamente, asumir el punto de vista de la totalidad del sistema. Esto es, en las decisiones que crean las rutinas tendrá que existir, como condición para una construcción exitosa del sistema, esa orientación objetivamente altruista arriba mencionada. Las dificultades del proceso de construcción del sistema de partidos en Argentina ilustran bien estas proposiciones. El empleo del *paradigma del príncipe* aconsejaría al radicalismo orientar sus acciones hacia la derrota y destrucción político-electoral de sus antagonistas. De prevalecer esa lógica, perfectamente admisible en un sistema consolidado, se fracasaría en la creación de rutinas. Lo inteligente para el conjunto de los actores sería asumir el punto de vista de la totalidad, introduciendo en sus comportamientos los componentes cooperativos exigidos por ese punto de vista.

Según se indicó, es problemático que un orden democrático pueda ser impuesto de manera estrictamente dictatorial. En el caso de situaciones caracterizadas por configuraciones de poder donde cada actor tiene sobre sí

el veto potencial efectivo de por lo menos algún otro actor, esa problemática teórica deviene en una imposibilidad práctica. Por consiguiente, un paradigma adecuado a estas situaciones tiene necesariamente que desenfatar el ejercicio de poder, entendido como imposición de un deber social *desde* un agente *sobre* un mundo drásticamente externo a él.

La política que politiza puede realizarse según dos modalidades polares. Una es la imposición dictatorial estrictamente unilateral de rutinas políticas. La otra es la creación de rutinas a través de lo que, siguiendo una terminología clásica, podría denominarse de *elaboración contractual* de esas rutinas.¹¹ Ambas modalidades son teóricas. Como se señaló anteriormente, es probable que la imposición dictatorial exitosa de rutinas encierre siempre componentes cooperativos importantes. A la vez, una práctica creativa de rutinas, contractualmente orientada, no podría prescindir de algún ejercicio típico de poder, bajo formas diversas: amenazas, intimidaciones actos expresivos de fuerza, retaliaciones, esfuerzos por imponer la propia voluntad, etc. En todo caso, tomando como referencia estos casos polares, un paradigma adecuado a las situaciones de democratización o de consolidación democrática tendría que privilegiar estrategias de orientación primordialmente contractualista.

La noción de elaboración contractual de rutinas políticas es abstracta. Mediante ella se designan modalidades muy diversas de interacción política, cuyo elemento común reside en que en ellas juegan un papel central orientaciones de cooperación política, a las

escrita

RELATOS DE	POESIAS DE
R. Bell	D. Vera
A. Oviedo	C. Riccardo
L. Gusman	M. Espejo
R. Dorra	O. Zapata
U. Guinazu	C. Culleré
C. Martínez	

que se subordina el empleo de poder. Para repetir lo que se dijo recién, esto no significa que los aspectos de poder estén ausentes. Ellos existen, pero la lógica del empleo de poder sólo complementa una lógica principal, que es la que da el sentido primordial a la interacción: la lógica de la elaboración contractual de rutinas. En situaciones donde el puro empleo de poder sólo contribuye en definitiva a cimentar ese sistema de vetos recíprocos que torna ineficaz el poder como instrumento político primordial, la cooperación política sí posee la capacidad de generar dinámicas que superen la situación.

En el *paradigma del príncipe*, el fin último de la política, tal como ella es practicada por un actor determinado, consiste en la realización de un deber ser social posible, definidos ambos —deber ser y posibilidad— unilateralmente desde ese actor. En la caracterización alternativa de la política que aquí se esboza, ese fin último tiene que ser sustituido por una idea distinta. Por una parte, ese fin es poco realista porque la política que politiza, que es el tipo de política propio de los contextos autoritarios en vías de probable democratización y de los de consolidación democrática, no permite identificar posibilidades *ex ante*. Por otra parte, es incompatible con una concepción de política que la define como una elaboración contractual que asume el punto de vista de la totalidad política. Si tanto lo que debe ser, como lo que es políticamente posible, están prejuizados con antelación, no hay condiciones para esa elaboración contractual, ni tampoco para que se asuma el punto de vista de la totalidad.

En este paradigma alternativo, la política tiene que despojarse de la pretensión de fijar con antelación su deber ser y lo que es políticamente posible. Ambas cuestiones tienen que encararse como cuestiones abiertas. Por lo general, existirán prejuicios sobre ellas, pero estos prejuicios habrá que considerarlos como aproximaciones tentativas y precarias, y no como juicios racionalmente fundados, provistos de certeza. La política, entendida como elaboración contractual de rutinas a partir del punto de vista de la totalidad, tiene como fin precisamente el *discernir* colectivamente qué deber ser social es posible. Puesto de otra manera, su contenido material consiste en identificar un deber ser y un posible que sean compartidos. Deber ser y posibilidad

no constituyen aquí el punto de partida para la acción política; todo lo contrario, son su punto de llegada.

Si el significado básico de la política es procurar hacer gobernable el flujo de los acontecimientos, y si una política es realista cuando logra ese objetivo, entonces es claro que, por lo menos en términos de la clase de situaciones consideradas y teóricamente, la política inspirada por el paradigma alternativo es más realista que la que obedece a la idea clásica de realismo.

No obstante, la aceptabilidad en teoría de una concepción de política no contiene garantía alguna de que ella sea efectivamente practicada por aquellos que interesa que la practiquen. El prejuicio racionalista en política consiste justamente en suponer que lo que es teóricamente acertado, por esa sola razón tiene que adquirir sin más concreción histórica. De aquí, la pregunta: ¿en el tipo de situaciones consideradas, hay incentivos suficientes para que se generalice el empleo del paradigma alternativo que se explora en estas notas?

A primera vista, se trata de situaciones caracterizadas por la pobreza de esos estímulos. Según se sabe, cuando las interacciones políticas se han conformado según una orientación generalizada hacia el empleo de poder, la propia actuación y su desarrollo premian los comportamientos egoístas, no cooperativos, y castigan los cooperativos y altruistas. Es decir, hacen racional el empleo difundido del *paradigma del príncipe*. En otras palabras, el paradigma alternativo propuesto podrá ser muy realista en el papel, pero profundamente poco realista en la práctica.

Sin embargo, las cosas pueden no ser tan negras. En un trabajo reciente, Axelrod¹² avanza y fundamenta la idea de que la generalización de comportamientos cooperativos, como los que requiere el paradigma alternativo, en un mundo donde inicialmente predominan comportamientos ajustados al *paradigma del príncipe*, no requiere de una suerte de "reforma universal de los corazones", esto es, de una súbita mudanza del total de la cultura política. Contrariamente, basta con la existencia, dentro del conjunto de actores, de un grupo o haz (*cluster*) de ellos, que se orienten sistemáticamente por estrategias cooperativas en sus propias relaciones. Si ese haz de actores existe, hay entonces condiciones para la generalización de una concepción

de política como la propuesta en estas notas.

Parece plausible sostener que en los contextos en vías de probable democratización y en los de consolidación democrática ese haz de actores existe o puede existir. Prueba de ello es la abundancia de imágenes contraactualistas presentes en la mayoría de los razonamientos de sentido común sobre la política: pacto social, pacto institucional, acuerdo nacional, etc. Ello implica que hay una conciencia difundida sobre la naturaleza de los problemas políticos que se producen. La deficiencia radica en que hasta ahora tanto la crítica de las concepciones de política aceptadas, como la proposición de concepciones alternativas, han sido escasas e insuficientes. Este es el punto donde la teoría y el análisis pueden hacer su contribución más significativa a una persecución realista de los objetivos de democratización y consolidación democrática.

Notas

¹ La literatura sobre el tema es extensa. El análisis clásico se encuentra en R. D. Luce y H. Raiffa, *Games and Decisions*, John Wiley & Sons, 1957, págs. 94-102.

² A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, Juan Pablos Editor, México, 1975, págs. 64-65.

³ J. Elster, *Logic and Society*, John Wiley & Sons, 1978, págs. 48-62.

⁴ N. Elias, *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 1982, págs. 13-36.

⁵ J. Elster, *op. cit.*, págs. 50-51. Una distinción similar se encuentra en E. de Ipola y J. C. Portantiero, "Crisis social y pacto democrático", *Punto de Vista*, N° 21, Buenos Aires, 1984.

⁶ J. Elster, *op. cit.*, pág. 56.

⁷ Comunicación verbal de M. Sadrústegui, en un seminario sobre aspectos constitucionales de los procesos de transición, Santiago de Chile, 1984.

⁸ Véase, por ejemplo, D. Nohlen, *Sistemas electorales del mundo*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1981, págs. 616-650.

⁹ La formulación clásica se encuentra en S. P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, 1968, *passim*.

¹⁰ N. Elias, *op. cit.*, págs. 14-15.

¹¹ Sobre el tema, véase E. de Ipola y J. C. Portantiero, *op. cit.*

¹² R. Axelrod, "The Emergence of Cooperation among Egoists", *American Political Science Review*, Vol. 75, N° 2, 1981, págs. 306-318.

REFLEXIONES SOBRE LA UNIVERSIDAD ARGENTINA

Especialista en historia y sociología de la educación, actualmente radicado en Caracas, Juan Carlos Tedesco envió esta carta sobre un tema acerca del cual Punto de Vista le había sugerido un artículo. Dirigiéndola personalmente a Carlos Altamirano, Tedesco eligió una modalidad más abierta a las hipótesis que la de una intervención formal.

Caracas, 23 de mayo de 1985

Querido Carlos:

Hace tiempo que te debo esta carta sobre la situación universitaria argentina. No quiero utilizar el lugar común de decirte que desde afuera es difícil opinar (aunque, efecti-

vamente, sí lo es) y trataré de sintetizarte algunas ideas en función de los problemas que me parecen más relevantes desde una política universitaria ubicada en el contexto de la recuperación de la democracia. Una ubicación de este tipo implica, al menos, dos cosas: primero, pensar en términos de alternativas políticamente viables; segundo, no renunciar a que lo políticamente viable sea, al mismo tiempo, socialmente democrático.

El primer problema, tanto desde el punto de vista político como "cronológico", es el problema del acceso. En todo el mundo la expansión cuantitativa de la enseñanza superior ha originado grandes discusiones. No te voy a repetir aquí los términos más co-

nocidos de este debate. Quisiera, en cambio, plantearte algunas cuestiones que, en el caso argentino, me parece que deberían ser tenidas en cuenta.

En primer lugar, es preciso ser honestos con respecto al tema del ingreso. El movimiento estudiantil ha reclamado el ingreso irrestricto y esto constituye una consigna democrática que, después de casi diez años de política limitacionista, tiene un alto valor movilizador. Sin embargo, nadie puede suponer razonablemente que ingreso irrestricto signifique que todos pueden seguir estudiando lo que quieren y donde quieran. Ya tenemos experiencia en la aplicación de políticas de este tipo y todos sabemos que traen aparejado un congestionamiento brutal en el primer año, con un deterioro completo de las condiciones básicas del proceso de aprendizaje y, finalmente, una selección por el fracaso que, analizada desde el punto de vista social, tiene el mismo carácter antidemocrático del limitacionismo y un costo social y personal muy alto.

El acceso a la universidad, para que no sea un mero acceso formal sino un acceso real al conocimiento, debe estar acompañado por las garantías mínimas de calidad en la educación que permita un proceso efectivo de aprendizaje.

En este sentido, creo que es importante señalar que una política que garantice el acceso de todos a la enseñanza superior no es necesariamente sinónimo de una política de libre acceso. En las actuales condiciones, el sistema de enseñanza superior se ha ampliado y diversificado considerablemente. Sería preciso, en consecuencia, considerar que el acceso no puede quedar librado a la "libre competencia" institucional sino a los términos de una política de acceso que se ubique por encima de las instituciones y brinde un marco para salidas lo más orgánicas y racionales posibles a la demanda existente.

Un ejemplo que permite apreciar la ausencia (y la necesidad) de una política de este tipo es el problema del acceso en la zona de Buenos Aires y el Gran Buenos Aires. La demanda por ingreso afectó alrededor de cien mil jóvenes y el Estado tiene allí cuatro universidades nacionales. El producto de la "libre competencia" fue que más del 80 % se matriculó en la UBA, algo más del 15 % en La Plata y el resto se distribuyó entre Luján y Lomas de Zamora. ¿Esta distribución

es la más racional? ¿A quién beneficia? Ejemplos de este tipo podrían encontrarse también si se analiza la distribución por carreras o la distribución por tipos de establecimientos.

En síntesis, garantizar el derecho de todos a estudiar no es sinónimo de ausencia total de selección. Entre la selección elitista del limitacionismo y la selección por el fracaso del ingreso irrestricto, es preciso diseñar fórmulas que permitan aprovechar al máximo la potencialidad del sistema de educación superior en su conjunto.

Claro que todos sabemos que los criterios de selección no son neutrales frente a variables como el origen social. La selección y la democracia no se combinan fácil ni espontáneamente. Pero yo me pregunto: ¿Hasta dónde una política de ingreso libre significa un avance real en las posibilidades de acceso de los sectores populares? Al respecto, creo que es bueno recordar algunas características generales de la situación educativa argentina. En primer lugar, que la posibilidad de demandar el acceso a la universidad es una posibilidad restringida. El sistema educativo selecciona severamente en los niveles previos y mientras esto no se resuelva, los límites de la democratización del acceso a la universidad seguirán siendo restringidos.

Pero los sectores populares en la Argentina han avanzado bastante en este terreno. Los datos del actual proceso del ingreso a la UBA muestran hechos interesantes: la tercera parte de los aspirantes provienen de hogares con padres que tienen sólo educación primaria y un 40% comparte el estudio con actividades laborales de más de 20 horas semanales. Mi pregunta es la siguiente: si el objetivo consiste en democratizar el acceso a la universidad, ¿no será preciso definir políticas explícitas que favorezcan el ingreso y la permanencia de aquellos que vienen de hogares populares? ¿Una política homogénea para todos no terminará favoreciendo a los que están en mejores condiciones para el desempeño estudiantil?

Las pocas investigaciones sobre el origen social de los estudiantes universitarios en la Argentina —anteriores al "proceso"— mostraban una notable cristalización de la composición social de la matrícula. Daría la impresión, en consecuencia, que los sectores medios han completado su incorporación al nivel superior de la enseñanza y que los intentos por seguir avanzando en este proceso (intentos

que hasta ahora sólo pueden ser adjudicados a los propios sectores populares) han fracasado. Cualquier cambio en esta situación, en consecuencia, sólo sería posible con proyectos específicos y medidas concretas que materialicen una política de democratización social real del acceso a la universidad. En este sentido me atrevo a preguntar: ¿no sería posible establecer medidas que discriminen en el acceso a favor de los aspirantes que provengan de hogares obreros, por ejemplo?

El segundo problema es el de la *calidad* de la enseñanza. Ya se ha dicho muchas veces que —especialmente en las instituciones masificadas— el deterioro de la calidad de los estudios es muy significativo. De esta manera —como te decía antes— resulta que si bien se amplía el acceso *formal* a la enseñanza superior, no se obtiene un acceso *real* al conocimiento socialmente significativo.

En este aspecto, creo que es preciso superar los planteos propios de los debates del '73 donde la subestimación por el problema de la calidad de la enseñanza fue uno de los aspectos más negativos y destructores de la política universitaria. No se trata, por supuesto, de postular un concepto tecnocrático de calidad, donde el alto nivel se identifica con el mayor acercamiento a patrones externos de desarrollo. Si se trata, en cambio, de reconocer que el *conocimiento* existe y que su *distribución democrática* es la tarea específica del sistema educativo. Precisamente una de las formas más sutiles de neutralizar el impacto democratizador de la ampliación del acceso consiste en "vaciar de contenido" aquellos segmentos del sistema educativo donde la democratización es más fuerte.

Reconocido el valor del conocimiento, y, por ende, de la calidad de la enseñanza, corresponde a la comunidad científica de cada área o disciplina definir cuál es el cuerpo de conocimientos que deben ser distribuidos y cuáles son las áreas sobre las cuales es necesario producir nuevos conocimientos.

Este aspecto toca la cuestión de la investigación y la docencia. Creo que una de las tendencias que más impacto tiene en el deterioro de la calidad de la enseñanza es la tendencia a ubicar la investigación científica fuera de la universidad o, si se la mantiene dentro de ella, se lo hace en forma disociada de los ámbitos de distribución del conocimiento. Los argumentos que justifican el traslado de la investigación

fuera de la universidad o de la docencia son bien conocidos: imposibilidad de investigar en instituciones masificadas, problemas de financiamiento, ritmos e intereses diferentes, etc. Sin embargo, la disociación tiene efectos empobrecedores muy altos sobre la docencia y, por otro lado, le quita a la investigación un ámbito social de control público que —en buena medida— constituye una de las garantías de control social sobre la actividad de investigación. Este debate podría ampliarse notoriamente, pero creo que lo importante es señalar la importancia y la urgencia de articular políticas y soluciones creativas que faciliten el tránsito de los conocimientos que se producen a los conocimientos que se distribuyen.

La otra gran pregunta en torno a la calidad se refiere a cómo enseñar bien en las condiciones de una universidad de masas. Éste, precisamente, es el desafío para los pedagogos. Obviamente, los milagros no existen. No hay fórmulas pedagógicas que permitan a un profesor trabajar adecuadamente en condiciones de precariedad total. Pero la pregunta por la pedagogía de la universidad de masas es una pregunta que no parece ser el objeto actual de intentos serios de respuesta. Aquí se abre un campo de indagación muy vasto que no puede seguir demorado. El prejuicio antipedagógico y la subestimación de muchos de nuestros profesores universitarios hacia la fórmulas que permitan un aprendizaje efectivo es un factor que debe ser atacado. Pero sólo se puede encarar este problema si se dispone de alternativas pedagógicas apropiadas a las condiciones de las universidades de masas. La elaboración de estas respuestas es, precisamente, la responsabilidad de los pedagogos, y su legitimidad profesional será reconocida en la medida en que puedan demostrar resultados válidos en esta línea de trabajo.

El tercer tema es el de los *posgrados*. En este sentido, nuestro país tiene un atraso considerable no sólo en relación a los países europeos y a EE.UU., sino incluso a algunos países de América Latina. Brasil, México, Cuba, Venezuela y aun países como Colombia ya han logrado un desarrollo de los posgrados que —en muchos sentidos— superan nuestras actuales condiciones. Sin embargo, el atraso puede aportar una ventaja: no repetir errores o no correr riesgos ya conocidos. La experiencia en varios de los países mencionados muestra que los posgrados tienden a desarrollarse no tanto

por demandas del aparato productivo o del desarrollo del conocimiento, sino por factores institucionales o por la propia dinámica de "fuga hacia adelante" en la expansión educativa.

En este sentido, uno de los riesgos más serios es que —en condiciones donde la calidad de la enseñanza no está muy consolidada— la aparición del posgrado arrastre consigo los mejores recursos tanto humanos como materiales y acentúe o consolide el deterioro de los estudios de grado.

Me parece que en este campo se impone una política cuidadosa, que determine áreas prioritarias tanto desde el punto de vista de los requerimientos sociales como desde el punto de vista de la capacidad de cada institución para desarrollarlos. Por otra parte, la consolidación de un posgrado no debería producirse como una mera yuxtaposición con respecto al pregrado sino a través de las modificaciones curriculares necesarias. No hay recetas para esto, pero en cada caso debería estudiarse cuidadosamente si es preciso acortar el pregrado, introducir alternativas de especialización más temprana, etc.

El cuarto tema, es el de la *planificación de la enseñanza superior*. Si bien las utopías planificadoras ya han sido superadas, lo increíble es que —en el caso argentino— varias décadas de hegemonía del pensamiento planificador no dejaron siquiera una estructura mínima capaz de establecer las líneas básicas de coordinación en materia de educación superior. Actualmente, este problema es mucho más serio que en el pasado ya que el ámbito de la enseñanza superior se ha diversificado en forma notable: existen varias decenas de universidades, un amplio espectro de instituciones de nivel superior no universitario, los agentes educativos son igualmente heterogéneos (instituciones nacionales, provinciales, municipales, públicas, privadas, etc.) y, sin embargo, no existe una instancia mínima de coordinación y planificación que fije reglas de juego y pautas básicas que superen las "leyes del mercado".

En este punto, también chocamos con el peso de una tradición que es preciso revisar honestamente. La legítima defensa de la autonomía universitaria no puede constituirse en un factor que impida articular políticas racionales. Argentina, por decirlo de alguna manera, no puede darse el lujo de no planificar ni administrar racionalmente sus escasos recursos dis-

ponibles. En esta misma línea de pensamiento, creo que es necesario comenzar a diseñar fórmulas que permitan efectuar tareas de *evaluación institucional*, a partir de las cuales sea posible tomar decisiones.

Actualmente todos estamos tratando de revalorizar, teórica y políticamente, el papel de los actores sociales. Creo que esta línea es no sólo teóricamente correcta sino políticamente muy fértil. Sin embargo, es preciso evitar —como dice el viejo chiste— tirar el agua sucia de la bañera con el chico adentro. La forma de superar los esquemas autoritarios y tecnocráticos debería partir del supuesto según el cual *todos toman decisiones* y no sólo el Estado o los sectores dominantes. Pero el proceso de toma de decisiones, a través del cual se expresa la fertilidad política de un planteo teórico, no puede ser efectuado al margen de instrumentos de acción y evaluaciones sistemáticas, tanto de los procesos como de los productos de las prácticas educativas.

El diseño de fórmulas planificadoras no está necesariamente asociado a esquemas verticales de decisiones. La así llamada "planificación participativa" —si bien esconde bastante ingenuidad en sus formulaciones— contiene la idea esencial de llevar a los órganos de planificación y decisión la representación de los sectores e intereses en juego en este campo. Obviamente, estas fórmulas son imperfectas y pueden dar lugar a dinámicas y procesos de manipulación ya conocidos. Sin embargo, abren un espacio de participación y pugna más racional que la actual dinámica del "mercado".

El último punto es el referido al *empleo*. La imagen del universitario taxista ha dejado de ser una excepción para convertirse en una realidad cuantitativamente importante. Este problema, sin embargo, no es una peculiaridad nacional. Existen pronósticos catastrofistas, avalados por la divergencia existente entre un sistema educativo en constante expansión y un sistema productivo donde la capacidad para generar puestos de trabajo es cada día más limitada, que afectan a todos los países desarrollados. La aparición de la tecnología electrónica computarizada agregó nuevos elementos a este panorama que, en el caso latinoamericano, es doblemente complejo: tendríamos que enfrentar simultáneamente los problemas de la marginalidad social de los que se ubican por debajo de los mínimos de sub-

sistencia y los problemas de la marginalidad moderna, derivada de la automatización y computarización del sector moderno de la economía.

En este contexto, es evidente que los problemas de empleo de los profesionales no son problemas que puedan ser resueltos desde el sistema educativo exclusivamente. La responsabilidad es una responsabilidad social y lo que está en juego es, precisamente, la definición de un "estilo de desarrollo" —para usar una metáfora cepalina— que sea capaz de incorporar al conjunto de la sociedad en los beneficios del crecimiento.

Sin embargo, hay un aspecto que creo debe ser expuesto claramente: si bien la expansión educativa no puede ser concebida como un "desajuste funcional", tampoco es posible seguir demandando de ella los beneficios que otorgaba en el pasado. Dicho en otros términos, si la educación se democratiza, no es posible ni legítimo seguir pidiendo que ella cumpla las funciones diferenciadoras que cumplía en el pasado.

Pero en la zona que queda definida por estas variables macro (un cambio en las expectativas con respecto a las "posibilidades de empleo" y la aplicación de estilos de desarrollo más "endógenos"), es posible pensar en políticas específicas tendientes a lograr una articulación más efectiva entre educación y trabajo. En este sentido, volvemos al tema de la calidad de la enseñanza. Romper el academicismo de muchas carreras actuales sólo será posible introduciendo en ellas la *práctica* como elemento central del conocimiento. Esto, para que no sea otra mera abstracción, significa un vínculo real (crítico, des-mistificador, etc., etc.) con el mundo también real de la práctica profesional en cada campo. Tal vez las actuales experiencias que muchos países llevan a cabo en términos de servicio social estudiantil por un lado y los programas de estudio basados en la alternancia entre estudio y trabajo por el otro sean una buena fuente de inspiración en este campo.

Espero, Carlos, que estas ideas te estimulen para seguir la discusión. Quedan muchas cosas en el tintero, pero confío que sigamos reflexionando y podamos construir no sólo el conocimiento de la realidad sino las opciones para cambiarla.

Un abrazo y espero tus noticias.

Juan Carlos Tedesco

María Teresa Gramuglio

PENSAR LOS SESENTA

John King, *El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década del sesenta*, Buenos Aires, Gaglianone, 1985.

¿Historia o monografía?

Parafraseando una cita de Antonio Gramsci, John King postula que escribir la historia de una institución cultural como el Di Tella es "escribir la historia general de un país desde un punto de vista monográfico". Se podría argüir que esa aspiración parece excesiva, si se tiene en cuenta el carácter restringido —temporal, social y hasta espacial— del objeto elegido. Sin embargo, insertada en un contexto donde están floreciendo estudios y aproximaciones más o menos parciales, más o menos sistemáticas, a ese tramo decisivo de nuestra historia reciente que por comodidad o por economía discursiva hemos convenido en llamar "década

del sesenta", la elección de un agente privilegiado de la transformación en el sector de la cultura alta como lo fue el Di Tella, se torna singularmente reveladora: una especie de prisma a través del cual se refractan desde las posibilidades y los límites de los programas de modernización cultural, hasta la indole problemática de los proyectos desarrollistas en un país como el nuestro, dependiente, y que asistió en esa etapa a una creciente aceleración de los conflictos sociales y a la respuesta represiva del golpe militar.

El trabajo de King es un modelo de estudio documentado sobre una institución cultural. Rastrea minuciosamente los materiales —programas, catálogos, folletos, memorandos— para reconstruir la trama de actividades de los tres centros de arte del Di Tella, y acude a los testimonios periodísticos y a las entrevistas personales —buena parte de las cuales reproduce en la segunda parte del libro— para registrar las perspectivas que sus protagonistas han elaborado de esas actividades, el impacto que produjeron en la críti-

ca y, por extensión, en el público de la época. Del contrapunto entre las dos partes del libro se pueden extraer algunos motivos de reflexión: en primer lugar —diversidad que no siempre fue señalada— la diferencia de objetivos y estrategias de los centros de artes plásticas, teatro y música, dirigidos respectivamente por Romero Brest, Villanueva y Ginastera. Luego, la distancia entre el trabajo que efectivamente se realizaba y la imagen escandalosa, ya incorporada a la leyenda del Di Tella, que contribuyeron a crear los medios, haciendo una lectura parcial y a veces abiertamente hostil de las experiencias más arriesgadas (o de las más superficiales), un punto que pone sobre el tapete, a su vez, las carencias de la crítica de arte: pues si el Di Tella logró ir formando un público, pareciera que no logró, en cambio, generar una crítica atenta, capaz de orientarse sistemáticamente frente a la novedad de las propuestas y orientar a su vez a ese público en formación. También, el divorcio casi absoluto y aun la desconfianza mutua entre los centros de arte y los de investigación en ciencias sociales, a los que se colocó de hecho en una relación jerárquica que nunca se modificó: a estos últimos, concentrados en la sede de Belgrano, se destinaban las dos terceras partes del presupuesto, mientras los centros de arte de Florida, lugares visibles de la creatividad y la polémica y, sobre todo, de la función pública del trabajo del Instituto, recibían el tercio restante.

Sin abandonar el estilo monográfico adoptado, King coloca estos materiales en el interior de algunas coordenadas que recorren la evolución de la cultura argentina. Entre ellas, la que liga al Di Tella con la tradición liberal de la mirada hacia Europa. "El objetivo manifiesto de los centros", dice, "era actualizar y modernizar las diversas disciplinas artísticas con las que estaban relacionados. Se pensaba que el desarrollo sólo podía conseguirse mediante el fortalecimiento de los lazos con Europa y los EE.UU. y con la promoción de Buenos Aires como centro cultural internacional". Esta afirmación, claramente avalada por los testimonios de Guido y Torcuato Di Tella, es suficiente para indicar por qué el debate sobre la dependencia cultural encontró en el Di Tella uno de sus blancos preferidos. Aunque críticos tan sólidos como Marta Traba y

Néstor García Canclini hayan subrayado los aspectos negativos de esta política para el caso de las artes plásticas, se hace necesario aquí reparar, una vez más, en que la recepción de movimientos y tendencias extranjeras es parte constitutiva de nuestra tradición cultural; que, lejos de interrumpir la pureza de improbables desarrollos autóctonos, ella genera nuevas respuestas, impulsa debates (entre ellos el de la dependencia) y dinamiza el conjunto de las prácticas en la esfera de la creación artística. Atender a esta perspectiva sería una manera de resituar la cuestión fuera de los límites de la condena o la complacencia tonta en que la dejan encerrada algunos de los testimonios recogidos en el libro.

El principio y el fin

Si la primera coordenada destaca las semejanzas entre el Di Tella y otros momentos de la tradición liberal, una segunda permite puntualizar las diferencias, puesto que tanto el surgimiento del Instituto como la manera en que los Di Tella concibieron su organización remiten a las modalidades específicas que revistió esa modernización al articularse con el proyecto global del desarrollismo. King hace una rápida y correcta descripción del clima de época que, a partir de la caída del peronismo, parecía ofrecer, en el espacio de la cultura alta, una verdadera multiplicación de los panes y los peces: mayor presupuesto para las universidades, creación de nuevas carreras y de instituciones oficiales de apoyo a las artes y a la investigación, afluencia de subsidios norteamericanos en el marco de la Alianza para el Progreso —como un efecto de ese otro acontecimiento decisivo que fue la Revolución Cubana— viajes y becas, todo ello en una relación muy dinámica con los cambios en los hábitos del consumo cultural. La modernización parecía estar allí, condensada topográficamente en el espacio mitologizado cuyo epicentro se hallaba en Florida y Paraguay. “En cambio ahora no hay ningún lugar” afirma melancólicamente Minujin en su testimonio.

A esta evocación que predispone a la euforia retrospectiva, conviene contraponerle la serie disfórica de los acontecimientos políticos: planteos militares, Plan Conintes, derrocamiento de Frondizi, golpe militar contra el gobierno de Illia en 1966, intervención a las universidades, etc., etc. Sobre estas bases endebles del sueño

desarrollista de la modernización, cuyo protagonista central sería la burguesía nacional, ese “sector de existencia sólo hipotética”, como escribe con ironía Tulio Halperín, se edificó la Fundación Di Tella.

King destaca la novedad y la magnitud de la Fundación con respecto a las formas habituales de financiación privada de las actividades culturales en la Argentina. Concebida a la manera de las fundaciones corporativas norteamericanas, sería dueña de gran parte de las acciones de las Compañías Siam, cuyos dividendos administraría para financiar al Instituto. Pero de ese modo, la suerte de ese proyecto novedoso quedaba indisolublemente ligada a la suerte de la empresa, y el colapso de Siam significó, a la larga, el colapso de la Fundación y el cierre de los centros de arte, ya que también los subsidios extranjeros habían mermado y sólo podían destinarse a las investigaciones en ciencias sociales. Por el lado económico, la propuesta del Di Tella parece haber hallado sus límites en la misma concepción desarrollista que la hizo posible, una concepción que favoreció la inversión de capital extranjero en condiciones que la industria nacional no estaba preparada para resistir. Si, como algunos testimonios insinúan, el cierre de los centros de arte fue el precio que el grupo Di Tella pagó por el salvataje de la empresa a un gobierno militar que los veía con cada vez mayor hostilidad, ésta resulta, frente a lo primero, una cuestión menor. Pero el complejo de motivos que llevó al cierre de los centros de arte no puede pensarse cabalmente sin analizar la dinámica misma de la evolución artística en su relación con el clima de ideas que los cambios políticos y la presión social fueron generando a partir de 1966. Aquí, podríamos decir, terminan los sesenta y empieza otra historia: la coexistencia pacífica —aunque paradójica— de las vanguardias con una institución fue cuestionada hasta el estallido, en un proceso de intensa politización de las manifestaciones artísticas. La conjunción entre vanguardia estética y vanguardia política se postuló como una relación necesaria, y el marco de las instituciones del *establishment* fue denunciado como un obstáculo para su realización plena. Más que los ataques de la derecha o que la crítica moralista de la izquierda, a los que King asigna simétrica responsabilidad, fue este cambio, evidente sobre todo en el sector de las artes plásticas, lo que aceleró

la disolución. Clausuras y retiro de obras, rechazo de invitaciones, no concurrencia a premios, obras cada vez más contestatarias y politizadas, puntuaron una transición acelerada que culminó con la realización de *Tucumán arde* en las sedes de la CGT de los Argentinos de Rosario y Buenos Aires en 1968. Sin vanguardia, el Di Tella ya no era el Di Tella, y Romero Brest proclamó la muerte del arte, que poco después se transformó, en algunos casos, en la muerte de los artistas. El pasaje de la vanguardia experimental a la vanguardia política fue la réplica, en el ámbito de las artes plásticas, del cambio de horizonte ideológico en que se desenvolvía el trabajo cultural.

De la revisión a la utopía

Comentar un libro sobre la cultura de los años sesenta en la Argentina: si se retoma la propuesta de King con que se inició esta nota, ello bien puede abrir paso a otras cuestiones que lo desborden. ¿Por qué, desde hace un par de años, los sesenta se han convertido en un objeto digno de interés? No parece tratarse, entre nosotros, tan sólo de esas retrospectivas nostálgicas amparadas por la moda internacional de los *revivals*. Hay allí algo más: para los que teníamos entonces veinte años, fue la etapa en que se formaron las convicciones que orientaron nuestras tomas de partido frente a la historia viva de nuestra generación: la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam, el Mayo francés, y, en nuestro país, el golpe de Onganía, el cordobazo, la formación de nuevas izquierdas, la lucha armada, el regreso de Perón... En esta “hora de la memoria”, como la llamó Beatriz Sarlo, pensar los sesenta es, para algunos de nosotros, revisar nuestras propias raíces.

Y si en los prolegómenos de aquella etapa la revisión fue un signo visible (el gesto de “Contorno”, por ejemplo, o las nuevas interpretaciones del peronismo), su avance puso en escena la formulación de lo nuevo: primero, la dudosa utopía del desarrollismo; luego, la utopía máxima de la revolución. Después de la tragedia de los sesenta nos encontramos nosotros, a nuestra vez, revisando, mientras alimentamos cuidadosamente, al mismo tiempo, la utopía democrática. Que podamos profundizarla y transformarla en una utopía poderosa depende, en gran parte, de la intensidad y el acierto con que interroguemos nuestras experiencias del pasado.

HISTORIA ENTRE LA RAZON Y EL DELIRIO

Andrés Rivera, *En esta dulce tierra*, Buenos Aires, Folios Ediciones, 1984.

Andrés Rivera en *En esta dulce tierra* elige como espacio novelístico el pasado, la historia. Precisamente un momento muy significativo de nuestra historia: los años más violentos y represivos del gobierno de Rosas, que comienzan con el asesinato de Maza y los degüellos de la Mazorca hacia 1839. Ese período que Adolfo Prieto caracteriza como "un verdadero trauma de la conciencia colectiva, un golpe que escindió a la sociedad de su tiempo en réprobos y elegidos, condenando a los dos sectores a la mutua recriminación". Tal ubicación *temporal* en un narrador como Rivera no es casual; pareciera proponernos con las analogías de la historia una perspectiva de lectura contemporánea. Nos sitúa, por cierto, en un espacio de obvia relación con la violencia y el horror de los últimos años. Y en esto es coherente con las líneas temáticas fundamentales de su universo narrativo: esa preocupación por lo social que aparece en sus relatos y novelas, ese tratamiento ficcional de un referente "nacional", ideológico y político.

Desde la ficción, desde el discurso narrativo hablar del pasado y a la vez del presente es sin duda la estrategia narrativa de esta novela. No es una novela histórica en el sentido de novela de época, como no lo son ni *Yo, el Supremo*, de Roa Bastos, ni *Jauría*, de Vifias. Rivera narra la historia de

una derrota. La derrota de un médico formado en Francia que es perseguido por la Mazorca rosista. La historia de un intelectual que elige volver a su país y se mantiene firme en sus convicciones, desafiando la situación adversa del gobierno de Rosas. Contar esa historia implica una elección estética: cómo ha de ser ese discurso de la ficción, pareciera plantearse el mismo texto. "El relato de una derrota —dice el narrador— es siempre, una suma de divagaciones atroces y estupor, a las que el relator acosa con las morbosidades del suplicio".

Esas *divagaciones atroces* dan forma al relato. La novela se divide en cuatro partes ("Anuncios", "Puertas", "Isabel" y "Pistas"). En las dos primeras se desarrolla la persecución del médico Cufre, se exponen sus reflexiones e ideas políticas. Salvo los *raccontos* de su relación amorosa con Isabel Starkey y la historia del padre de ella —un oficial inglés que decide quedarse en Buenos Aires después de la derrota del ejército británico en 1806— existe una linealidad narrativa. Puede reconocerse desde las primeras páginas el estilo de la escritura de Rivera, sobre todo las *marcas* borgeanas en la sintaxis y la adjetivación y algunos procedimientos de la novela negra,¹ que aquí aparecen más ostensiblemente que en sus relatos de *Una lectura de la historia* o en su novela *Nada que perder*. La fascinación por Borges es en algunos tramos tan excesiva que podrían leerse casi como una "estilización" del autor de *Ficciones*.

En la tercera y cuarta parte, la novela se abre hacia la ambigüedad, adquiere una estructura de fuga, como

diría Barthes. En "Isabel", sueño y realidad se confunden en la mente de Cufre, que ha logrado refugiarse en el sótano de la casa de su ex amante; el discurso oscila entre la racionalidad y el delirio, se rompe la temporalidad histórica y por momentos se instala en el presente. Si bien la intertextualidad traspasa fuertemente toda la novela,² en esta parte, particularmente, la relación con *El milagro secreto*, de Borges se explicita y la narración se construye en la ambigüedad de lo fantástico. En "Pistas", la última parte, la reconstrucción de lo que fue el destino de Cufre se canaliza a través de dos versiones, versiones imprecisas que el narrador utiliza —a la manera de Borges o del detective del relato policial— con un valor conjetural.

Decíamos que en *En esta dulce tierra*, Rivera narra la historia de la derrota de Cufre. Una historia de una derrota que evidentemente resume la de muchas derrotas y sugiere, convoca a un horizonte de lectura analógica con la historia de represión, muerte y violencia más reciente que hemos vivido en la Argentina. Por otra parte, a través de las acciones de Cufre, la novela reflexiona sobre una problemática que está presente en casi toda la literatura argentina: la identidad nacional, el rol del intelectual o la ubicación del escritor y de la literatura respecto a la historia.

El profesor francés Pierre Guirard le pregunta en París a Cufre qué es ser argentino. Cufre le responde: "¿Peleo contra toda esperanza? Eso es hoy ser argentino". Esa respuesta que es a su vez un interrogante pareciera ser comprendida por el científico francés. Detrás de ese enunciado puede leerse aquella conocida afirmación de Sartre de que un intelectual debe fundar la esperanza. En este aspecto el relato de Rivera es recurrente. Leer en otras páginas respecto a Cufre: "ponía sus ojos en el porvenir, esa abstracción que, en hombres como él, incita a la conspiración y el combate. Y que sobrevive a la derrota (...) con los signos inapelables de la utopía". La antítesis de Cufre es un intelectual como Pedro de Angelis, "que vendió su talento al orden, no a la utopía". Para Rivera el intelectual, el escritor se define básicamente por una ética y una voluntad transformadora frente a los conflictos de la historia. Es también alguien que por mantenerse fiel a esa apuesta por la utopía vive marginalmente y alcanza a veces esa

marginalidad absoluta que es la locura ("Los locos son los que dicen no puedo más al destino").

Frente a una historia escrita por "púdicos caballeros que escriben el pasado limpio de la acidez de los patrones de tierras, vacas, de esclavos (...)", la ficción, el discurso de la literatura, como lo entiende Rivera, puede narrar una historia de derrotas, una historia que es la antítesis de la historia oficial y que se narra con todas sus contradicciones casi como una *épica* de la derrota. Hombres como Cufre

eligen vivir en *esta dulce tierra*, como irónicamente semantiza el título de la novela, empecinados en fundar la esperanza. No otro sentido tiene la referencia al *Facundo*, de Sarmiento, en la que Rivera expresa su concepción de la literatura (o eso que, a veces, los críticos y escritores tratamos de definir como la *función del discurso literario*). Para Rivera "ni *Facundo* ni la sombra que enmudeció a *Facundo*, previeron que la escritura de un loco los arrancaría del olvido, y los convertiría en cifra del destino".

Notas

¹ Algunas comparaciones exageradas, hiperbólicas que hacen recordar a la escritura de Raymond Chandler como: "su cara chirrió como un pedazo de grasa que se derrite entre los hierros de una parrilla" (pág. 20) o: "y su boca se torció en una mueca como si un ácido tenaz le perforase los intestinos" (pág. 20).

² Rivera ficcionaliza, cita, recrea fragmentos, distintas formas discursivas de la historia argentina como cartas, las memorias del general Paz, la literatura de los escritores del 37.

Héctor Schmucler

LA ENGAÑOSA TRANSPARENCIA

Nicolás Casullo, *El frutero de los ojos radiantes*, Buenos Aires, Folios, 1985.

¿La realidad tolera una mirada imaginaria o, por el contrario, es sólo la realización de un armado tejido por la imaginación? ¿O una y otra —lo que se conoce como realidad y lo que se conoce como imaginación— son una misma construcción del pensamiento que, en cada encrucijada, le otorga sentido al mundo? Tales son las preguntas que actualiza *El frutero de los ojos radiantes*, la novela de Nicolás Casullo.

Es cierto que la novela no habla del mundo en general, sino de ese recorte relativamente caprichoso que es la Argentina. En rigor, la novela cuenta la historia de un inmigrante —Nicolás Antonio, abuelo del autor que lleva el mismo nombre— desde que parte de Génova en 1870, a los seis años de edad, hasta los postreros días de 1945

en que muere entre recuerdos inacabables y acontecimientos que señalan el nacimiento del peronismo: ese nuevo rostro que tomaría, durante décadas, un modo de ser constante en la Argentina.

El libro, cuya estructura narrativa se aferra a la manera que la novela observa la vida, concluye con una frase, "para decirle", que desencadena el relato. El abuelo Nicolás, mudo, parálítico, espectador de su propia muerte, convencido de que el libro que su nieto estaba destruyendo a su lado significaba el fin de una ilusión (aunque la ilusión resurgiría por que así estaba escrito en alguna parte), desea estrechar contra su pecho a ese nieto que heredaba su nombre "para decirle". De haber optado por los puntos suspensivos, se hubiera generado la sospecha de que algo quedó en penumbras. En cambio, el punto final después de ese "decirle" remite a otro texto, al de la novela precedente, a lo dicho en las 534 páginas anteriores.

Nicolás Antonio parte de Savona

junto con su padre, dejando atrás la tumba de su madre, la niebla de los muelles, el llanto de sus parientes, para encontrar en un barco, sin saberlo todavía, las claves que ordenarán su futuro. Dos de esas claves son fundamentales: Giovanna, la niña hermosa que reaparecerá incesantemente como promesa inalcanzable, y el viaje mismo, cuyo sentido lo irá descubriendo por caminos insospechados a lo largo de su vida. Sentido fabuloso que surgirá de una escritura (la propia novela) que, a su vez, irá develando un sinfín de otros textos donde se describe la historia argentina.

La huérfana Giovanna cuyo tío "estaba allá, en América, desde hacía años y con muchas casas compradas para vivir" atesora un libro que Nicolás admira durante el viaje: "el libro de las ciudades, los palacios, el libro de los jardines encendidos y las calles de mármoles donde los soldados parecían bailar y las mujeres no bajaban de los carruajes"... "las casas de mi tío, decía Giovanna sin dejarle tocar el libro". El tío no llegará nunca a buscarla al Hotel de Viajeros; la ciudad del libro será otra que se mostrará dos días después de llegar, durante una tempestad: "el agua en la calle desbordándose en cada puerta, en cada ventana con cajones y botellas y ramas arrastradas por el vendaval y más atrás, en el otro extremo del patio, la letrina estalló con pedazos de mierda flotando entre los pantalones"; y el libro será ese que el nieto destruirá ante sus ojos al concluir su existencia. Ese país cuyo mar incomprensiblemente es un río, no era el ilusionado, y el padre de Nicolás comienza su existencia en Buenos Aires con una promesa hecha a sí mismo cuyo cumplimiento se posterga indefinidamente y transforma el viaje en razón de ser, en una búsqueda sin tiempo: "le contó que juntarán dinero para volver a Savona porque esto no es

como lo habíamos pensado Nicolás, juntar dinero para los viajes y regresar”.

A los 17 años Nicolás elige vivir solo porque “jamás sería un derrotado, un lastimoso, un frutero” y porque no puede reconocerse en seres como su padre y sus compañeros “con quienes hablaba de lo que nunca conoció, una tierra italiana siempre por resucitar pero solamente eso, mientras de Buenos Aires ninguno hablaba aunque se pudiese tocar”. Nicolás será bohemio, escritor, autor de teatro a sueldo, empleado; tendrá un puesto en el Mercado de Abasto que lo llevará a ser importador de frutas, dueño de una flota de barcos que recorrerán incansables los ríos desde el Paraguay; será predicador metodista, dirigente radical, creador y director de los círculos barriales de la Liga de Jóvenes Metodistas, padre de hijas e hijos, testigo de historias inverosímiles que se mezclarán con la historia del país donde surgen, como del paisaje, el recuerdo de los mazorqueros, de Sarmiento, Urquiza, Mitre, Alsina, Alem, Yrigoyen. Todo para que un destino se cumpla y para que Nicolás pueda percibirlo y hasta renegar de él. Un destino que corre subterráneamente bajo esas apariencias contadas por la historia de los historiadores cuya lógica a veces impecable descuida los datos fundadores, los del mundo de la vida. Así, la novela admite descubrir otras verdades, otra trama conductora de lo aparente. La novela no trata de inventar interpretaciones que para la historiografía vigente no se compadecen con los hechos; lo estimulante de *El frutero* es que registra zonas inesperadas donde los llamados hechos históricos se hacen posibles.

En la novela de Casullo los personajes se intercambian, se acumulan. El relato avanza frontalmente, con toda la memoria a cuestas. Los personajes no son estrictamente actores individuales, sino historias que se precipitan en un agente. En cada momento todo se pone en juego de tal manera que es preciso leer la novela como un complejo sinfónico: una melodía no sólo evoca las otras, sino que realiza, actualiza, su propia historia. Las figuras de la historia política aparecen a través del oído de un Nicolás que va realizando el aprendizaje de los elementos caóticos que lo rodean: “un viejo sirvió jarros de leche fría con pan y un hombre en la puerta se asomó para gritar viva Mitre carajo, mueran los

pandilleros”; o para insertarse en la trama de la sorpresa cotidiana, cuando Nicolás ya se ha instalado como protagonista y trata de entender: “Mientras lo escuchaba (a Yrigoyen) comprendió que debía creer en aquellos laberintos políticos que en realidad conducían directamente, creer en alfabetos ignorados que decían finalmente la verdad”. Una visión de Yrigoyen que no esgrime razones sociológicas para explicar por qué la vida de Nicolás y la del país pasaba a través de él. Un Yrigoyen que en el mismo tono con que habla de los valores éticos del radicalismo comenta entusiasmado “sobre lo eficaz del jugo vaginal para calibrar las cuerdas de las guitarras, un secreto de los milongueros sureños para enamorar mujeres que sentían el aroma del deseo en las violas bien templadas”.

Los personajes de la novela muestran su intrascendencia. No deben, por lo tanto, representar el papel que luego les creará la historia de los historiadores. Es otro el lugar, otro el tablero en que se mueven y cuyo sentido les permanece oculto. Por eso Mariana será la ocasión para que Nicolás pretenda descifrar sus propios enigmas y aparecerá una y otra vez, sin historia o portadora de toda la historia, con su rostro o con los que le coloquen aquellos que hablan de ella. Será el centro de personajes que se desplazan en constelaciones, en interrelaciones no buscadas que sólo cambian el punto desde el que todos se despliegan. Porque son constelaciones y no linealidades previsibles, la limitada temporalidad de sus acciones parece desdeñable: es baladí que los buscadores de un destino (de ser a pesar de, de inventar un país porque en realidad no los esperaba nada) actúan en una u otra década. Por eso es más que una complicidad con sus amigos lo que acomete Casullo cuando los puesteros del Abasto llevan el nombre de sus interlocutores contemporáneos: “el viejo Imérito deseaba una agrupación más amplia, no sólo de puesteros mayoristas, sino también de intermediarios y quinteros, un bloque de intereses de gran envergadura para presionar con éxito. Una locura para el colorado Aricó que taconeó contra el piso en son de protesta y recibió el apoyo del siciliano Portantiero, sin entender mucho eso del bloque de intereses. Al final terció el petiso Vitali...”

El lenguaje de la novela de Casullo

se impregna de los hechos, se aglomera y se resuelve en una acumulación de cópulas que marcan la continuidad de lo caótico. Las y vinculan palabras de la misma manera que desconocidas predestinaciones juntan circunstancias y personas que la ligereza de la razón podría adjudicar al azar. Una escritura precipitada que desordena cualquier intento de seguir ochenta años de historia desde la nitidez cartesiana: aglutinante y no sucesivo es el acontecer argentino. Escritura sin sujeto porque nadie interpreta la historia que se desdobra y encuentra en el poeta Ricardo Marbá, en el judío Sergio Ivianovsky o en el danés Humms Sewer los cultivos de otras escrituras itinerantes que parecen responder a un designio: fundar algo, la Argentina, cuyo único sentido es que las escrituras se cumplan. Remota tendencia que admite en la novela la descripción de un pueblo europeo en el lugar donde Pedro de Mendoza pretendía instalar Buenos Aires.

Pero esta realización de las escrituras no admite fácilmente las analogías bíblicas: son otros los misterios a los que alude, distintos de la oscura voluntad de Dios. En efecto, según los escritos de Humms “existía lo religioso pero no como intención de explicar el mundo, sino como la posibilidad de que el mundo fuese a partir de espectaculares incógnitas que en ningún momento remitían a la idea del Dios de Moisés, sino al hombre imaginando palabras, dulzuras, acontecimientos desopilantes: imaginando una historia desde la prepotencia de intervenir en ella con decoro”.

El frutero de los ojos radiantes se inscribe en un espacio literario que evoca nombres como los de Leopoldo Marechal, Julio Cortázar y Ricardo Piglia: universos penetrados por intentos de comprender el drama argentino a partir de búsquedas distanciadas de simplificaciones macrohistóricas. Las conversaciones en la casa de Zulema, cuando Nicolás parece aceptar que su vida ha concluido, evocan el Club de la Serpiente de *Rayuela*; la persecución de cierto orden metafísico en los suburbios de Buenos Aires, recuerdan el *Adán Buenosayres*; la constante del exilio, de ser de otra parte, tiene un latido semejante a *Respiración artificial*. Exilio que también atraviesa la temática de Marechal y Cortázar y que se muestra como un núcleo de indagación verosímil para recorrer la historia del país. En el libro de Casullo,

quizás por primera vez en la novelística argentina, se establece esta verosimilitud a partir del inmigrante que para superar el desarraigo transforma su exilio interior en búsqueda y hallazgo: realizar aquí, en la tierra ajena, los sueños estimulados por su melancolía: "Podía ver la cruz del sur orientando las pequeñas huellas, los caminos de las montañas, las corrientes de los mares y las costas y una niña que no iría a encontrar porque jamás fue otra cosa que una niña eternamente igual a un barco y a una playa y él no supo entender las señales".

En una obra de teatro escrita por Nicolás, con la que luchaba por desaharla, el personaje, un viejo judío se dirige desde Ucrania a Barcelona para desde allí embarcarse a Buenos Aires. Era 1874 y en una sinagoga de Génova encuentra documentos sobre judíos escapados del Reino de Aragón, catalanes que huyeron hacia Génova a fines del 1400 perseguidos por la inquisición. Uno de esos documentos le enseña que un antepasado había hecho el camino inverso al que él se proponía: Barcelona, Génova, Trieste, Sarajevo, Bucarest, Ucrania: "Las ciudades eran las mismas, el itinerario, sólo el rumbo que tomaba el olvido era diferente, sólo las secuencias de las imágenes en la memoria eran distintas: las formas de construir el tiempo". El judío entiende "cómo su vida es una incomprendible peregrinación hacia Buenos Aires (...). Advierte que Buenos Aires nada tiene que ver con él, con su historia, por eso concluye que aquella tierra sureña puede ser su tierra, la posibilidad de imaginarla, de recordarla".

Los últimos escritos de Humms, a su vez, ordenaban literariamente el sentido de la vida de Nicolás —el del viaje del judío de su obra de teatro—, el de Buenos Aires. A fines de 1300, cuando declinaban las revueltas populares en Europa, un monje caligrafó papeles donde se hablaba de una aldea "hacia la cual navegarían los hombres", hacia la que convergerían diásporas, trashumantes y exiliados. Otro monje, encargado de la custodia de esos papeles, vaticinó a la abuela de Humms que esos papeles regresarían a Buenos Aires "en los ojos de inocentes hijos de dios: en los ojos de un niño y en medio de los exilios". Entonces, quienes poblaron la aldea sin saber que eran parte de un destino trazado hacia siglos, "podrían

despertar los mitos dormidos". Ante el papel profético que le asignaban los escritos de Humms —porque él era ese niño— Nicolás prefirió pensar que esas notas póstumas eran "una fantasía melodiosa para justificar las prepotencias del pueblo del Plata, una dulzona historia que insistía en que aquella comarca ocultaba un anagrama fabuloso, y no era simplemente una crónica conventillera de tanos cocoliches, gallegos brutos, criollos nobles y turcos vendedores de baratijas".

La novela de Casullo se constituye, pues, en la historia de la búsqueda de una historia. Un ciclo repetido de

perseguidores de escritos esperanzados en encontrar la cifra de su propia acción de perseguidores sin tregua y sin fatiga. Nicolás encuentra al final de sus días el sentido de su existencia: buscar los papeles de Humms. Pero al final; cuando no puede anunciarlo. Sin embargo sabe que se reiniciará el ciclo pues "un ridículo día, alguien perseguirá la historia del puestero porque únicamente un vendedor de frutas podía descifrar el fragor de la vida". Tal el sentido de que exista la novela del frutero en la que Nicolás Casullo nos instala para decirnos que toda transparencia es engañosa y que toda ilusión es posible.

Sergio Chejfec

LO INESPERADO DE UNA NOVELA

Antonio Di Benedetto, *Sombras, nada más...*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1985, 252 páginas.

Desde la publicación de *Zama* (1956), Di Benedetto se (nos) ha acostumbrado a escribir desde el exilio. Aunque las fronteras nacionales sean bastante precisas, habría que admitir que las de la literatura no lo son tanto: el exilio de este autor estaba dado sobre todo por una ubicación no solamente no central, sino también descentralizada. Ante los sucesivos cambios que el sistema literario argentino fue generando en lo que se refiere a modelos de escritor, de literatura (de géneros, de lecturas de la "realidad", de lecturas de la historia y de la literatura misma), Di Benedetto constantemente conservó un lugar signado por la distancia con res-

pecto a estos cambios centrales, a otros modelos alternativos e incluso en relación a los puntos de apoyo que podría suponerse que le brindaba su propia producción narrativa. Apartarse de los modelos hegemónicos, no construirse una genealogía propia, y seguir produciendo, parecen haber sido los rasgos principales de la carrera de este autor.

Esta a-colocación tuvo como elemento significativo el nivel de representación lingüística, caracterizado por su apartamiento y neutralidad con respecto a las formas regionales y/o coloquiales y a otras modalizaciones cristalizadas en la literatura argentina. Era el lenguaje el que distanciaba estéticamente, con una precisión y austeridad extremas, los materiales que eran aportados a la narración: experiencias "cotidianas", situaciones y anécdotas "usuales" que remiten a un

ámbito tan sosegado como provincial concluían poseyendo una gran condensación estética, la que a su vez relativizaba toda hipotética carga "simbólica" de los textos como una mera y elíptica posibilidad de interpretación. Este escritor del exilio, pasó en 1976 a ostentar tal categoría de un modo pleno. *Sombras, nada más...*, *Cuentos del exilio* y algunos relatos de *Absurdos*, fueron producidos en el destierro. Decir que como consecuencia de la separación geográfica quien también resulta *exiliada* con respecto a sí misma es la propia y anterior literatura de un autor, es una hipótesis que no por su automaticidad pueda ser dejada de tener en cuenta: no hay nada más —ni nada menos— que una coincidencia temporal; Di Benedetto no volvió a escribir como antes, excepción hecha de algunos relatos y páginas de su última novela.

El narrador de *Sombras, nada más...*, es un hombre que escande —desde el exilio— su sentimiento de frustración generalizada utilizando unas pocas categorías: el sueño, el amor, la escritura. Apoyándose en estos elementos Emanuel d'Aosta realiza una permanente *evaluación* de su pasado; la iniciación en el periodismo y en el amor se confunden y superponen como lo harán permanentemente a lo largo de su trayectoria. Una sólida y afortunada carrera laboral será acotada en todo momento por una versátil predisposición a intrigarse y enamorarse. Emanuel narra su novela en tres lugares: New Hampshire, Guatemala y Europa, residiendo y escribiendo en éstos corrobora su predisposición natural a seducir, ser seducido y ensoñarse. El sueño es el espacio que, como categoría medianamente manejable, se hace cargo de la percepción de su pasado y también de la escritura del texto; lo fragmentario, discontinuo y arbitrario del *delirio onírico* —como gusta llamarlo Di Benedetto— delinear el perfil formal de la narración de Emanuel y también su segunda naturaleza como persona: una tendencia a confrontar incesantemente el "sueño" con la "realidad". Los recurrentes deseos del narrador por mujeres o por ascensos en su labor profesional, y por que se mueran sus competidores en ambos ámbitos, van delineando —en la ensoñada escritura retrospectiva que es la novela— una axiología geográfico-onírica; un suceso o un personaje es más problemático y mejor indicador de la complejidad de las *sombras* de Manuel

(deseos, locuras, debilidades morales) en la medida de su participación en los sueños del narrador. El sueño, el amor y la escritura se lanzan a constatar el despojo irremisible del pasado, mediante los recuerdos y la idea de la muerte. Estos puntos podríamos decir que son la propuesta compositiva del texto, sin embargo ella no controla la totalidad de la novela. Emanuel es consciente de que el despojo que se le ha infligido a su vida —familia, bienes, tierra natal— terminó siendo el penoso final de una trayectoria frustrada, y de que la productividad de su lectura —de su escritura— resultaría de una permanente confrontación con los nuevos ámbitos en donde reside encarnándose sucesivamente en distintos personajes —delirio onírico mediante—; este principio, a las pocas páginas del libro, se desdibuja: Emanuel ya no sueña sino que recuerda episodios, fracasos y *sueños*, todos ellos interrelacionados en su pasado cuyano, borrando la dimensión onírico-narrativa que tan trabajosamente había logrado explicitar al comienzo y que acompañaba al presente de la escritura.

Esta incertidumbre compositiva se ve acompañada por ciertas características de la lengua de Emanuel que no son del todo semejantes a las de otros narradores anteriores de Di Benedetto. Lo que antes constituía austeridad, precisión y neutralidad, ahora está más cercano a cierto afán puntillista de exagerada locuacidad; y llama la atención cómo este neutralismo lingüístico que ostentó siempre Di Benedetto, en la precisa época de su lejanía geográfica —cuando desde cierta perspectiva más lo hubiese necesitado— se transforma en el texto en una lengua que cobija gran cantidad de palabras y estructuras castizantes. Una ubicuidad lingüística de Emanuel —que se esboza también en su estadía final en Guatemala— que con seguridad Di Benedetto nunca antes hubiese compartido en la medida en que resulta contradictoria con su poética; de ahí la sorpresa que produce *Sombras, nada más...*: el ver que el rigor que este autor siempre depositó en la formalización de una lengua *neutral* en pos de una particular condensación estética, aquí se dirige a la explicitación abierta de sus materiales y supuestas "simbologías" en desmedro de la calidad de aquella. Por esto se podría caracterizar su propuesta desde *Cuentos del exilio* como inesperada y arcaica, porque la secuencia de espejismos, dobles, "otros" y sueños ya tiene en

nuestra literatura un referente preciso, del cual imagino el esfuerzo que le significó a Di Benedetto —como a tantos otros— sustraerse en toda su trayectoria.

¿Qué tiene que suceder en un escritor para que se abandone un estilo y un registro ya tan afianzado y constituido?, ¿cómo perder un precisa y personal identidad lingüística? Es como si se hubiese apartado de Di Benedetto el lector implícito con el que delineó su impecable narrativa. En este sentido, creo que es posible suponer ya en el título de esta novela una caracterización de su mirada hacia su literatura anterior como así también encontrar una lectura oblicua y *descontrolada* de ella. Hay en *Sombras, nada más...* un gran número de recurrencias a imágenes y situaciones de otros textos suyos, incluso vetas de la experiencia cotidiana que siguen siendo explotadas —como la figura del *contratiempo* que delineó novelas y relatos excelentes de este escritor; pienso en *Zama*, *El Silenciero*, "El juicio de Dios", "Ítalo en Italia", y otros—, pero en este citar errante es notoria la endeble marca de lo que se considera perdido (de forma semejante a como Emanuel se ve despojado de su pasado). En pleno delirio onírico, el narrador divisa —tras la ventana de su cabaña— colgando de un árbol a un mono que se congeló en el último invierno; su cuerpo, en el verano, pasó a ser vivienda y despensa de insectos, quienes taladrando su piel poco a poco lo fueron ocupando. Un pájaro quiso entrar y sobre él se abalanzaron los abejorros, moscas, hormigas y tábanos. Emanuel escucha el zumbido febril del interior de ese mono, y le parece que es semejante al de su propia cabeza, agitación interior mediante; después cree que el mono es él. Este animal ya es conocido en la literatura: es el mono que está —junto con Diego de Zama— por irse y no, flotando entre los palos del muelle, aunque en este caso con un destino más parecido al de la cabeza del caballo, invertida y hueca, refugio y nido, de "Caballo en el salitral". Animal y destino intercambiados, en este sueño de Emanuel, que sirven sólo para simbolizar solemnemente el ruido cerebral y lo agitado de los sentimientos del narrador. Por eso quizá Emanuel d'Aosta no pueda narrar como don Diego de Zama, porque la dramática víctima de la espera —y de otras menos tolerables situaciones— pasó a ser Antonio Di Benedetto.

ARTURO Y YO

Arturo Carrera, *Arturo y yo*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1984.

Por dónde y cómo acceder a este texto múltiple que haría las delicias de Roland Barthes: texto escribible, texto que se está escribiendo desde cada una de sus entradas sin salida "fija". El lector entra y se pierde en los meandros de esta palabra ambigua que exhibe hasta sus últimas consecuencias la especificidad de lo poético: palabra desestabilizadora que propicia una lectura reversible siempre capaz de producir nuevos y otros sentidos.

Una entrada, pues, entre las muchas. La escritura que pervierte lo mirado. Pervertir —dice el diccionario—: perturbar el orden o estado de las cosas. La palabra de Arturo (el escribiente, el poeta) es esa mirada perturbadora a través de la cual el lector tiene acceso a un "estado de cosas" a la vez conocido y diferente, movilizado. Es así como el cuadro *naïf* que prometen los "temas" de la infancia, la naturaleza, el campo o la familia se desborda en mueca: lo "natural aparece como máscara exhibida desde el eje del deseo o el placer-goce. En una primera instancia englobadora, entonces, la mirada perturba el orden del mundo desde el lugar del arte ("El cielo es una lámina que finge un color"); desde la letra, la palabra leída en los textos de otros: Baldomero Fernández Moreno, Girondo, Benito Lynch, Rimbaud, Borges, Cervantes, Pessoa, Girri, en citas expresas o enmascaradas o también ellas pervertidas ("jardín de los deseos que se bifurcan").

Habría que decir, además, que la cita sirve en este texto como espacio de refundición de una zona de la literatura argentina de larga tradición: el discurso sobre el campo. La presen-

cia de las voces de Baldomero, Girondo o Benito Lynch (y también la sombra de Lugones sobre estos versos) a la manera de un pastiche de citas explícita el dictamen de Bajtín (ninguna palabra está deshabitada, en ella resuenan siempre las voces de otros), y cumple con el rito de la apropiación de la palabra en una escritura que se vuelve, entonces, palabra fundante. De alguna manera, se plantea la misma actitud de Borges frente al texto de Carriego y la palabra "pampa". En qué reside esta nueva flexión que, sin duda, aparece en el discurso de Carrera, en este nuevo decir sobre el "campo argentino". He aquí la pregunta. Quizá nueva puesta al día, modernización de un discurso: tarea de toda vanguardia, aquí evidenciada en esta exposición a veces nostálgica y celebratoria, a veces paródica, de los materiales literarios del pasado en cruce con otros materiales (teoría literaria y semiótica, psicoanálisis, memoria colectiva, biográfica, y, por supuesto, la experiencia del campo que a veces parece avasallar el texto para producir la ilusión del puro extratexto: "el sentido triturado/por las desparatadas risas de los loros").

Esta flexión particular de la escritura de Carrera para decir el campo argentino, esta mirada perturbadora echada sobre el pasado literario argentino se inscribe, entonces, en nuestro planteo inicial: una lectura del "campo" que desde una zona de la teoría literaria (en especial Barthes y sus relaciones con el discurso psicoanalítico) muestra el deseo o el placer-goce como eje perturbador desde el cual se exhibe la máscara de lo natural. El discurso literario argentino sobre el campo y el discurso bucólico clásico: ambos espacios (o uno dentro del otro) susceptibles de esta lectura, de esta perturbación movilizadora

desde el ojo del deseo. Una de las afirmaciones iniciales del texto que muestra a Arturito en actitud de escribir ("De todo podría decir él/que ha sido, que ya fue escrito") es, en efecto, una afirmación barthesiana que —como ya dijéramos— el texto se cuida muy bien de desplegar. Tejido de voces y cita fragmentaria cuyos ecos resuenan una y otra vez, perturbando la ficción de la elegía bucólica, por un lado; anudando la relación estético-erótica que une al yo con su propia escritura, por el otro ("Con ellos, *hacías*, escribías/con el abrelatas del deseo"). Fruición de manipular voces ajenas, de producir un discurso con textura fónica y rítmica ("Obsceno el tacto del pico de los patos"); placer, al fin, de construir un texto, aunque a veces se simule lo contrario: "Forzar y destruir todo simulacro de Belleza y/atender el disimulo de estas bandadas de loros querellando a lo lejos, en las nubes,/como ranas".

La *doxa* anónima, el clisé ideológico es otro de los materiales que el texto remueve y desplaza bajo la mirada "obscena" de la literatura. El campo y la naturaleza, por ejemplo, en tanto tópicos del tradicional idilio bucólico, se muestran al lector como otro lugar más ("espacio perfumado, espacio merdoso") desabrochado por el deseo, por la mirada estético-erótica que reordena el mundo ("El sexo en los cogollos del almendro"). El campo es también escenario del dolor ("Es la desesperación/que nos impone como un sueño/el vacío, el campo): una vez más ligado a la actividad de escribir si el vacío-campo se vuelve página en blanco, vacío de escritura ("otro campo EL CAMPO/ . . . /¿debo escribir?"). Los niños, otro *topoi* del discurso poético "ingenuo": esos "primitivos" —dice el texto— a los que se vuelve una y otra vez (de Arturo adulto a Arturito, del padre a los hijos, del niño a los otros niños): también ellos aparecen desdoblados en sus risas encantadoras y en sus vómitos ácidos, en la ambivalente nostalgia de una infancia-en-el-campo solitaria y dolorosa. Juegos de desacralización que cumple esta escritura con el reverso de la máscara.

En este texto, en fin, donde todo se mueve y se pierde, el lector se desconcierta una vez más ante el espacio pronóminal que reproduce el circuito de la comunicación. De una página a otra y aún en una misma página nos preguntamos quién habla y a quién se está dirigiendo ese presente de la es-

critura. Placer de lo que aparece y desaparece, apenas se muestra y se transmuta: el "para vos", entonces, puede designar al lector, al amante, al Poeta, a la escritura, al mismo Arturo-Arturito. De la misma manera, el yo se esconde y se enmascara en innumerables voces que se escuchan en el texto. Y finalmente esas preguntas dispuestas en el vacío, en el espacio en blanco de la página ("¿Amantes?"

"¿Vendrá?" "¿Más?"), casi despegadas del hilo discursivo, casi suspendidas en el aire, abiertas a toda respuesta y a ninguna.

La literatura, entonces, esa mirada perturbadora echada sobre el estado de las cosas, sobre el pasado de la misma literatura; esa "palabra obscena" que manipula sin pudor los discursos de otros y que no duda en exhi-

birse como experiencia fragmentaria y discontinua; palabra que se complace en movilizar y desplazar los espacios que designan al que habla/escribe y al que escucha/lee; palabra, en fin, que no vacila en mostrar sus materiales: memoria, mundo, arte, literatura exhumadas "en tiras, en franjas y en fragmentos" para consumir la "masacre del deseo": ese placer desbordado y doloroso de la escritura.



DOS PERSPECTIVAS SOBRE "LA TRADICION REPUBLICANA"

Las ideas y los hombres

Hilda Sabato

Natalio R. Botana, *La tradición republicana*, Sudamericana, Buenos Aires, 1984, 496 págs.

"La excepcionalidad argentina radica en que sólo allí iba a parecer realizada una aspiración muy compartida y muy constantemente frustrada en el resto de Hispanoamérica: el progreso argentino es la encarnación en el cuerpo de la nación de lo que comenzó por ser un proyecto formulado en los escritos de algunos argentinos cuya única arma política era su superior clarividencia."¹

Durante buena parte del siglo XIX, sucesivas generaciones de una élite letrada se propusieron transformar el anárquico territorio argentino en una nación, formulando proyectos, intentando llevarlos adelante, como actores o como inspiradores, seguros de su eficacia. A construir la historia de esos desvelos contribuye *La tradición republicana*, pues se propone "recoger un fragmento de aquella empresa que buscó llenar el vacío abierto por la guerra y crear una nueva tradición política" (pág. 8). Botana elige para ello el contrapunto de ideas entre dos de los personajes centrales de esa élite letrada, Alberdi y Sarmiento, en el escenario de la Argentina de entonces, pero atendiendo sobre todo a las influencias que pueden rastrearse de las distintas vertientes del pensamiento filosófico y político occidentales.

Este libro, que sin duda se convertirá en un clásico argentino del géne-

ro, sigue así un camino tradicional en la historia de las ideas. Este campo hoy se encuentra atravesado por la polémica: a la discusión más general sobre su objeto mismo (típicamente el enfrentamiento *histoire des mentalités-intellectual history*) se agregan debates diversos sobre enfoques, temáticas, metodologías.² En este universo denso en controversias, la historia del pensamiento político ha ocupado un lugar central por su renovación problemática. A la búsqueda de la persistencia de ciertas ideas a través de los siglos a la manera de Lovejoy, le ha seguido la percepción de la densidad en la diversidad de comunidades de discurso.³ A la clásica preferencia por el estudio de los "grandes textos" se le ha opuesto la intención de descubrir las matrices intelectuales en el seno de las cuales puede ubicarse la producción textual. Pero aun para quienes acuerdan en dar centralidad a ese artefacto tradicionalmente privilegiado de la historia de las ideas políticas, el texto escrito, se plantean problemas que no por viejos han perdido vigencia y que, en un artículo reciente, LaCapra sistematizó, reuniéndolos en seis grupos:⁴ texto y contexto, texto y biografía, texto y *corpus* producido por el autor, texto e intenciones del autor, texto y cultura, y texto, formas de discurso y estructuras de interpretación.

Finalmente, queda también la controversia nunca resuelta sobre las relaciones que pueden establecerse entre

teoría y práctica política.⁵ Una y otra vez la lectura de Botana nos remite a estas cuestiones, tanto por sus obsesiones como por sus silencios.

Desde las primeras páginas, orienta su mirada hacia Estados Unidos y Europa —Francia primordialmente—, siguiendo las afanosas lecturas de los dos hombres elegidos, su ávida búsqueda de respuestas. La mitad del libro está dedicada a trazar el cuadro de este "Horizonte de ideas" de la tradición republicana, describiendo las discusiones que desde el siglo XVIII agitan a pensadores y actores políticos en diferentes ámbitos. Esta incursión que parece guiada por las preocupaciones de Alberdi y Sarmiento, le permite sin embargo desplegar para el público argentino los argumentos de un debate que impacta por su vigencia, esa renovada vigencia de la problemática de la democracia y la república.

Una descripción breve de los principales aspectos de las teorías de Montesquieu, Rousseau y Adam Smith inicia este itinerario por el mundo de las ideas, para detenerse luego en las discusiones a que da lugar la conformación de un régimen político en los Estados Unidos. En este caso hombres de acción, políticos que en algunos casos llegarán después a la presidencia, son quienes a la vez proveen de argumentos encontrados a ese debate sobre formas de gobierno, libertad e igualdad, lo público y lo privado, centralización estatal y federalismo, homogeneidad social, pluralismo y conflicto... Son también la acción política y las vicisitudes de la convulsionada historia francesa las que nutren el pensamiento de los hombres del '30 y del '48. Pero Botana en ningún caso se preocupa demasiado por esta vinculación entre ideas y acción,⁶ y por ello su análisis es más acabado cuando se sumerge en el universo de quien aparece sobre todo como un pensador, Alexis de Tocqueville. La democracia surge entonces como tema central y en las reflexiones sobre legitimidad, igualdad y libertad, pero sobre todo en sus preocupaciones sobre corporativismo estatal, despotismo igualitario y excesivo individualismo encuentra Botana más de una clave para el debate argentino.

Una apretada síntesis de las versiones del pasado y las expectativas para el futuro postuladas desde el pensamiento europeo del siglo XIX, procuran completar ese mosaico de fuentes a las que acudirían una y otra vez

Alberdi y Sarmiento a lo largo de sus vidas. Pero mientras el universo inspirador está pintado en su abigarrada composición que traduce el clima de ideas de una época, en el escenario local los héroes aparecen solos y sus monólogos se despliegan en paralelo, siguiendo a la vez un orden cronológico y una trayectoria que reconoce tres momentos: "el punto de partida" —las ideas primeras—, la reformulación forzada por la experiencia, y la angustiada comprobación de algunos resultados.

En esta historia compleja, a veces contradictoria, Botana encuentra sin embargo un hilo conductor y ese contrapunto entre dos hombres se convierte en la versión local de la tensión universal entre el paradigma de la virtud y el del interés. Todos los grandes temas del debate político occidental parecen presentarse en este duelo en que Sarmiento demuestra una pasión visceral por la construcción de la república verdadera, mientras Alberdi sólo la concibe como un punto de llegada a partir de esa república posible que, al consolidar el orden social, permitirá garantizar la prosperidad general y el progreso.

En esta penetrante exploración de las ideas de sus hombres, Botana elige el camino de la palabra escrita y, a la manera tradicional del género, va rastreando esas ideas tal como aparecen expresadas en los diferentes textos. No hace, sin embargo, crítica textual; sus protagonistas son Alberdi y Sarmiento-pensadores políticos; la producción escrita de éstos, una vía para acercarse al universo de sus propuestas y proyectos.

Pero en ese "... diálogo entre el horizonte de las ideas y la circunstancia argentina, que Alberdi y Sarmiento interpretaron..." (pág. 8) resulta difícil reconocer a los interlocutores, reconstruir las polémicas que agitaban al mundo local, adivinar la trama de pasiones en medio de las cuales se movían nuestros héroes. Más aun, Alberdi y Sarmiento eran también hombres de acción, pero esa acción y las luchas por el poder de que ella formaba parte, aparecen casi como un escollo, como una interferencia que perturba la eficacia del proyecto: "... he preferido desligar el pensamiento de los hechos inmediatos para descubrir una continuidad en aquel largo discurso y trazar, a partir de este hallazgo, el sinuoso camino de programas y esperanzas, que la astucia de la razón desmiente una y mil veces." (pág. 13)

Me pregunto sin embargo, si el mundo de las ideas no puede leerse también desde la acción, pues estos hombres no solamente construyeron sus propuestas a partir de las fuentes letradas o de los accidentados golpes de la práctica, sino sobre todo desde su voluntad de poder, participando en las apasionadas luchas políticas de un país en construcción. Tal vez así podríamos comprender mejor por qué "La Argentina de 1880 no se parece a ninguna de esas naciones que debían construirse, nuevas desde sus cimientos, en el desierto pampeano..."⁸

Notas

¹ Tulio Halperín Donghi: *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1982, pág. 7.

² Algunas de estas cuestiones aparecen planteadas en los artículos reunidos en: Dominick LaCapra y Steven Kaplan (eds.): *Modern European Intellectual History*, Ithaca y Londres, Cornell Univ. Press, 1982.

³ Ver David Hollinger: "Historians and the Discourse of Intellectuals" en: John Higham y Paul Conkin (eds.): *New Directions in American Intellectual History*, Baltimore y Londres, The John Hopkins Univ., Press, 1979.

⁴ Dominick LaCapra: "Rethinking Intellectual History and Reading Texts" en: Dominick LaCapra y Steven Kaplan (eds.), *op. cit.*

⁵ Ver, por ejemplo, Quentin Skinner: "Some Problems in the Analysis of Political Thought and Action" en *Political Theory*, Nro. 2, 1974 y su libro *The Foundations of Modern Political Thought*, Cambridge y New York, Cambridge Univ. Press, 1978, 2 vol.

⁶ La vinculación que se establece entre proyecto y acción política aparece en cambio como una de las cuestiones centrales en *El orden conservador*, que Botana publicó en 1977 pero que puede pensarse como una segunda parte de *La tradición republicana*.

⁷ Tulio Halperín Donghi, *op. cit.*, pág. 148.

"¿Dónde estamos, pues?" (Tocqueville)

Jorge E. Dotti

1. Al igual que el sutil aristócrata normando, también los doctrinarios sudamericanos buscaron comprender una contemporaneidad marcada por la democracia. Pero en ellos, el impulso lo dio menos la fascinación del analista por un mundo en gestación, que la necesidad de recurrir a una utopía capaz de mundanizarse en la construcción de un país moderno: la posibilidad de que una geografía infinita y el despotismo no fueran fatalmente coexistentes, que las virtudes del gobierno mixto se implantaran en una sociedad de iguales, que un ejecutivo eficaz no asfixiara un régimen de libertad.

El propósito de Botana es recorrer

(y desenredar) los hilos que enlazan este proyecto rioplatense con su matriz, inevitablemente septentrional. El título de la segunda parte del libro ilustra la estrategia de su autor. "Alberdi y Sarmiento en América del Sur" propone entender el discurso de las dos figuras más significativas en nuestra historia de las ideas decimonónicas como la realización —en condiciones obviamente particulares (la sociedad argentina posrevolucionaria y protomoderna)— de uno de los paradigmas vertebrales del cuerpo doctrinario de los siglos XVIII y XIX. Precisamente, la "tradición republicana".

Para ello, el primer paso es describir la fisonomía de este modelo, se-

gún los rasgos que le imprimieran sus ideólogos clásicos: unos, ejercitando la meditación filosófica alta; otros, como respuestas más o menos inmediatas a las exigencias planteadas por el buen gobierno y/o por la divulgación y adoctrinamiento inherentes a toda práctica. El segundo movimiento consiste en indagar los textos alberdiano y sarmientino asumidos como programas para delinear el perfil inicial de la Argentina civil, a lo largo del conflictivo ciclo que se cierra con la *pax* roquista. En ambos aspectos, Botana no ahorra esfuerzos analíticos, y que su selección de fuentes y problemáticas esté orientada por la que hicieron Alberdi y Sarmiento enriquece su categorización de las propuestas de nuestros republicanos.

Una misma inquietud promueve, entonces, la reflexión de los doctrinarios franceses, sajones o sudamericanos: ¿cómo legitimar los regímenes nacidos de una revolución, tan necesaria como traumática, asegurando un

ejercicio del poder que armonice las exigencias de la libertad con las de la igualdad?

Pero en el Plata, la especificidad está dada por las dos caras de un único apremio. Por un lado, y ante el carácter repudiable que Alberdi y Sarmiento —con matices diversos— le adscriben a la herencia hispánica, la paradójica empresa de inventar una tradición para justificar la anhelada incorporación a la marcha de los pueblos civilizados. Por otro, el urgido recurso al arsenal republicano para diseñar un modelo capaz de cauterizar la llaga abierta por la emancipación en el tejido social de las agitadas democracias sudamericanas: la endémica alternancia de anarquía y despotismo.

Botana expone con acierto cómo, más allá de la común aceptación de ciertas premisas identificatorias, cada figura privilegia uno de los polos entre los que se tensiona el paradigma republicano (*virtud e interés*), en la creencia de que su puesta en práctica

dará la justa medida a la del otro.

Así Alberdi, motivado por la protección de la seguridad individual (el "egoísmo bien entendido"), apuesta al porvenir como hontanar de legitimidad y al transplante demográfico y cultural como instrumento de transición evolutiva. De aquí también su confianza en que la ausencia de obligaciones públicas para el inmigrante, sumada a la férrea defensa de las prerrogativas socio-económicas del "habitante", terminará por implantar el espíritu de progreso en las pampas consuetudinariamente desoladas y refractarias.

Sarmiento, en cambio, nunca desencantado del todo con el *citoyen* rousseauiano, intenta poner algún coto a ese egoísmo generador de indiferencia cívica, y fomentar la participación política. Lo cual lo lleva a ver en la "educación popular" la herramienta de manejo imprescindible para la argentinización del extranjero y la instrucción y conformación ciudadana del lugareño.



DIALOGO
DE
SOLLOS

2. Considero que una lectura crítica de nuestros clásicos debe atender a ciertas peculiaridades. Ante todo, la variada calidad de las fuentes. No pocas ideas rectoras son conocidas en la versión de publicistas y divulgadores, que a menudo flanquean e incluso desplazan a los grandes nombres, en el sistema de referencias vigente entre nosotros. Asimismo, la pertenencia de una figura local a tal o cual paradigma se determina a partir del privilegio que la exégesis concede a ciertos componentes conceptuales. Estos, sin embargo, están siempre acompañados por otros de procedencias diversas. A su manera, Alberdi y Sarmiento son emblemáticos del —a mi entender, benemérito— eclecticismo de la *philosophia militans* propia de nuestras latitudes. Sus proyectos aparecen veteados por distintas líneas ideológicas, homogeneizadas por la tarea política que están respaldando, más que por las pautas de una estricta coherencia doctrinaria. Una heterogeneidad que, por lo demás, be-

neficia los textos disponiéndolos al pluralismo exegético.

Finalmente, la cuestión de la originalidad de nuestros pensadores debe dilucidarse, creo, en un doble plano. Uno, por cierto, es el del posible perfeccionamiento, profundización y novedad que las formulaciones autóctonas puedan representar respecto de otros enunciados del mismo modelo. Pero junto a esta evaluación atenta a la lógica interna de las ideas, existe otro nivel de interpretación (más externo o sociológico, si se quiere), donde la originalidad proviene del contexto histórico que condiciona la producción y circulación intelectuales. Digamos que las circunstancias específicas e irrepetibles de emisión y recepción vuelven inevitable una peculiar resemantización sudamericana de los significados primigenios. Desde esta segunda perspectiva, y aun cuando —desde la primera— se hubieran limitado a la repetición filológicamente más literal, nuestros pensadores no podrían escapar a una suerte de mérito ménar-

diano. Esta insuprimible originalidad de sus discursos es la compensación que la realidad les concede, por la decepción que suele provocarles cuando intentan cambiarla.

El trabajo de Botana respeta fructíferamente esta idiosincracia de nuestra historia de las ideas. Y allí encuentro la sugestión de sus análisis.

Una atención más pormenorizada a los aspectos historicistas y románticos de los nombres estudiados hubiera proporcionado otros elementos del cuadro histórico. Pero reconozco que ello excedería el eje de lectura adoptado, ya que la incidencia de estos componentes es mayor en el ámbito de determinadas cuestiones culturales (v.g. el debate sobre la lengua rioplatense). Sin desatenderlos en absoluto, Botana opta por acentuar aquellas nociones que mejor caracterizan esa lid con la cosa pública, hecha desde el paradigma republicano. Y demuestra con qué buen derecho los nuestros forman parte de esta tradición occidental, continuamente renovada.



MINIMA

Las huelgas de Santa Cruz (1921-1922), antología y prólogo de Susana Fiorito. CEAL, Biblioteca Política Argentina, 1985.

Las huelgas de la Patagonia en 1921 y 1922 y las matanzas de peones llevadas a cabo por el ejército en Santa Cruz, han llamado la atención en las últimas décadas de público e historiadores a partir de esa magnífica obra de divulgación que fue *Los Vengadores de la Patagonia Trágica*.

Esta temática ha recibido en forma reciente un importante y necesario refuerzo con la aparición del libro de Susana Fiorito, *Las huelgas de Santa Cruz*.

Al exhumar documentos nuevos y presentar otros —pliegos de condiciones, noticias periodísticas y debates parlamentarios— en forma ordenada, este trabajo representa un fuerte avance en el conocimiento de dicha cuestión, que por su misma característica, la de ser una situación extrema, permite visualizar de manera más descarnada una realidad social, tan heterogénea y llena de matices como fue la década de 1920.

Las huelgas y rebeliones de peones en la Patagonia fueron el punto extremo por sus consecuencias humanas, de un gran proceso conflictivo que las incluyó junto a las oleadas huelguísticas que se sucedieron a partir de 1916, la Semana Trágica del 19 y los hechos de la Forestal. En este proceso general se entrecruzaron el creciente nivel organizativo e ideológico que abarcó a todo el "mundo del trabajo" —desde las empleadas de Gath y Chaves hasta los peones de la Patagonia— con los logros de una democracia incipiente, la crisis de posgue-

rra y la creciente consolidación de un polo de ultraderecha que tendía cada vez más a ver a las fuerzas armadas como factor político central.

Los sucesos que aparecen reseñados en este libro, y que no admiten fáciles generalizaciones, contienen en sí mismos a todos aquellos elementos, los que fueron eficazmente entrelazados en el prólogo y los comentarios y en la disposición y selección misma de los documentos.

De todos ellos tal vez merezcan destacarse por su importancia para la época, y sin buscar desmedidas analogías, los debates parlamentarios que el tema suscitó y en especial las intervenciones del diputado De Tomaso que asoció el juicio a los militares responsables con la continuidad democrática.

Por todo ello, el notable esfuerzo de Susana Fiorito, que incluyó la consulta de repositorios tanto nacionales como chilenos, merece sin duda destacarse, representando en verdad un importante aporte a la historia de un período tan poco conocido en su denso entramado social.

Ricardo González

Thomas Bremer y Alejandro Losada (edit.), *Actas de AELSAL. Hacia una historia social de la literatura latinoamericana*, Gies-sen, 1985.

Por varias razones, este volumen de las Actas de la Asociación de Estudios de Literaturas y Sociedades de América Latina reviste un interés especial para los latinoamericanistas, ya que, como se señala en el prólogo, tiene "el carácter de una *première*". Se trata de la primera publicación ofrecida por AELSAL desde su presentación oficial como institución. Creada en 1981 en Travers (Suiza), surgió de la iniciativa de un grupo de especialistas americanos y eu-

ropeos deseosos de llenar un vacío en la disciplina. Sus fines, explicitados en los estatutos —que se incluyen en este volumen— expresan la intención de "profundizar el estudio de la literatura en relación con la sociedad, atendiendo a los principios siguientes: inclusión de todas las regiones geográficas de América Latina, comprendido el Caribe; investigación de todos los discursos culturales, tanto hegemónicos como no hegemónicos (culturas alternativas, de resistencia indígena o negra, teatro y arte popular, etc.); análisis de los objetos de estudio desde el campo de relaciones más pertinente, nacional e internacional (minorías latinas en otras áreas lingüísticas, exilio dentro y fuera de América Latina, percepción recíproca de las literaturas y culturas europeas y latinoamericanas, etc.)", además de crear las condiciones favorables para la colaboración entre los especialistas europeos y americanos.

El volumen incluye las ponencias presentadas en los dos primeros congresos anuales realizados por AELSAL en Gies-sen (1983) y en Neuchâtel (1984). El material ofrecido abarca desde reflexiones sobre problemas generales del diseño de una historia social de la literatura latinoamericana, teoría literaria y metodología de la investigación hasta estudios de casos en las áreas del Caribe, Brasil y el Cono Sur (poesía y cultura popular en Nicaragua; la ciudad y su novela; La Habana; culturas "étnicas" y literaturas "ilustradas"; historia social de la literatura latinoamericana y las crónicas de los siglos XVI y XVII; cultura nacional en el Brasil; contracultura libertaria en el Río de la Plata y Chile; historia social del teatro, el sainete rioplatense; el discurso argentinista de los años '30).

La primera parte del volumen incluye un material

en apariencia ajeno a las Actas, pero que, en realidad, es un complemento esencial a esta publicación. Se trata de los discursos pronunciados en el homenaje —realizado en Berlín— a Alejandro Losada, fallecido en enero, en Cuba, en un accidente de aviación, que fuera cofundador y presidente de AELSAL y profesor del Lateinamerika-Institut de la Universidad Libre de Berlín. Se incluyen además algunos documentos y testimonios enviados por amigos (Galeano, Barreiro Saguier, Argueta, Skarmeta, Roa Bastos, Viñas).

Cristina Lisi

Materiales Nº 5, Revista del Programa de Estudios Históricos de la Construcción del Habitar, Centro de Estudios de la Sociedad Central de Arquitectos. Marzo 1985, 96 págs.

Por primera vez en la literatura de la historiografía arquitectónica argentina se reúne en una sola publicación —*Materiales nº 5*— lo que podríamos llamar el *corpus* del pensamiento de la escuela de Venecia (Grupo que trabaja en el ámbito del Departamento de Historia de la Arquitectura del Instituto Universitario de Arquitectura de Venecia en Italia). Nombres hoy conocidos como los de Tafuri, Rella, Cacciari y Dal Co, acceden a vívidos reportajes donde la textura transparente del lenguaje coloquial facilita la comprensión de sus ideas que, aunque seductoras y sugerentes, en otras ocasiones nos llegaron hermélicas.

Núcleos problemáticos como las categorías de "Lo Moderno" —no sólo para el universo de la arquitectura sino para todo el pensar contemporáneo—; redefiniciones de conceptos como los de Historia —elaborados por corrientes historiográfi-



cas tanto inglesas como francesas—; y una resituación de pensadores que como Nietzsche o Cassirer, Heidegger o Wittgenstein parecían destinados a ser banderas de un cierto pensamiento no precisamente progresista, son reconsiderados y expuestos en la complejidad que sus aportes encierran.

Otros nombres ya conocidos por la historiografía contemporánea nos adelantan fragmentos importantes de sus investigaciones en curso y de las cuales no podemos dejar de citar a Giorgio Ciucci, Mario Manieri Elía, Marco de Michelis y

George Teyssot entre otros, por sus conocidos trabajos en lo que podríamos llamar abarcativamente la Historia del Arte.

Resultaría inexacto intentar una síntesis, pero no podemos dejar de señalar que las relaciones Arquitectura-Estética-Poder Político se han convertido en una de las dimensiones insoslayables para casi todos los autores y en este sentido un criterio antidogmático y hasta ecléctico les permite desplegar y apelar operativamente a una compleja erudición para comprender fenómenos que como los de "La Modernidad" resitúan

algunos en el "Cinquecento" y otros en las vanguardias históricas que arrancan con Baudelaire.

Así, la definición y ubicación de un saber que se pretende crítico y destructor de las representaciones que se construyeron a lo largo de los siglos que lleva la formación del capitalismo, no puede sino presentarse como compleja y dificultosa. Requeridos por un lado por los agentes del campo con "aportes" para el hacer cotidiano e intentando por otro la exacta definición de su objeto resulta esclarecedor transcribir al respecto la sugerencia de Dalcó: "Es

útil que los arquitectos piensen en la historia, no como algo que puede ayudar a resolver sus problemas, sino como algo que se los aumenta, proponiéndoles siempre nuevas problemáticas".

En esta encrucijada nos coloca el valioso material reunido en esta publicación especial que el D.S.A.V. nos entrega gracias a la labor de un nutrido grupo que, como bien señala Pancho Liernur en la rica introducción, lo ha concretado tras encomiable esfuerzo tanto en Venecia como en Buenos Aires.

Jorge Sarquis



SUMARIO

Sobre el juicio a las juntas militares, <i>por Carlos Altamirano</i>	1	del sesenta" de John King, <i>por María T. Gramuglio</i>	35
El juicio: un ritual de la memoria colectiva, <i>por Hugo Vezzetti</i>	3	Historia entre la razón y el delirio, sobre "En esta dulce tierra" de Andrés Rivera, <i>por Carlos D. Martínez</i>	37
Brechas del muro, <i>por Graciela Perosio</i>	6	La engañosa transparencia, sobre "El frutero de los ojos radiantes" de Nicolás Casullo, <i>por Héctor Schmucler</i>	38
Crítica de la lectura: ¿un nuevo canon?, <i>por Beatriz Sarlo</i>	7	Lo inesperado de una novela, sobre "Sombras, nada más..." de Antonio Di Benedetto, <i>por Sergio Chejfec</i>	40
La rebelión del lector, <i>por Terry Eagleton</i>	12	Arturo y yo, sobre "Arturo y yo" de Arturo Carrera, <i>por Delfina Muschietti</i>	42
La mediatización y los juegos del discurso. Entrevista a Eliseo Verón	14	Dos perspectivas sobre "La tradición republicana" de Natalio R. Botana, <i>por Hilda Sabato / Jorge E. Dotti</i>	44
Lingüística, sociolingüística y lingüística cognitiva. Entrevista a Pierre Encrevé	17	MINIMA	
De pronto, una revelación, <i>por Marilyn Contardi</i>	21	"Las huelgas de Santa Cruz (1921-1922)", <i>por Ricardo González</i>	48
Hacia un realismo político distinto, <i>por Angel Flisfisch</i>	22	"Actas de AELSAL. Hacia una historia social de la literatura latinoamericana" de Thomas Bremer y Alejandro Losada, <i>por Cristina Lisi</i>	48
Reflexiones sobre la universidad argentina, <i>por Juan Carlos Tedesco</i>	32	"Materiales N° 5", <i>por Jorge Sarquis</i>	48
LIBROS			
Pensar los sesenta, sobre "El Di Tella y el desarrollo cultural argentino en la década			